

James G. Frazer *Magia y religión*

CAPITULO I

EL REY DEL BOSQUE

1. Diana y Viribio

¿Quién no conoce el cuadro de Turner, *La Rama Dorada*? La escena, inmersa en los destellos dorados con que la sublime imaginación de Turner envolvía y transfiguraba hasta el más hermoso paisaje natural, es una visión onírica del pequeño lago del bosque de Nemi "el espejo de Diana", como lo llamaban los antiguos. Quien haya contemplado las tranquilas aguas encajonadas entre las verdes colinas del monte Albano, nunca podrá olvidarlo. Las dos típicas aldeas italianas que dormitan en sus laderas y el castillo cuyos jardines descienden en terrazas hacia el lago, apenas turban la quietud y la soledad de la escena. Diana misma podría surgir aún en la orilla solitaria o incluso aparecer en la espesura del bosque.

En la Antigüedad, este paisaje boscoso fue escenario de una tragedia extraña y repetida. En la orilla norte del lago, precisamente debajo del precipicio del cual pende la moderna villa de Nemi, se hallaba el pequeño bosque sagrado y el santuario de Diana Nemorensis o Diana del Bosque. El lago y el bosquecillo fueron llamados también lago y bosque de Aricia.

Pero el pueblo de ese nombre (hoy La Riccia) se hallaba unas tres millas más allá, al pie del monte Albano, separado por un brazo del lago que ocupa una concavidad semejante a un cráter en la falda de la montaña. En ese bosque sagrado había un árbol alrededor del cual rondaba una figura siniestra durante todo el día y probablemente también hasta altas horas de la noche.

Empuñaba una espada desnuda y miraba cautelosamente a su alrededor como si esperase a cada instante el ataque de un enemigo. Era, al mismo tiempo, sacerdote y asesino, y tarde o temprano alguien llegaría para matarlo y ocupar su puesto sacerdotal. Tal era la norma del santuario. Sólo podía ocuparse el puesto dando muerte al sacerdote para reemplazarlo, hasta ser asesinado a la vez por alguien más fuerte o más hábil.

El puesto, obtenido de modo tan precario, confería el título del rey, pero seguramente ningún rey descansó menos que éste ni sufrió pesadillas tan terribles. Año tras año, en verano y en invierno, con buen o mal tiempo, debía mantener su guardia solitaria, tratando de no dormirse por el riesgo que ello implicaba para su vida. La menor desatención de su vigilancia, la más pequeña disminución de sus fuerzas o de su destreza lo ponían en peligro, las primeras canas sellaban su sentencia de muerte. Los sencillos y piadosos peregrinos que llegaban al santuario verían oscurecer el hermoso paisaje con su figura, como una nube que cubre de pronto al sol un día luminoso. El encanto azul de los cielos italianos, el claroscuro de los bosques en verano, los reflejos del sol en las olas, no se conciliaban con este personaje rudo y siniestro. Sería mejor imaginar este cuadro como podría verlo un caminante retrasado una de esas lúgubres noches de otoño, cuando las hojas secas caen sin cesar y el viento parece entonar un responso al año que se extingue. Es una escena sombría, con música melancólica: al fondo, el bosque recortándose negro sobre el cielo tempestuoso, el viento silbando entre las ramas, el crujido de las hojas secas bajo los pies, el azote de las frías aguas del lago contra

las orillas y, en primer plano, yendo y viniendo en medio de la luz crepuscular o en la oscuridad, la figura sombría, con destellos acerados cuando la pálida luna asoma entre las nubes y filtra su luz entre la espesura.

Esta extraña costumbre sacerdotal no tiene paralelo en la antigüedad clásica y resulta inexplicable en sí misma.

Buscaremos su interpretación en otros campos. Probablemente nadie podrá negar que tiene reminiscencias de épocas bárbaras que han sobrevivido en la época imperial, fuertemente aisladas de aquella culta sociedad italiana, como una roca primitiva que emerge en medio del bien recortado césped de un jardín. La extrema rudeza y la barbarie de la costumbre nos permite alentar la esperanza de encontrar una explicación. Recientes investigaciones de la historia primitiva del hombre revelan la semejanza esencial de la mente humana que, por encima de múltiples diferencias superficiales, ha elaborado su primera y rústica filosofía de la vida. Por consiguiente, si podemos demostrar que una costumbre bárbara como la de los sacerdotes de Nemi existió en otros lugares, si determinamos los motivos que la originaron, si podemos probar que esos motivos han actuado amplia y tal vez universalmente en la sociedad humana, dando origen en diversas circunstancias a una variedad de instituciones diferentes pero genéricamente similares y, por último, si demostramos que esos verdaderos motivos, y algunas de las instituciones derivadas de ellos, actuaron en la antigüedad clásica, podremos inferir que, en épocas remotas las mismas causas dieron origen al sacerdocio de Nemi.

En primer término, presentaremos los pocos hechos y leyendas que han llegado hasta nosotros al respecto. Según una de esas leyendas, el culto de Diana en Nemi fue instituido por Orestes quien, luego de matar a Thoas, rey del Quersoneso Taúrico (Crimea), huyó con su hermana a Italia, llevando la imagen de Diana Táurica oculta en un haz de leña. Cuando murió, sus restos fueron trasladados de Aricia a Roma, y sepultados frente al templo de Saturno, en la ladera del Capitolio, junto al templo de la Concordia. El sanguinario ritual, que la leyenda atribuye a la Diana Táurica, es conocido por los lectores de los clásicos: se dice que el extranjero que llegaba a la costa era sacrificado en su altar. Pero, al ser trasladado a Italia, el rito asumió una forma más suave.

En el santuario de Nemi crecía un árbol cuyas ramas no podían romperse. Sólo un esclavo fugitivo estaba autorizado para romper una de ellas, si podía hacerlo. Si lo lograba, ello le daba derecho a luchar en un singular combate con el sacerdote, y si lo mataba, reinaba en su lugar con el título de Rey del Bosque (Rex Nemorensis). Según la opinión generalizada de los antiguos, la rama fatal era la Rama Dorada que Eneas, aconsejado por la Sibila, arrancó antes de intentar la peligrosa jornada hacia el Mundo de los Muertos. Se decía que la fuga del esclavo representaba la huida de Orestes y que su combate con el sacerdote era una reminiscencia de los sacrificios humanos ofrendados a la Diana Táurica. Esta ley de sucesión por la espada se cumplió hasta los tiempos del Imperio. Calígula, entre otras de sus extravagancias, pensó que el sacerdote de Nemi llevaba demasiado tiempo en su puesto y pagó a un bandido para que lo asesinara. Un viajero griego que visitó Italia en la época de los Antoninos ha confirmado que en aquellos tiempos el sacerdocio seguía siendo el premio de la victoria en singular combate.

En el culto de Diana en Nemi pueden señalarse aún algunas características importantes. Las

ofrendas votivas que se han encontrado en el lugar muestran que Diana era considerada cazadora, y también que impartía su bendición a hombres y mujeres con descendencia y que aseguraba un parto feliz a las madres. Asimismo, creemos que el fuego tenía un importante papel en su ritual. Durante el festival anual que se celebraba el 3 de agosto, en la época más calurosa del año, su bosque santuario se iluminaba con innumerables antorchas, cuyos resplandores rojizos se reflejaban en el lago, y el día se celebraba en toda Italia, con ritos sagrados en todos los hogares.

En el santuario se han encontrado estatuillas de bronce que representan a la misma diosa con una antorcha en su mano derecha alzada, y las mujeres cuyos ruegos habían sido escuchados por ella, iban al santuario coronadas de guirnaldas y portando antorchas en cumplimiento de sus votos. Un desconocido dedicó una lámpara encendida a perpetuidad en un pequeño altar en Nemi, en favor de la salud del emperador Claudio y su familia. Las lámparas de terracota descubiertas en el bosque sagrado sirvieron tal vez a los pobres para idénticos fines. Si fuera así, sería obvia la analogía de esta costumbre con la práctica católica de ofrendar cirios bendecidos en las iglesias.

Además, el título de Vesta que tenía Diana en Nemi indica claramente el mantenimiento de un fuego sagrado y perpetuo en el santuario. Una gran plataforma circular existente en el ángulo nordeste del santuario, elevada sobre tres escalones y que muestra restos de piso de mosaico, probablemente soportaba un templo redondo de Diana en su carácter de Vesta, similar al templo redondo de Vesta en el Foro romano. En tal caso, el fuego sagrado debió ser mantenido por vestales vírgenes, si nos atenemos a una cabeza de terracota encontrada en el lugar, que representa a una vestal, y a que el culto del fuego perpetuo parece haber sido común en el Lacio desde los primeros a los últimos tiempos. Asimismo, en el festival anual de la diosa, se adornaba con coronas a los perros de caza y no se molestaba a los animales salvajes. La juventud era objeto de una ceremonia purificadora en su honor. Después se servía vino y un festín que incluía una cabra, tortas recién sacadas del fuego dispuestas sobre hojas, y ramas de manzano con sus frutas. Pero Diana no reinaba sola en su bosque de Nemi. Otras dos divinidades compartían su rústico santuario. Una era Egeria, la ninfa de las aguas claras que borboteaban al surgir de las rocas de basalto para caer en el lago, en gráciles cascadas, en el lugar denominado Le Mole, por haberse instalado allí los molinos del moderno pueblo de Nemi.

El rumor de la corriente sobre su lecho de guijarros ha sido evocado por Ovidio, que nos cuenta que bebía sus aguas frecuentemente. Las mujeres embarazadas hacían sacrificios a Egeria, pues creían que al igual que Diana era capaz de favorecerlas con un parto feliz. Según la tradición, la ninfa había sido la esposa o la amante del sabio rey Numa, que la acompañaba en el sagrado misterio del bosque, y las leyes que el soberano dio a los romanos le fueron inspiradas en comunión con esta deidad. Plutarco compara la leyenda con otras historias de amores de diosas con mortales, como los amores de Cibele y la Luna con los hermosos jóvenes Atis y Endimión. Según otros autores, el lugar de los encuentros de los amantes no estaba en el bosque de Nemi sino en un bosquecillo situado en las inmediaciones de la Porta Capena de Roma, donde otra fuente, también consagrada a Egeria, surgía en el interior de una cueva oscura. Todos los días, las vestales romanas sacaban agua de esa fuente, llevándola en cántaros de loza sobre sus cabezas. En tiempos de Juvenal, la roca natural había sido

revestida de mármol y el lugar consagrado fue profanado por bandas de judíos pobres a quienes se permitía guarecerse allí. Suponemos que el manantial que caía sobre el lago de Nemi fue el verdaderamente original de Egeria y que cuando los primeros emigrantes se trasladaron de las colinas del Albano a las orillas del Tiber, llevaron consigo a la ninfa y fundaron un nuevo hogar para ella en las afueras de la ciudad. Restos de baños descubiertos en el sagrado recinto, así como modelados en terracota de distintas partes del cuerpo, parecen indicar que las aguas de Egeria se usaron para curar enfermos, quienes para manifestar su fe o expresar su gratitud dedicaron ex votos de los miembros enfermos a la diosa, según una costumbre que aún se observa en muchas partes de Europa. En la actualidad, el manantial conserva al parecer sus virtudes medicinales.

La otra deidad menor de Nemi era Virbio. Dice la leyenda que Virbio fue el joven héroe griego Hipólito, casto y hermoso, que aprendió del centauro Quirón el arte de la montería y pasaba todo el día cazando animales salvajes en la selva en compañía de la cazadora y virgen Artemisa (la contrafigura griega de Diana).

Orgullosa de esta asociación divina, Hipólito rechazó el amor de las mujeres y ello le resultó fatal. Afrodita, ofendida por su desdén, inspiró en su madrastra Fedra amor por él y cuando Hipólito rechazó sus inicuos requerimientos, ella lo acusó falsamente ante su padre, Teseo, quien creyó la calumnia, y rogó a su señor Poseidón que lo vengara por la supuesta ofensa. Así, mientras Hipólito paseaba en su carro por la costa del golfo Sarónico, el dios del mar le lanzó un toro furioso que apareció en medio de las olas. Los aterrorizados caballos se encabritaron, Hipólito fue arrojado del carro y murió pisoteado por los animales. Pero Diana, movida por el amor que le tenía, persuadió a Esculapio para que resucitara con sus medicamentos al joven y hermoso cazador. Júpiter, indignado de que un mortal pudiera volver a pasar por las puertas de la muerte, arrojó al Hades al entrometido médico. Entretanto, Diana, para librar a su favorito del dios enfurecido, lo ocultó en una nube densa, avejentó su figura para que representara más años de los que tenía, y tras llevarlo hasta las lejanas cañadas de Nemi lo confió a la Ninfa Egeria para que viviera desconocido y solitario, con el nombre de Virbio, en lo más profundo de la selva italiana. Reinó allí como un monarca y dedicó un santuario a Diana. Tuvo un hijo esbelto, también llamado Virbio, quien, sin sospechar el destino de su padre, se unió a los latinos con una cuadrilla de caballos indómitos para participaren la guerra contra Eneas y los troyanos. El culto de Virbio como deidad no se limita a Nemi. Se sabe que en Campania había un sacerdote especialmente a su servicio. Los caballos fueron expulsados del monte de Aricia y su santuario por ser los causantes de la muerte de Hipólito. Estaba prohibido tocar su imagen. Algunos creían que era el sol. "Pero la verdad —dice Servio— es que Virbio es una deidad asociada con Diana, así como Atis se asocia con la Madre de los Dioses, Erictonio con Minerva y Adonis con Venus". Más adelante nos ocuparemos de la naturaleza de esta asociación. Es importante destacar la tenacidad desplegada por este personaje mítico en el largo y cambiante curso de su vida. No caben dudas de que el San Hipólito del calendario romano, arrastrado por caballos y muerto el 13 de agosto —el mismo día de Diana —pueda ser otro que el héroe griego del mismo nombre, quien después de morir dos veces como pecador pagano ha sido resucitado felizmente como santo cristiano. No se necesita una paciente investigación para convencernos que los relatos sobre el culto de Diana en Nemi no son históricos.

Evidentemente, pertenecen a esa larga serie de mitos elaborados para explicar el origen de los rituales religiosos sin otro fundamento que la semejanza real o imaginaria que pueda observarse con algún ritual extranjero. La incongruencia de los mitos de Nemi resulta en verdad transparente, ya que la fundación del culto procede algunas veces de Orestes y otras de Hipólito, según el detalle del ritual que se trate de explicar. El verdadero valor de estas historias es el de ilustrar la naturaleza del culto proporcionando una norma comparativa. Además, por su venerable antigüedad constituyen un testimonio indirecto de que los verdaderos orígenes se perdieron en las tinieblas de una fabulosa antigüedad. En este sentido, las leyendas de Nemi se hallan probablemente más cerca de la verdad que las tradiciones de apariencia histórica, como las de Catón el Antiguo, cuando dice que el bosque sagrado fue dedicado a Diana por un tal Egerio Baevius o Laevio de Tusculum, un dictador latino que representaba a los pueblos de Tusculum, Aricia, Lanuvium, Laurentum, Cora, Tibur, Pometia y Ardea. Es cierto que esta tradición reconoce la gran antigüedad del santuario, al señalar que la fundación se produjo poco tiempo antes del 495 a C, el mismo año en que Pometia fue saqueada por los romanos y desapareció de la Historia. Pero no podemos suponer que una norma tan bárbara como la de los sacerdotes de Aricia fuese deliberadamente instituida por una liga de comunidades civilizadas como lo eran sin duda las ciudades latinas. Debió provenir de una época perdida en la memoria humana, cuando Italia era aún un país más primitivo que otros en el mismo período histórico. El crédito que pueda darse a esta tradición no sólo no se confirma sino que se reduce en otra que atribuye la fundación del santuario a un tal Manio Egerius, lo que ha dado origen al proverbio: "Hay muchos Manes en Aricia" que alguien ha explicado señalando que Manio Egerius fue el antepasado de una numerosa y distinguida familia, mientras que otros piensan que se trataba de personas deformes y repugnantes que abundaban en Aricia, por lo que interpretan que el nombre Manio deriva de Mania, un fantasma o espantajo para asustar a los niños. Un satírico romano usa el nombre de Manius para designar a los mendigos que esperaban a los peregrinos en las pendientes de Aricia. Estas opiniones diferentes, lo mismo que las discrepancias entre Manio Egerius de Aricia y Egerio Laevius, de Tusculum, y la semejanza de ambos nombres con el de la mítica Egeria, suscitan nuestras sospechas. No obstante, la tradición mencionada por Catón nos parece demasiado circunstancial y su defensor por demás respetable para que la consideremos una curiosa ficción. Más aún; suponemos que se refiere a una antigua restauración o reconstrucción del santuario realizada en su momento por los estados confederados. De todos modos, atestigua la creencia de que el santuario, fue desde los más remotos tiempos, el lugar de culto de muchas de las antiguas ciudades del país, y no sólo de la confederación latina.

2. Artemisa e Hipólito

Ya hemos dicho que las leyendas de Orestes e Hipólito, aunque sin valor histórico, tienen cierta importancia porque nos permiten comprender mejor—el culto de Nemi en relación con los mitos y rituales de otros santuarios.

Debemos preguntarnos ahora: ¿Por qué el autor de estas leyendas eligió a Orestes e Hipólito para explicar a Virbio y al rey del bosque? En lo referente a Orestes la respuesta es obvia. El

y la imagen de la Diana Táurica, que sólo podía aplacarse con sangre humana, son elegidos para hacer comprensible la sanguinaria norma de sucesión de los sacerdotes de Aricia. El caso de Hipólito no es tan simple. Si bien las circunstancias de su muerte sugieren de inmediato una razón para excluir a los caballos del bosque sagrado, ello nos parece insuficiente para identificarlo.

Debemos entonces profundizar el estudio tanto del culto como de la leyenda o mito de Hipólito.

Hipólito tenía un famoso santuario en Troezena, la patria de sus antepasados, en la bellísima y casi cerrada bahía donde los bosques de naranjos y limoneros y los altos cipreses se elevan como oscuras torres sobre el jardín de las Hespérides, hoy cubiertos por una franja de ribera fértil al pie de las escarpadas montañas. En las aguas azules de la tranquila bahía, como protegiéndola del mar abierto, se halla la isla sagrada de Poseidón, cuyas cimas se esfuman en el verdor oscuro de los pinos. En esta hermosa costa fue adorado Hipólito. Dentro del santuario había un templo con una antímagén. El servicio estaba a cargo de un sacerdote vitalicio, y todos los años se efectuaba una fiesta en su honor, que incluía sacrificios. Cada año las jóvenes solteras lamentaban su fin prematuro con cánticos tristes y acongojados. Antes de casarse, los jóvenes y las doncellas le ofrendaban mechones de sus cabellos en el templo. Su sepulcro se hallaba en Troezena, pero el pueblo no quería mostrarlo. Se ha pensado; y es muy probable, que el hermoso Hipólito, amado por Artemisa, muerto en plena juventud y llorado anualmente por las doncellas, fue uno de los amantes mortales de diosas que con tanta frecuencia aparecen en las religiones antiguas, de los cuales Adonis constituye el caso más conocido. La rivalidad entre Artemisa y Fedra por el amor de Hipólito reproduce, como se ha dicho, la de Afrodita y Proserpina por el amor de Adonis, siendo Fedra sólo la figura equivalente de Afrodita. La teoría puede aplicarse al caso de Hipólito y Artemisa; porque ella fue originariamente una gran diosa de la fertilidad y, según las leyes de la religión primitiva, la que fertiliza la naturaleza debe a su vez ser fertilizada, y tener necesariamente un consorte masculino.

En este sentido, Hipólito era el consorte de Artemisa en Troezena y las trenzas o mechones de cabellos ofrendados por las doncellas y los jóvenes antes de casarse, tendrían por objeto fortalecer su unión con la diosa y favorecer así la fertilidad de la tierra, del ganado y de los hombres. Confirma este punto de vista de algún modo el hecho de que dentro del santuario se adoraban los poderes femeninos, Damia y Auxesia, cuya relación con la fertilidad del suelo es indudable. Cuando Epidauro sufrió una gran escasez, el pueblo obedeciendo el oráculo, talló imágenes de Damia y Auxesia en maderas de olivo sagrado, y tan pronto las hicieron y colocaron, la tierra volvió a dar sus frutos. Además, también en Troezena y presuntamente en el interior del santuario de Hipólito, se celebraba una curiosa pedrea litúrgica en honor de estas vírgenes, como las llamaban los troezenses. Resulta fácil demostrar que costumbres similares se han practicado en muchos países con el propósito expreso de obtener abundantes cosechas.

En la leyenda de la trágica muerte del joven Hipólito podemos advertir una analogía con relatos similares de otros jóvenes hermosos pero mortales, que pagaron con su vida sus breves encuentros amorosos con diosas irumortales. Tal vez estos infelices amantes no fueron siempre solamente mitos, y las leyendas que hablan de rastros de sangre en los

pétalos purpúreos de la violeta, en los tonos escarlata de la anémona, o en el intenso rubor de la rosa, muestran que no sólo se trata de poéticos emblemas juveniles ni de raptos de belleza fugaces como las flores estivales. Estas fábulas contienen una profunda filosofía de la relación de la vida del hombre con la vida de la naturaleza, una triste filosofía que dio origen a una costumbre trágica. Más adelante veremos cuáles eran esta filosofía y esta práctica.

3. Recapitulación

Tal vez ahora podemos comprender por qué los antiguos identificaron a Hipólito, el consorte de Artemisa, con Virbio, quien; según Servio, se une a Diana como Adonis a Venus o Atis a la Madre de los Dioses. Diana, al igual que Artemisa, era una diosa de la fertilidad en general y de los nacimientos en particular. Así, ella, como su doble griega, necesita un ompañero masculino. Ese compañero, si Servio está en lo cierto, era Virbio. Por su carácter de fundador del bosque sagrado y de primer rey de Nemi, Virbio es evidentemente el predecesor mítico o arquetipo de la dinastía de sacerdotes que sirvieron a Diana con el título de reyes del bosque, y que, como él, estaban condenados a un trágico final. Por consiguiente, es natural conjeturar que su relación con la diosa del bosque sagrado era la misma que la de Virbio con ella. En síntesis, el mortal rey del bosque tenía como reina a la misma Diana. Si el árbol sagrado que cuidaba a riesgo de su propia vida era, lo que parece probable, la personificación de la Diosa, no sólo la adoraba como tal sino que la abrazaba como a su mujer. Esta suposición nada tiene de absurdo, ya que en los tiempos de Plinio un noble romano mantenía la misma relación con una hermosa haya en otro bosque consagrado a Diana, en las colinas del Albano. La abrazaba y la besaba, se acostaba a su sombra bebía vino apoyado, en su tronco. Evidentemente, consideraba al árbol como a una diosa. La costumbre de casar físicamente a hombres y mujeres con árboles se practica aún en la India y en otras parte de Oriente. ¿Por qué no podía suceder lo mismo en el antiguo Lacio? Podemos concluir, en suma, que el culto de Diana en Nemi fue muy importante y de una antigüedad inmemorial. Ella fue adorada como diosa de los bosques y de los animales salvajes, y también probablemente del ganado doméstico y de los frutos de la tierra. Además, se creía que bendecía a hombres y mujeres con descendencia y ayudaba a las madres en los partos. Su fuego sagrado ardía continuamente en el templo redondo situado dentro del recinto del santuario. En la ninfa Egeria, asociada a ella, Diana delegaba una de sus propias funciones, la de ayudar a las parturientas, y era creencia popular que ella se había casado con un antiguo rey de Roma en el bosque sagrado. Por otra parte, la misma Diana del Bosque tenía un compañero llamado Virbio, que fue para ella lo que Adonis para Venus o Atis para Cibele. Por último, el mítico Virbio era representado en los tiempos históricos por un linaje de sacerdotes conocidos como los Reyes del bosque, siempre muertos por la espada de sus sucesores, y cuyas vidas estaban de algún modo vinculadas con cierto árbol del bosque sagrado, porque mientras el árbol no sufriera daño, ellos estaban a salvo de cualquier ataque. Desde luego que estas conclusiones no bastan para explicar la peculiar ley de sucesión del sacerdocio, pero tal vez; si ampliamos el campo de esta investigación, podemos llegar a pensar que ellas contienen en germen la solución del problema. Haremos un análisis, amplio y trabajoso, pero que tendrá de algún modo el interés y el

encanto de un viaje de descubrimiento durante el cual visitaremos países extraños con pueblos extraños y costumbres aún más extrañas. El viento silba en las jarcias, soltemos las velas y dejemos por algún tiempo las costas de Italia.

CAPITULO II

LOS REYES SACERDOTES

Los interrogantes que nos hemos planteado son fundamentalmente dos: primero, ¿por qué el sacerdote —o rey del bosque— de Diana en Nemi tenía que asesinar a su predecesor?; segundo, ¿por qué, antes de ultimarlo, debía arrancar la rama de cierto árbol que la opinión general de los antiguos identificaba con la rama dorada de Virgilio? El primer punto a dilucidar es el título sacerdotal. ¿Por qué lo llamaban rey del bosque? ¿Por qué se hablaba de su puesto como si fuera un reino? La unión de la autoridad real con las funciones sacerdotales fue común en la antigua Italia y en Grecia. En Roma y en otras ciudades del Lacio había un sacerdote llamado rey de los sacrificios o rey de los ritos sagrados, y su esposa tenía el título de reina. En la Atenas republicana, se llamaba rey al segundo magistrado anual del Estado, y reina a su esposa; las funciones de ambos eran religiosas. En muchas otras democracias griegas había reyes titulares cuyas funciones, por lo que sabemos, eran sacerdotales y tenían su sede alrededor del hogar común del Estado. Algunos Estados griegos tenían varios reyes titulares que cumplían servicios religiosos al mismo tiempo. En Roma la tradición indica que el rey de los sacrificios fue nombrado después de la abolición de la monarquía para ofrecer los sacrificios que antes hacían los reyes. El origen de los reyes sacerdotales que prevalecieron en Grecia fue, al parecer, semejante. Ello no es improbable como lo muestra el ejemplo de Esparta, prácticamente el único Estado griego que mantuvo la forma monárquica de gobierno en los tiempos históricos. En Esparta todos los sacrificios oficiales eran ofrendados por los reyes como descendientes del dios. Uno de los dos reyes espartanos ejercía el sacerdocio de Zeus Lacedemonio y el otro el de Zeus Celestial.

Esta combinación de las funciones sacerdotales con la autoridad real resulta familiar a todos. En Asia Menor, por ejemplo, había varias grandes capitales religiosas habitadas por millones de esclavos sagrados y gobernadas por pontífices que disponían al mismo tiempo de la autoridad espiritual y de la temporal, a semejanza de los papas de la Roma medieval. Otras ciudades gobernadas por sacerdotes eran Zela y Pessinos. Los reyes teutones de los antiguos tiempos paganos tuvieron también poderes similares y cumplieron las funciones de los sumos sacerdotes.

Los emperadores de China ofrendaban sacrificios públicos, cuyos detalles figuran en los libros rituales. El rey de Madagascar era el sumo sacerdote de su reino. En la gran fiesta de año nuevo se sacrificaba un buey por el bien del reino, y el rey oraba en acción de gracias mientras sus ayudantes mataban al animal. En los Estados monárquicos de las gallas del Africa oriental, que aún siguen siendo independientes, el rey sacrificaba en la cima de las montañas y regía la inmolación de víctimas humanas. Una unión similar del poder temporal y el espiritual, de los deberes sacerdotales y reales se entrevé, en medio de la penumbra de la tradición, en los reyes de la hermosa región mejicana de Chiapas, cuya antigua capital, sepultada hoy bajo la exuberante selva tropical, muestra sus restos en las espléndidas y misteriosas ruinas de Palenque.

Cuando decimos que los reyes antiguos eran también generalmente sacerdotes, estamos lejos de haber agotado sus funciones religiosas. En aquellos tiempos el carácter divino de un rey

no era una expresión vacía sino una creencia generalizada. En muchos casos, los reyes fueron reverenciados no solamente como sacerdotes, es decir como intermediarios entre los hombres y dios, sino como dioses mismos, capaces de otorgar a sus súbditos y adoradores los favores que los mortales juzgan imposibles de lograr y que sólo pueden obtenerse por medio de oraciones y sacrificios ofrecidos a seres invisibles y sobrehumanos. Así se esperaba de los reyes la lluvia y el sol a su debido tiempo para lograr abundantes cosechas, entre otras muchas cosas. Esta esperanza, aunque nos parezca extraña, coincide totalmente con el pensamiento primitivo. El salvaje no comprende fácilmente la distinción entre lo natural y lo sobrenatural, comúnmente aceptada por pueblos más avanzados. Para él actúan en el mundo, en gran medida, agentes sobrenaturales que son personas que obran con sus mismos impulsos y motivos y que, como él pueden modificarlos si se apela a su piedad, sus deseos y sus temores. En un mundo así concebido, no advierte limitaciones a su poder de influir en el curso de los acontecimientos naturales en su propio beneficio. Las oraciones, promesas o reclamos a los dioses pueden asegurarle abundantes cosechas, y si, como tantas veces ha creído, sucediera que un dios llegara a encarnarse en su propia persona, ya no necesitaría rogar a seres más elevados. Él, el salvaje, posee en sí mismo todos los poderes para incrementar su propio bienestar y el de sus prójimos.

Así llegamos a comprender la idea del hombre-dios. Pero hay otra forma. Junto con esta visión de un mundo impregnado de fuerzas espirituales, el hombre salvaje posee otro probablemente más antiguo. Se trata de una concepción en la cual puede encontrarse el germen de la moderna idea de la ley natural, o sea la visión de la naturaleza como una serie de acontecimientos que se producen de manera invariable sin intervención de agentes personales. El germen al cual nos referimos se relaciona con esa magia simpática, como puede denominarse, que ocupa un lugar importante en la mayoría de los sistemas de superstición. En la sociedad primitiva el rey es frecuentemente hechicero además de sacerdote. Asimismo, a menudo parece haber adquirido sus poderes en razón de su supuesta habilidad en la magia blanca o negra. Para comprender entonces la evolución de la monarquía y del carácter sagrado que tenía el cargo para los pueblos salvajes y bárbaros, es esencial familiarizarse con los principios de la magia y tener algún concepto del extraordinario ascendiente que este antiguo sistema de superstición ha tenido en todos los tiempos y en todos los países. Proponemos considerar el tema más detalladamente.

CAPITULO III

MAGIA SIMPATÉTICA

1. Los principios de la magia

Si analizamos los principios del pensamiento en los que se basa la magia probablemente comprobaremos que se reducen a dos: primero, que lo semejante produce lo semejante o que los efectos son semejantes a la causa; segundo, que las cosas que alguna vez estuvieron en contacto con otras siguen actuando recíprocamente a distancia aun cuando se haya cortado todo contacto físico. El primer principio puede denominarse ley de semejanza y el segundo, ley de contacto o contagio. Del primer principio el mago deduce que puede producir el efecto deseado sólo con imitarlo; del segundo, que todo lo que haga con un objeto material afectará también a la persona que estuvo en contacto con dicho objeto, haya o no formado parte de su cuerpo.

Los hechizos basados en la ley de semejanza pueden llamarse magia homeopática o imitativa, mientras que los basados en la ley de contacto o contagio pueden denominarse magia contagiosa.

Es quizá preferible usar el término homeopática para designar la primera de las ramas de la magia, porque los términos alternativos de imitativa o mimética sugieren un agente consciente que imita, restringiéndose así el campo de este tipo de magia. El mago que practica estas leyes cree implícitamente que ellas rigen el funcionamiento de la naturaleza inanimada. En otras palabras, tácitamente admite que las leyes de semejanza y de contacto son de aplicación universal y no se limitan a las acciones humanas. En síntesis, la magia es un sistema espurio de leyes naturales, una errónea guía de conducta, una falsa ciencia y un arte abortado. Considerada como sistema de leyes naturales, es decir como un estatuto de reglas que determinan la secuencia de los acontecimientos en todo el mundo, podemos caracterizarla como magia teórica. Si la consideramos en cambio como una serie de preceptos que los seres humanos observan para conseguir sus objetivos, podría llamarse magia práctica. Pero al mismo tiempo debemos tener presente que el mago primitivo sólo conoce la magia en su aspecto práctico, porque nunca analiza los procesos mentales en los que se basa ni reflexiona sobre los principios abstractos que rigen sus acciones. Para él, como para la mayoría de los hombres, la lógica es implícita, no explícita; él razona como digiere sus alimentos, ignorando por completo los procesos mentales y fisiológicos esenciales en una u otra operación. En suma, para él la magia siempre es un arte, nunca una ciencia. El verdadero concepto de ciencia no existe en su mente rudimentaria. Queda para el estudio de la filosofía descubrir el curso del pensamiento en el cual se basa la práctica del mago; desenredar los pocos hilos de la embrollada madeja, separar los principios abstractos de sus aplicaciones concretas. En síntesis, discernir la ciencia espuria del acto bastardo.

Si nuestro análisis de la lógica de los magos es correcto, sus dos grandes principios sólo serían dos diferentes y erróneas interpretaciones de la asociación de ideas. La magia homeopática se basa en la asociación de ideas por semejanza, y la magia contagiosa en la asociación de ideas por contigüidad. La magia homeopática comete el error de suponer que

las cosas semejantes son la misma cosa, y la magia de contagio el error de suponer que las cosas que estuvieron en contacto con otras permanecen en contacto para siempre. Pero en la práctica las dos ramas se combinan con frecuencia o, para ser más exactos, mientras la magia homeopática o imitativa puede practicarse sola, la magia contagiosa se mezcla en la práctica con la homeopática o imitativa. Si se confrontan así los dos tipos de magia puede haber una pequeña dificultad para comprenderlas, pero serán rápidamente inteligibles cuando las ilustremos con algunos ejemplos particulares.

Las dos magias son de hecho extremadamente simples y elementales. No podría ser de otra manera ya que son familiares en lo concreto aunque no precisamente en lo abstracto, y no sólo para la rústica inteligencia del salvaje, sino para los ignorantes y tontos de todas partes. Ambas ramas, la homeopática y la contaminante pueden designarse juntas correctamente con el nombre de magia simpatética, porque una y otra establecen que las cosas se interactúan recíprocamente a distancia mediante una simpatía secreta cuyo impulso es transmitido entre ellas por algo que podemos concebir como una especie de éter invisible similar al que postula la ciencia moderna con un propósito similar, precisamente para explicar cómo las cosas pueden influirse entre sí en un espacio que parece vacío.

Es conveniente sintetizar así las ramas de la magia y sus leyes de pensamiento:

Magia simpatetica (Ley de simpatía)	
Magia homeopatica (Ley de semejanza)	Magia contaminante (Ley de contacto)

Daremos ahora ejemplos de las dos ramas de la magia simpatética, comenzando por la homeopática.

2. *Magia homeopática o imitativa*

La aplicación más común del principio "lo semejante produce lo semejante" es la que hacen o han hecho muchas personas en todos los tiempos para causar daño o destruir a un enemigo: dañar o destruir una imagen suya, en la creencia de que el enemigo sufrirá lo mismo que su imagen, y que si se destruye ésta, él morirá. Algunos de los muchos ejemplos nos mostrarán la gran difusión de esta práctica en todo el mundo y su notable persistencia a través de los siglos.

Ya era conocida hace miles de años por los hechiceros de la antigua India, Babilonia y Egipto y también de Grecia y Roma, y, en nuestros días, aún recurren a ella armeros y malignos salvajes de Australia, Africa y Escocia. Se cuenta así que los indios norteamericanos creen que dibujando la figura de una persona en la arena, la arcilla o la ceniza, o identificando un objeto con su cuerpo, y clavándole luego una estaca afilada o dañándolo de algún modo, esas lesiones afectarán puntualmente a la persona representada. Cuando un indio objebway quiere dañar a alguien, hace una pequeña imagen de madera de su enemigo y le clava una aguja en la cabeza, el corazón o le lanza una flecha, pues cree que si pincha o perfora la

imagen de su enemigo, éste siente en ese mismo instante un dolor terrible en las partes correspondientes del cuerpo, pero, si quiere matarlo, quema o entierra el muñeco, pronunciando al mismo tiempo ciertas palabras mágicas. Los indios peruanos modelan pequeñas figuras de grasa mezclada con semillas dándoles el mayor parecido posible con las personas que odian o temen y luego queman la imagen en el camino por donde suelen pasar las presuntas víctimas. A esta operación la llaman "quemar su alma".

Un maleficio malayo del mismo tipo consiste en recoger cortes de uñas, cabellos, pestañas, y saliva y otras cosas de la presunta víctima que representen las diferentes partes de su cuerpo. Con todo ello y la cera de una colmena abandonada por las abejas se hace una pequeña figura parecida a la persona a dañar y luego se la tuesta lentamente sobre una lámpara durante siete noches. Y cada noche se dice:

*"No es cera lo que estoy quemando,
quemo el hígado, el corazón, el bazo de fulano de tal".*

Pasada la última noche, la figura se quema y la víctima morirá. Obviamente, este maleficio combina los principios de la magia homeopática y de la contaminante, ya que la imagen se asemeja en lo posible al enemigo y se hace con materias que pertenecieron o estuvieron en contacto con él, sobre todo sus uñas, pelo y saliva. Otra forma de maleficio malayo, que recuerda bastante la práctica de los ojobway, consiste en hacer con cera de colmena abandonada una figura parecida al enemigo de unos treinta centímetros de largo, y luego pincharle los ojos para que quede ciego, el estómago y el pecho para que enferme y la cabeza para que le duela. Si se desea matarlo decididamente, se atraviesa la imagen de pies a cabeza, se la amortaja como a un cadáver, se reza sobre ella como si se rezara por un muerto, y luego se la entierra en el medio del camino por donde pasará el enemigo. Para que la sangre no caiga sobre la propia cabeza, debe decirse:

*"Yo no soy quien lo está enterrando.
Es Gabriel quien lo entierra".*

Así la culpa del crimen caerá sobre los hombros del arcángel Gabriel, mucho más capaz que los demás de soportar ese peso.

Si bien la magia homeopática o imitativa a través de figuras se ha empleado comúnmente con la odiosa finalidad de enviar a una persona aborrecida al otro mundo, también, aunque más raramente, se ha empleado con la buena intención de ayudar a otras.

Así, se ha usado para facilitar el nacimiento y lograr el embarazo de las mujeres estériles. Entre los batakos de Sumatra, si una mujer estéril quiere ser madre, debe tafiarse la figura en madera de un niño y colocarla en su regazo, en la creencia de que así se cumplirán sus deseos. En el archipiélago de Babar, la mujer que desea tener un hijo, ruega al padre de una familia numerosa que rece por ella a Upulero, el espíritu del sol. Hacen un muñeco de algodón rojo que la mujer toma en sus brazos, como si lo amamantara. Después el padre prolífico toma una gallina por las patas y acercándola a la cabeza de la mujer, dice: "¡Oh Upulero! Toma esta ave, y permite que descienda una criatura, te lo ruego. Te suplico que dejes caer un niño en mis

manos y en mi regazo". Enseguida pregunta a la mujer: "¿Ya ha llegado la criatura?" y ella responde: "Sí, ya está mamando".

Entonces sostiene el ave sobre la cabeza del marido y musita una palabras. Por último, se mata la gallina y, junto con algunas hojas de betel, la llevan al lugar destinado a los sacrificios domésticos. Al término de la ceremonia corre por la aldea la noticia de que la mujer ha dado a luz y los amigos acuden para felicitarla. En este caso, la simulación del nacimiento de un niño es un rito puramente mágico indicado para asegurar, mediante la imitación o pantomima, que realmente nacerá una criatura, pero se trata de aumentar la eficacia del rito a través de la oración y el sacrificio. Para decirlo de otro modo, la magia se mezcla aquí y es reforzada por la religión.

Entre algunos dayakos de Borneo, cuando una mujer tiene un parto difícil, se llama al brujo para que trate de facilitarlo con una manera racional de manipular el cuerpo de la parturienta. Al mismo tiempo, otro brujo situado fuera de la habitación se esfuerza en lograr el mismo fin por medios que nosotros consideramos totalmente irracionales. En efecto, simula ser la parturienta misma con una tela atada al vientre que sujeta una piedra grande que representa al niño en el útero, sigue las instrucciones que le grita su colega desde la escena real y mueve sobre su cuerpo al supuesto bebé, imitando los movimientos del real hasta que éste nace. El mismo principio de simulación, que tanto agrada a los niños, ha impulsado a otros pueblos a la simulación del nacimiento como una forma de adopción y hasta como modo de resucitar a una persona supuestamente muerta. Si alguien pretende dar a luz a un niño e incluso a un hombre con toda la barba que no tenga una sola gota de su sangre en las venas, ese niño o ese hombre es realmente su hijo en todos los sentidos, según la ley y la filosofía primitivas. Así, Diodoro nos dice que cuando Zeus convenció a su celosa mujer Hera para que adoptase a Hércules, la diosa se metió en la cama y abrazando al robusto héroe contra su seno lo hizo deslizarse bajo sus ropas hasta dejarlo caer al suelo, imitando un nacimiento verdadero. El historiador agrega que en sus tiempos los bárbaros practicaban el mismo procedimiento para la adopción de niños. En la actualidad, se dice que aún se usa en Bulgaria y entre los turcos de Bosnia.

Cuando una mujer quiere adoptar un niño lo pondrá o empujará entre sus ropas, y desde ese momento será considerado su hijo verdadero y como tal heredará todos los bienes de sus padres adoptivos. Entre los berawanos de Sarawak, cuando una mujer desea adoptar a un hombre o una mujer adultos, se reúnen muchas personas y se celebra una fiesta. La madre adoptiva, sentada delante del público en un asiento alto y cubierto, permite que la persona adoptada se deslice entre sus piernas. Enseguida, dicha persona es golpeada con los capullos aromáticos de la palma de areca y le atan a la mujer. Luego, la madre y la hija o el hijo adoptivos, siempre atados, se dirigen moviendo las caderas hasta el fondo de la casa y regresan para mostrarse otra vez a los espectadores. El vínculo que se establece entre los dos por esta gráfica imitación del parto es muy estrecho. Una ofensa cometida contra un hijo adoptivo se considera más grave que la que podría hacerse a un hijo verdadero. En la antigua Grecia, si se daba por muerto erróneamente a un ausente habiéndose cumplido los ritos funerarios, al reaparecer era tratado por la sociedad como un difunto hasta tanto no se realizara la ceremonia de nacer otra vez. En ella lo hacían pasar por la entrepierna de una mujer y después lo lavaban, lo vestían con pañales y lo entregaban a una nodriza.

Mientras no se realizaba la ceremonia, no podía relacionarse libremente con los demás. En la antigua India, en circunstancias similares, el supuesto muerto debía pasar la noche posterior a su reaparición en una tina con una mezcla de agua y grasa, sentado con los brazos cruzados y los puños cerrados, sin pronunciar una palabra como un niño en la matriz, mientras se efectuaban los sacramentos de rigor para una mujer embarazada. La mañana siguiente debía salir de la tina y era objeto otra vez de todos los sacramentos que había recibido desde su juventud. Por último, lo casaban con una mujer o volvían a casarlo otra vez con su propia esposa, con la debida solemnidad.

Otro uso benéfico de la magia homeopática es el de curar o prevenir enfermedades. Los antiguos hindúes efectuaban una compleja ceremonia, basada en ella, para curar la ictericia. El objetivo principal era derivar el color amarillo a los seres y cosas del mismo color a las que realmente pertenece, como el sol por ejemplo, y dar al paciente un saludable color rojo de una fuente vigorosa y viva como un toro bermellón. Con esta intención, un sacerdote recitaba el siguiente conjuro: "Tu pena y tu ictericia subirán hasta el sol: te envolveremos en el rojo color del toro, en rojos matices para una larga vida. ¡Quede esta persona sana y libre del color amarillo! Te envolveremos con todas las formas y todas las fuerzas de las vacas, cuya deidad es Rohini, que también son rojas (Rohini). Pondremos tu color amarillo en las cacatúas, en los zorzales y también en el canario". Mientras pronunciaba estas palabras, el sacerdote daba de beber al paciente agua con pelo de toro rojo para darle el tono rosado de la salud. También le hacía beber el agua vertida sobre el lomo del animal y lo sentaba sobre una piel de toro rojo, atándolo con un trozo de ella. Luego, para mejorar su coloración eliminando completamente el color amarillo, le untaba todo el cuerpo con un ungüento hecho con curcuma (una planta amarilla), lo acostaba y ataba a los pies de la cama, con una cuerda amarilla, tres pájaros: una cacatúa amarilla, un zorzal y un canario. A continuación, vertía agua sobre el paciente para sacarle el ungüento amarillo, con la seguridad de que la ictericia se iría junto con los pájaros. Después, para dar un toque final de lozanía al enfermo, envolvía pelos de toro rojo en una hoja dorada y los pegaba en su rostro.

Los antiguos creían que si la persona enferma de ictericia miraba atentamente a una avutarda o un chorlito y los pájaros le devolvían la mirada, quedaba curada de su mal. "Así es la naturaleza —dice Plutarco— y así es también el temperamento de este ser que saca y recibe la enfermedad que pasa por la mirada como una corriente." Esta valiosa propiedad de las aves era tan conocida por los pajareros que, cuando tenían alguna de ellas en venta, la ocultaban cuidadosamente para impedir que algún icterico se curase gratis. La virtud del pájaro no residía en el color del plumaje sino en sus grandes ojos dorados que naturalmente extraían la amarilla ictericia. Plinio habla de otro pájaro, o tal vez del mismo, al cual los griegos llamaban ictericia, porque si un icterico lo miraba, la enfermedad salía de él para matar al ave. También menciona una piedra que supuestamente curaba la ictericia porque sus tonos recordaban la piel icterica.

Uno de los grandes méritos de la magia homeopática es permitir que la curación se realice en la persona del médico y no en la del paciente, quien se evita así todo problema o molestia mientras observa al curandero retorcerse de dolor delante de él.

Por ejemplo, los campesinos de Perche, en Francia, creen que los vómitos prolongados se deben a que el estómago ha caído por haberse descolgado y buscan entonces un práctico

para que vuelva a ponerlo en su lugar. Este último, tras escuchar la descripción de los síntomas, efectúa las más horribles contorsiones para desenganchar su propio estómago. Cuando logra su propósito, vuelve a colgar su estómago con otra serie de contorsiones y ademanes, mientras el paciente experimenta el consiguiente alivio. Todo, al precio de cinco francos.

Con un procedimiento similar, en Dayak un médico se tiende en el suelo delante del enfermo y simula estar muerto. Su ayudante lo envuelve entonces en una esterilla, como si fuera un cadáver, y lo saca fuera de la casa dejándolo en el suelo. Transcurrida una hora, otros médicos desenvuelven el presunto muerto y le devuelven la vida. En la medida en que se recupera, se supone que también va mejorando el enfermo. La cura de un tumor basada en los principios de, la magia homeopática, figura en una curiosa obra sobre medicina de Marcelo de Burdeos, médico de la corte de Teodosio I. Dice así:

"Tómese una raíz de verbena y colóquese un trozo atado en el cuello del paciente y otro en el humo de la chimenea. A medida que este último se seca en el hogar, el tumor va secándose también hasta desaparecer. Si posteriormente el paciente no muestra su reconocimiento para con el buen médico, éste puede vengarse fácilmente arrojando la verbena al agua y, a medida que la absorbe vuelve a producirse el tumor."

Marcelo de Burdeos aconseja también que si se sienten molestias por una erupción en la piel, hay que ver caer una estrella y, en el preciso momento en que ella aún se desliza por el cielo, refregarse los granos con la primera tela que se tenga a mano. Los granos caerán del cuerpo como las estrellas del cielo, pero el paciente deberá tener mucho cuidado de no refregarlos directamente con la mano, pues los granos pasarán a ella.

Por otra parte, la magia homeopática y, en general, la simpatética tienen amplia participación en las disposiciones que adoptan los primitivos cazadores y pescadores para asegurarse una abundante provisión de alimentos. En base al principio de que "lo semejante produce lo semejante" ellos hacen muchas cosas imitando deliberadamente los resultados que desean obtener y evitando cuidadosamente otras que por su semejanza más o menos imaginaria resultarían desastrosas para su cometido.

Pero en ningún lugar se aplica la teoría de la magia simpatética más sistemáticamente a este respecto que en las inhóspitas regiones de la Australia central. Allí, las tribus se dividen en cierto número de clanes totémicos y cada uno de ellos se encarga de multiplicar su totem en bien de la comunidad, mediante ceremonias mágicas. La mayor parte de los totems son animales y vegetales, y el resultado final que creen lograr es el de proveer a la tribu de alimentos y otras cosas necesarias para su subsistencia. Los ritos consisten frecuentemente en una imitación de los efectos que desean producirse, o sea que su magia es homeopática e imitativa. Así, entre los warramunga, el jefe del totem cacatúa blanca procura la multiplicación de las cacatúas blancas, llevando en la mano una efigie del pájaro e imitando su grito ronco. Entre los Arunta, los hombres del totem larva de mariposa realizan ceremonias para multiplicar las larvas que sirven de alimento a otros miembros de la tribu. Una de esas ceremonias es una pantomina que muestra el desarrollo completo del insecto desde que surge de la crisálida. En el interior de una amplia estructura hecha con ramas, que representa a la

crisálida, un grupo de hombres sentados, pertenecientes al totem de la larva, entonan canciones que aluden al insecto en las distintas fases de su desarrollo. Posteriormente, los hombres salen en cuclillas, y, a medida que van saliendo, cantan al insecto que emerge de la crisálida. Se cree que ello multiplica el número de larvas. Además, para multiplicar los emús, que constituyen un alimento importante, los hombres del totem respectivo dibujan esta ave sagrada en el suelo, en especial las partes del emú que les son más apetecibles, es decir la grasa y los huevos. Los hombres se sientan y cantan alrededor del dibujo. Después, con máscaras que muestran el cuello largo y la cabeza pequeña de los emús, los hombres inician al pájaro cuando mueve la cabeza en todas las direcciones.

Los indios de la Columbia Británica viven sobre todo de la pesca que abunda en el mar y los ríos. Si los peces no llegan a su debido tiempo y los indios pasan hambre, un brujo nootka hace una imagen de un pez nadando en la misma dirección en que llegan con más frecuencia los peces. Esta ceremonia, que incluye una rogativa para que llegue la pesca, surtirá efecto de inmediato.

Los isleños del estrecho de Torres utilizan modelos de vacas marinas y tortugas para atraerlas y atraparlas. Los toradjas de las islas Célebes centrales creen que las cosas de la misma especie se atraen mutuamente por los espíritus que las animan o por el éter vital. Así, cuelgan en sus cabañas quijadas de ciervos y jabalíes para que los espíritus que animan esos huesos atraigan a los animales de la misma especie, para así poder cazarlos. En la isla de Nías, cuando un jabalí cae en la trampa preparada a tal efecto, le frotan el lomo con nueve hojas caídas, en la creencia de que así como cayeron nueve hojas del árbol, caerán también otros nueve jabalíes en la trampa. En las islas de las Indias Orientales, Saparoea, Haroeckoe y Noessa baut, cuando un pescador va a colocar su aparejo en el mar, mira a su alrededor buscando un árbol cuyos frutos hayan sido muy picoteados por los pájaros y, al encontrarlo, corta una rama fuerte y hace con ella una estaca para fijar su aparejo. Cree que así como el árbol ha atraído muchos pájaros a sus frutos, la rama cortada de ese árbol atraerá también una abundante pesca a su red.

Las tribus occidentales de la Nueva Guinea Británica emplean el siguiente hechizo para ayudar al cazador a arponear vacas marinas y tortugas. En el agujero del mango del arpón se coloca un pequeño escarabajo que se encuentra en los cocoteros. Se supone que el arpón se pegará en la vaca marina o la tortuga como el insecto se pega en la piel del hombre. Cuando un cazador de Camboya comprueba que no ha caído nada en sus redes, se desnuda, se aleja un poco y luego se pasea sin ton ni son cerca de la red hasta que se deja caer en ella como si no la hubiera visto, mientras grita: "¡Ah! ¿Qué es esto? Temo haber sido atrapado". Después, seguramente algo caerá en la red. Una pantomima similar ha sido representada y permanece viva en la memoria de nuestros montañeses de Escocia. El reverendo James Macdonald, hoy pastor protestante de Reay de Caithness, nos cuenta que en su juventud iba a pescar con sus compañeros al lago Aline y, como los peces tardaban mucho en picar, acostumbraban fingir que pescaban a uno de sus compañeros después de arrojarlo previamente al agua. Acto seguido, comenzaban a picar las truchas o los silloclis, según que la barca estuviera en aguas dulces o saladas. Antes de tender trampas para cazar martas, un indio carrier duerme solo, junto al fuego, durante unas doce noches seguidas con una pequeña vara apretándole el cuello. Así, la estaca de la trampa caerá naturalmente sobre el

cuello de la marta.

Entre los galelareses, que viven en una vasta zona al norte de la gran isla de Halmahera, al oeste de Nueva Guinea, una máxima dice que hay que ponerse en la boca la bala con que se cargará el fusil. Esto significa comerse la presa que cazará la bala y que así será imposible errar el blanco. Cuando un malayo, después de poner el cebo en la trampa para cocodrilos espera el resultado, tiene la precaución, al comer su "curry", de tragar primero tres puñados de arroz seguidos, porque así ayudará al cebo a deslizarse más fácilmente por la garganta del cocodrilo. Se cuida también de no sacar ningún hueso de su "curry" porque, según dice, el cebo también podría salirse de la estaca y el cocodrilo comerlo y marcharse. Por lo tanto, en estas circunstancias, antes de empezar a comer, el cazador prudente, debe hacer que otra persona le saque los huesos de su "curry" para no tener que optar entre tragarse un hueso o perder el cocodrilo.

Esta última regla es un ejemplo de las cosas que debe evitar el cazador para tener éxito, porque en razón de que "lo semejante produce lo semejante" esas cosas podrían arruinar su suerte. En efecto, se ha observado que el sistema de magia simpatética no sólo se compone de preceptos positivos, sino también de preceptos negativos, es decir de prohibiciones, y no sólo indica lo que hay que hacer sino lo que no se debe hacer. Los preceptos positivos son los hechizos, los negativos los tabúes. De hecho, toda la doctrina del tabú, o por lo menos parte de ella, parece ser solamente una aplicación especial de la magia simpatética y de sus dos leyes principales de semejanza y de contacto. Aunque estas leyes no se expresen claramente con esas palabras y ni siquiera sean comprendidas de manera abstracta por el salvaje, él cree implícitamente que ellas rigen el curso de la naturaleza y son independientes de la voluntad humana. El piensa que si actúa en determinado sentido, se producirán consecuencias inevitables en virtud de una u otra de esas leyes, y si le parece que esas consecuencias pueden ser desagra, dables o peligrosas, es natural que trate de evitarlas y deje de actuar en ese sentido. En otras palabras, se abstendrá de hacer lo que podría dañarlo, conforme a sus nociones erróneas de causa y efecto. En síntesis, se atiene a un tabú. Por lo tanto, el tabú es hasta aquí una aplicación negativa de la magia práctica. La magia positiva o hechicería dice: "Haz esto para que suceda esto otro". La magia negativa o tabú, dice: "No hagas esto para que no suceda esto otro". La magia positiva se propone producir un hecho deseado; la magia negativa o tabú impedir un hecho no deseado. Pero ambas consecuencias, la deseable y la indeseable, se suponen producidas conforme a las leyes de semejanza y de contacto. Y así como la consecuencia deseada no es producida en realidad por la observancia de una ceremonia mágica, tampoco lo es la consecuencia temida por la violación del tabú. Si el supuesto daño se realizara necesariamente violando el tabú, éste no sería un tabú sino un precepto moral o de sentido común. No es un tabú decir: "No pongas las manos en el fuego" sino una regla del sentido común, porque la acción prohibida implica un daño real, no imaginario. En suma, los preceptos negativos que llamamos tabú son realmente tan vanos y fútiles como los preceptos positivos que llamamos hechicería. Las dos cosas no son más que las dos caras o polos opuestos de un grande y lamentable error, un falso concepto de la asociación de ideas. En esta falacia, el polo positivo es la hechicería y el tabú el polo negativo. Si damos a todo este erróneo sistema el nombre de magia teórica y práctica, podemos definir al tabú como el lado negativo de la magia práctica. Vamos a sintetizar esto

en el siguiente cuadro

Magia	Teórica (<i>La magia como pseudo ciencia</i>)	
	Práctica (<i>La magia como pseudo arte</i>)	Magia positiva o Hechicería Magia negativa o Tabú

Hemos formulado estas observaciones sobre el tabú y sus relaciones con la magia porque daremos algunos ejemplos proporcionados por cazadores y cazadores entre otros, y porque deseamos poner en evidencia que ellos se relacionan con la magia simpática como aplicaciones particulares de esta teoría general. Así, entre los niños esquimales está prohibido jugar a las "camitas", porque puede suceder que, ya adultos, sus dedos se enreden en la cuerda del harpón. En este caso, el tabú es claramente una aplicación de la ley de semejanza, base de la magia homeopática: así como los dedos de los niños se enreden en las cuerdas cuando juegan a las "cunitas de gato" así también se enredarán cuando ya hombres, se dediquen a cazar ballenas. Del mismo modo, entre los huzuls de las montañas de los Cárpatos, la mujer del cazador no debe hilar mientras su marido está cazando porque de lo contrario la caza dará tantas vueltas como el huso y el cazador no podrá darle alcance. Aquí también el tabú deriva claramente de la ley de semejanza.

Asimismo, en casi todos los lugares de la antigua Italia estaba prohibido por la ley a las mujeres hilar mientras transitaban por los caminos e incluso llevar husos en forma ostensible, en la creencia de que ello era perjudicial para los cultivos. Probablemente se pensaría que las vueltas del huso impedirían que los tallos de los granos crecieran erguidos. Entre los ainos de la isla Sakhalin, una mujer embarazada no debe hilar ni retorcer cuerdas desde dos meses antes del parto, pues de lo contrario las entrañas del hijo se enredarían como las cuerdas. Por razones parecidas, en Bilaspore, distrito de la India, cuando el jefe de una aldea se reúne en consejo con los hombres principales de ella, nadie debe hacer girar un huso porque se supone que así el debate podría caer en un círculo vicioso sin salida. En algunas islas de las Indias Orientales, nadie que vaya a la casa de un cazador puede permanecer indeciso frente a la puerta de entrada, pues de lo contrario lo mismo hará la caza deteniéndose frente a la trampa y alejándose sin quedar atrapada. Igualmente, entre los toradjas de la parte central de las Islas Célebes es de rigor no detenerse o pararse en la escala de una casa donde hay una mujer embarazada, porque ello retrasaría el nacimiento del hijo, y, en varios lugares de Surnatra, se prohíbe a la mujer embarazada detenerse en la puerta o en un peldaño de la escala, so pena de sufrir un parto difícil por descuidar imprudentemente tan elemental precaución. Los malayos dedicados a la búsqueda del alcanfor comen alimentos secos y se preocupan de no pulverizar la sal porque el alcanfor se halla en forma de pequeños granos en las grietas de los troncos de los alcanfores. Por lo tanto, para los malayos resulta evidente que si durante la búsqueda comen sus alimentos con sal fina, encontrarán el alcanfor hecho polvo, y, en cambio, si los sazonan con sal gruesa, los granos de alcanfor serán más grandes. Los buscadores de alcanfor de Borneo usan como plato para comer la vaina coriácea de la hoja de la palmera de Penang y, mientras dura la búsqueda, dejan ese plato sin lavar pues

temen que si lo hicieran el alcanfor podría disolverse y desaparecer de las grietas del árbol. Evidentemente piensan que si lavan los platos también se lavarían los granos del alcanfor, desapareciendo de las grietas de los árboles. El producto más importante de Laos es la laca, una goma resinosa exudada por un insecto rojo que se coloca a mano en las ramas nuevas de los árboles. Todos los que se dedican a la recolección de este tipo de goma se abstienen de lavarse, especialmente la cabeza, por temor de que al desprenderse los parásitos de los cabellos se desprendan también los insectos de las ramas de los árboles. Asimismo, cuando un indio "Pie negro" se halla al acecho después de tender una trampa para águilas, no come de ningún modo pimientos silvestres, pues cree que si lo hace y un águila se posa cerca de la trampa, los pimientos en su estómago producirían picazón al águila y ésta se dedicaría a rascarse y no a comer el cebo de la trampa. En el mismo sentido, el cazador de águilas también se abstiene de usar leznas cuando tiene que reparar sus aparejos, pues es seguro que si se pincha las águilas le clavarán sus garras.

La misma consecuencia lamentable se produciría si sus mujeres e hijos usaran leznas en su casa mientras él ha salido a cazar águilas. De ahí la prohibición de usar leznas en su ausencia por temor de ocasionarle un peligro mortal.

Entre los tabúes que observan los salvajes, los más numerosos e importantes son las prohibiciones de comer ciertos alimentos, y puede demostrarse que muchas de ellas derivan de la ley de semejanza y son por lo tanto ejemplos de magia negativa.

Así como el salvaje come muchos animales o plantas para adquirir ciertas cualidades deseables que se supone que poseen, también se abstiene de comer otros que supuestamente tendrían cualidades indeseables. Si se comen los primeros se trata de magia positiva y si no se comen los segundos, de magia negativa.

Mencionaremos después muchos ejemplos de magia positiva.

Ahora daremos algunos ejemplos de magia negativa o tabú. En Madagascar se prohíbe a los guerreros comer ciertos alimentos por el temor, basado en el principio de la magia homeopática, de adquirir propiedades peligrosas o indeseables atribuidas a dichos alimentos. Se abstienen así de comer erizo "por la propensión de este animal a enrollarse como una pelota cuando se asusta, característica que puede transmitirse". Tampoco ningún guerrero puede comer carne vacuna de la rodilla o cuarto trasero para no debilitarse las rodillas como el animal y quedar discapacitado para marchar. Además, deberá abstenerse de comer un gallo que haya muerto en pelea tú ningún animal que haya muerto lanceado, y, mientras permanezca en el campo de batalla, no se podrá matar en su casa ningún animal, macho. Le parece obvio que si comiera un gallo muerto en pelea, él también moriría combatiendo; si comiera un animal lanceado él también lo sería lanceado, y si mataran un animal en su ausencia en su casa, él también podría morir así y en el mismo instante. Por último, el soldado malgache no debe comer riñones porque en el habla de Madagascar la palabra riñón significa también "disparo" y seguramente lo recibirá si come riñones.

El lector habrá observado que en algunos de los ejemplos precedentes de tabú, se supone que la influencia mágica actúa a distancias considerables. En este sentido, entre los indios "Pie negro" las mujeres y los hijos de un cazador de águilas tienen prohibido usar leznas durante su ausencia, porque las águilas pueden hincar sus garras en el distante esposo y padre. Además, en la casa de un soldado malgache no puede matarse ningún animal mientras

está en combate, por temor de que la muerte del animal provoque la del hombre. Esta reencia en la influencia simpatética recíproca entre personas y cosas ejercida a distancia, es esencialmente mágica. La magia no duda como la ciencia de las posibilidades de acción a distancia; la fe en la telepatía es uno de sus principios básicos. A un moderno creyente en la influencia de una mente sobre otra a distancia, no le resultaría nada difícil convencer a un salvaje que cree en ella desde siempre, y que, más aún, se mueve en dicha creencia con una lógica consistente, una fe que aún no posee su hermano civilizado ni la manifiesta en su conducta, al menos por lo que sabemos. El salvaje no sólo está convencido de que las ceremonias mágicas influyen sobre personas y cosas lejanas, sino que los hechos más simples de la vida cotidiana también tienen ese poder. Ello explica que en las ocasiones importantes la conducta de los amigos y parientes distantes se rija por un complejo código de normas cuya inobservancia por parte de aquéllos, se cree que, puede provocar, una desgracia y hasta la muerte de los ausentes. En especial, cuando una partida de hombres sale a cazar o pelear, es frecuente que sus allegados hagan en su casa ciertas cosas y se abstengan de hacer otras a fin de propiciar el éxito y la seguridad personal de los cazadores y guerreros ausentes. Vamos a dar ahora algunos ejemplos de esta magia telepática, tanto en su aspecto positivo como en el negativo.

En Laos, cuando un cazador de elefantes se dispone a salir de caza previene a su mujer que no se corte el pelo ni unte su cuerpo con aceite en su ausencia, porque si se corta los cabellos el elefante podría romper los lazos y, si se unta el cuerpo, se liberará de ellos. Cuando en una aldea dayak, salen a cazar jabalíes en la selva, la gente que permanece allí no debe tocar con las manos aceite ni agua durante la ausencia de los cazadores, porque si lo hicieran, ellos tendrían los "dedos pegajosos" y las presas se les escaparían de las manos.

Los cazadores de elefantes del África Occidental creen que si sus mujeres les son infieles durante su ausencia, ello dará poder a los elefantes contra sus perseguidores, que así morirán o serán gravemente heridos. Por lo tanto, si un cazador se entera de la inconducta de su mujer, abandona la caza y regresa a su hogar.

Si un cazador wogogo no tiene éxito o es atacado por un león, lo atribuirá a la mala conducta de su mujer y regresará a su casa muy enojado. Mientras el cazador se dedica a su tarea, la esposa no permite que nadie cruce a sus espaldas ni se mantenga de pie cuando ella está sentada, y además debe dormir boca abajo. Los indios moxos de Bolivia, creían que si la mujer de un cazador le era infiel en su ausencia, él podía ser mordido por una serpiente o un jaguar. Asimismo, si el hecho se producía, implicaba el castigo y con frecuencia la muerte de la mujer, ya fuera inocente o culpable. Un cazador de nutrias marinas de las islas Aleutianas cree que no podrá matar un solo animal si su mujer le es infiel o su hermana no es casta.

Los indios huicholes de México consideraban sagrada a una especie de cactus que produce en quien la come una especie de éxtasis. La planta no se daba en el país y todos los años debían buscarla haciendo un viaje de cuarenta y tres días de duración. Mientras los hombres viajaban, sus mujeres, para contribuir a la seguridad de sus maridos, no caminaban de prisa ni corrían. También trataban de asegurar con su conducta los beneficios que se esperaba obtener con la misión sagrada, en forma de lluvias, buenas cosechas, etc. Con esta intención, se sometían a las más severas restricciones, semejantes a las impuestas a sus esposos. Durante el tiempo que transcurría hasta la celebración de la fiesta del cactus, sólo se lavaban

en ciertas ocasiones y únicamente con el agua del país donde crecía la planta. También ayunaban mucho, se abstendrían de la sal y estaban obligados a observar una estricta continencia. Quienes infringían esta ley eran castigados con enfermedades, ya demás hacían peligrar los resultados que todos esperaban obtener.

Salud, suerte y vida se lograban recogiendo el cactus, la calabaza del dios del fuego, pero considerando que el fuego puro no puede beneficiar a lo que es impuro, los hombres y mujeres no sólo debían permanecer castos durante ese tiempo, sino también lavar las manchas de los pecados anteriores. Así, cuatro días después de la partida de los hombres, las mujeres se reunían para confesar al abuelo fuego los hombres que fueron sus amantes desde la niñez. No podían omitir un solo nombre porque en tal caso los recolectores no podrían conseguir un solo cactus. Para refrescar la memoria, cada una preparaba una cuerda con tantos nudos como amantes había tenido, y la llevaba al templo donde, frente al fuego, nombraba uno por uno y en voz alta a todos los hombres anotados en la cuerda. Al término de la confesión, la mujer arrojaba la cuerda al fuego y una vez que el dios la había consumido en sus llamas purificadoras, sus pecados eran olvidados y ella se marchaba en paz. Desde ese momento, la mujer sentía aversión por los hombres y no se permitía siquiera pasar cerca de ellos. Los mismos recolectores de cactus hacían también una limpieza a fondo de sus debilidades. También hacían un nudo en una cuerda por cada pecadillo y, después de "proclamarlos a los cinco vientos", entregaban el rosario de sus pecados al jefe, quien se encargaba de quemarlos en el fuego.

Muchas tribus indígenas de Sarawak tienen la firme convicción de que si las mujeres cometen adulterio en ausencia de sus maridos, el alcanfor que ellos recogen en la selva podría disiparse. Algunos maridos pueden descubrir que sus mujeres los engañan por ciertos nudos de los árboles, y se cuenta que en tiempos lejanos muchas mujeres murieron a manos de sus maridos celosos sin mediar otra evidencia que esos nudos.

Además, las mujeres se cuidan de usar el peine mientras sus maridos recolectan el alcanfor, porque de lo contrario las grietas de los árboles, en lugar de estar llenas de esos preciosos cristales, estarían vacías como los espacios entre los dientes del peine. En las islas Kei, al sudoeste de Nueva Guinea, cuando sale un barco con destino a un puerto lejano, el lugar de la playa donde estaba anclado se cubre, lo más rápidamente posible, con ramas de palmera y se convierte en sagrado. Nadie puede entonces cruzar por él hasta el regreso del barco, pues de lo contrario, se perdería.

Por otra parte, se eligen tres o cuatro muchachas para que se mantengan en relación simpatética con los tripulantes mientras dure la travesía, contribuyendo así a la seguridad y éxito del viaje. Ellas no deben abandonar la habitación que se les asigna con ese fin, salvo para cumplir necesidades imperiosas, y tienen que permanecer inmóviles y en cuclillas sobre sus esteras, con las manos entrelazadas delante de las rodillas. También les está vedado girar la cabeza a la derecha o la izquierda, lo mismo que cualquier otro movimiento. Si lo hicieran, causarían cabeceos y barquinazos al navío. Asimismo, no podrán comer golosinas como el arroz cocido en agua de coco que, por ser pegajoso, perturbaría el deslizamiento del barco en el agua. Cuando se supone que los tripulantes han llegado a destino, se atenúa el rigor de estas medidas, pero mientras dura el viaje las jóvenes no pueden comer pescado con espinas agudas o púas, como la raya, por temor de que los marineros sufran trastornos agudos y

dolorosos.

Cuando prevalecen esas creencias en la relación simpatética a distancia entre compañeros, no debe extrañar que sobre todo la guerra, por la fuerte conmoción que provoca, suscite algunas de las más profundas y tiernas emociones humanas y provoque en los angustiados parientes el deseo de utilizar los vínculos simpatéticos para favorecer a sus lejanos seres queridos que luchan y mueren en esos momentos. Así, para lograr este propósito tan natural y respetable, los familiares y amigos que permanecen en sus hogares, están dispuestos a usar recursos que pueden parecernos ridículos o patéticos en sí mismos o por su finalidad. En algunos distritos de Borneo, cuando un dayako se halla en la "caza de cabezas", su esposa o, si no es casado, su hermana, deberán llevar una espada día y noche para que él piense siempre en sus armas, y no dormirán de día ni se acostarán antes de las dos de la madrugada, por temor de que el marido o el hermano sea sorprendido por un enemigo mientras, duerme. Entre los dayakos de las costas marinas de Banting, en Sarawak, las mujeres cumplen estrictamente un complicado código de normas mientras los hombres combaten en lugares lejanos. Algunas normas son positivas y otras negativas. Pero todas se basan en la magia homeopática y en la telepatía. Entre ellas figuran las que se detallan a continuación. Las mujeres deberán despertarse y abrir las ventanas en cuanto amanezca, pues de lo contrario sus maridos ausentes también dormirán demasiado. No podrán engrasar sus cabellos, pues así los hombres resbalarían, ni dormir ni hacer la siesta, porque sus maridos marcharían somnolientos. Las mujeres deben cocinar y esparcir palomitas de maíz (pochoclo) y esparcirlas en la galería exterior todas las mañanas. Deberán mantener muy limpias todas las habitaciones de la casa y también los cofres colocados contra las paredes, porque si alguien tropieza en ellos, sus maridos ausentes podrían caer y quedar a merced del enemigo.

Durante las comidas, deberán poner un poco de arroz en un pote y dejarlo a un costado, para que los hombres tengan siempre algo que comer y nunca padezcan hambre. No podrán permanecer sentadas en el telar si sienten calambres, porque de lo contrario sus maridos serían trabadas sus articulaciones y no estarían en condiciones de levantarse rápidamente o de alejarse del enemigo. También para mantener flexibles las articulaciones de sus maridos, las mujeres suelen alternar su trabajo en el telar con paseos por la galería. No deben cubrirse el rostro, para que los hombres no se pierdan entre los matorrales o en la selva.

Además, no deben coser con agujas para que sus maridos no pisen los clavos puestos en su camino por los enemigos. Y si una mujer engaña al marido ausente, éste perderá la vida en el campo enemigo. Hasta hace algunos años, todas estas reglas y algunas otras más eran cumplidas por las mujeres de Banting mientras sus maridos combatían en favor de los ingleses contra los rebeldes. Lamentablemente, de poco les valieron estas tiernas precauciones. Muchas veces, el hombre cuya esposa fiel esperaba y velaba por él en el hogar encontró su tumba de soldado. En la isla de Timor, el sacerdote nunca abandona el templo mientras se desarrolla una guerra. Le llevan alimentos o él mismo los cocina allí, y debe mantener el fuego encendido día y noche, porque si deja que se apague se produciría un desastre que se prolongaría hasta que volviese a encender el fuego. Además, sólo deberá beber agua caliente para no enfriar el ánimo de los combatientes y poder así vencer al enemigo. En las islas Kei, cuando los guerreros han partido, las mujeres entran en sus casas y sacan cestos con frutas y piedras, que luego engrasan y colocan sobre un tablón, mientras

murmuran: "Oh, señor Sol, señora Luna, haced que las balas resbalen sobre nuestros esposos, hermanos, novios y otros familiares así como las gotas de lluvia resbalan sobre estos objetos untados con aceite". Cuando se oye el primer disparo, se alejan de los cestos, toman sus abanicos y salen precipitadamente de sus casas. Mueven entonces los abanicos en dirección al enemigo y corren por la aldea cantando: "¡Oh, dorado abanico! haz que nuestras balas den en el blanco y que se pierdan las del enemigo". En este caso, la ceremonia de engrasar las piedras para que las balas resbalen en los hombres lo mismo que las gotas de lluvia en las piedras, constituye un ejemplo de magia homeopática o imitativa pura, pero la oración al sol para que produzca el hechizo es un acto religioso y probablemente fue agregado posteriormente. Pensamos que el movimiento ondulatorio de los abanicos es un hechizo para enviar o desviar las balas del blanco, según sean propias o del enemigo.

Un viejo historiador de Madagascar nos informa de que "mientras los hombres están en guerra y hasta su regreso, las mujeres y sus hijas no cesan de bailar día y noche, y nunca declinan ni comen alimentos en sus propias casas. Aunque tienen fuertes tendencias voluptuosas, nunca tendrían relaciones con otro hombre mientras el marido se halla en la guerra, pues están seguras de que así moriría o sería herido. Creen que bailando infunden energía y buena suerte a sus esposos. Por consiguiente, no se dan descanso, durante esas épocas, y esta costumbre se observa muy religiosamente".

Entre los pueblos de habla tshi, en la Costa de Oro, las esposas de los hombres que han ido a la guerra, se pintan de blanco y se adornan con abalorios y amuletos. El día en que previsiblemente puede librarse la batalla, ellas corren en todas direcciones, armadas con fusiles, o palos tallados que simulan ser armas de fuego, recogen papayas verdes y las cortan con sus cuchillos como si cortaran las cabezas de los enemigos. Esta pantomima es sin duda un hechizo puramente imitativo para que los hombres hagan con los enemigos lo mismo que hacen las mujeres con las papayas. En el pueblo de Framin, en el Africa Occidental, durante la guerra de los achantis, Fitzgerald Morriott presencié una danza de mujeres cuyos maridos habían ido a la guerra como transportistas. Estaban pintadas de blanco y sólo llevaban una pequeña falda. Las dirigía una vieja y arrugada bruja vestida con una minúscula falda blanca, y su negra cabellera estaba peinada en forma de un gran cuerno delante del rostro, y lucía sus pechos, brazos y piernas profusamente adornados con medias lunas y círculos blancos. Todas llevaban largas escobas hechas con colas de búfalo o de caballo y, mientras bailaban, cantaban: "Nuestros maridos han ido al país de los achantis. ¡Que barran a sus enemigos de la superficie de la tierra! "

Cuando los indios thompson de la Columbia Británica iban a la guerra, las mujeres bailaban con frecuentes intervalos. Se creía que estas danzas aseguraban el éxito de la expedición. Las bailarinas, que esgrimían cuchillos, arrojaban palos de punta aguzada hacia adelante o blandían palos provistos de ganchos hacia atrás y hacia adelante. Lanzar los palos hacia adelante significaba herir o rechazar al enemigo, y arrojarlos hacia atrás, sacar a sus guerreros del peligro. El gancho del extremo del palo se adaptaba perfectamente como instrumento salvavidas. Las mujeres apuntaban siempre con sus armas hacia el territorio enemigo. Se pintaban la cara de rojo y cantaban mientras bailaban, orando para que las armas defendieran a sus esposos y les ayudaran a matar muchos enemigos. En la punta de los palos llevaban pegado un plumón de águila. Al finalizar el baile escondían las armas. Si una mujer cuyo

marido estaba en la guerra creía ver pelo o un trozo de cuero cabelludo en su arma, al sacarlo sabía que su marido había matado a un enemigo. Pero si creía ver una mancha de sangre, sabía que su marido estaba herido o muerto. Cuando los hombres de la tribu yitiki de California participaban en una expedición bélica, sus mujeres en la casa no dormían; bailaban continuamente en círculo, cantando y agitando ramas con hojas. Decían que sus maridos no se cansarían si ellas bailaban todo el tiempo. Entre los indios haida, de las islas de la Reina Carlota, cuando los hombres iban a la guerra, las mujeres en la casa se levantaban muy temprano y simulaban atacar a sus hijos pequeños y fingían tomarlos como esclavos. Ello significaba que ayudaban a los hombres a hacer lo mismo. Si una mujer cometía adulterio mientras su marido se hallaba en la guerra, probablemente éste moriría. Todas las mujeres se acostaban en su casa durante diez noches con la cabeza orientada hacia el punto de la brújula cuya dirección tomaron al partir las canoas de guerra. Después se acostaban con la cabeza en sentido opuesto suponiendo que los guerreros ya regresaban. En Masset, las mujeres haida bailaban y cantaban canciones de guerra durante todo el tiempo que sus maridos estaban ausentes, y se preocupaban de que todas las cosas que tenían a su alrededor se hallaran en perfecto orden. Creían que una mujer podía causar la muerte de su marido si no respetaba estas costumbres. Cuando una partida de indios caribes del Orinoco marchaba hacia la guerra, los indios que quedaban en la aldea acostumbraban calcular con la mayor exactitud posible el momento en que los guerreros ausentes iniciarían el ataque al enemigo. Tomaban entonces dos muchachos, los tendían en un banco y los azotaban duramente. Los jóvenes soportaban el castigo sin ninguna queja, con la firme convicción, inculcada desde la niñez, de que de la paciencia y entereza que mantuvieran durante esa prueba cruel dependía el valor y el éxito de sus camaradas en la batalla.

Entre las muchas prácticas beneficiosas que con errónea ingenuidad se adjudican al principio de la magia homeopática o imitativa se halla la de hacer que los árboles y las plantas den sus frutos a su debido tiempo. En Turingia, cuando un hombre siembra lino lleva las semillas en una bolsa larga que va desde sus hombros hasta media pierna, y camina a grandes pasos de modo que la bolsa se bambolea en sus espaldas hacia ambos lados. Creen allí que ello hará que el lino, cuando crezca, ondule en medio del viento. En el interior de Sumatra, las mujeres se encargan de sembrar el arroz, y cuando lo hacen llevan el cabello suelto en la espalda para que el arroz crezca lozano y con largos tallos. Asimismo, en el antiguo México se celebraba una fiesta en honor de la diosa del maíz o "la madre de la larga cabellera" como la llamaban. Se iniciaba "cuando la planta había alcanzado su completo desarrollo y las fibras que surgían de la mazorca verde indicaban que el grano ya estaba totalmente formado. Durante la fiesta, las mujeres llevaban sueltos sus largos cabellos que agitaban y sacudían al bailar en el acto principal de la ceremonia, para que el penacho de la mazorca creciera con la misma profusión y el grano correlativamente grande y gordo. Así, el pueblo disfrutaría de esa abundancia". En muchos pueblos de Europa, bailar y saltar alto en el aire son medios homeopáticos para que los cultivos crezcan mucho. Por ejemplo, en el Franco-Condado, se dice que hay que bailar en carnaval para que el cáñamo crezca muy alto. La idea de que una persona puede influir homeopáticamente por sus actos o por su condición surge claramente de una observación hecha por una mujer malaya. Al preguntársele por qué se desnudaba de la cintura para arriba cuando segaba el arroz, explicó que lo hacía para que el arroz tuviese la

cáscara más delgada porque estaba harta de machacarlo con la cáscara gruesa. Evidentemente, cuanto menos ropa llevara menos grosor tendría la cáscara del arroz. La virtud mágica de infundir fertilidad que posee una mujer grávida es conocida por los campesinos de Bavaria y Austria, que piensan que si se da el primer fruto de un árbol a una mujer embarazada, el árbol tendrá una producción frutal extraordinaria el año siguiente. En el otro sentido, los baganda creen que una mujer estéril contagiará su esterilidad al huerto de su marido e impedirá que los árboles den frutos, razón por la cual suelen separarse generalmente de las mujeres sin hijos. Los griegos y los romanos sacrificaban víctimas embarazadas a la diosa de los cereales y la tierra sin duda para que el suelo fuese productivo y el grano del cereal más gordo. Cuando un sacerdote católico reprochó a los indios del Orinoco porque hacían sembrar a las mujeres con sus criaturas de pecho bajo un sol abrasador, los hombres le respondieron: "Padre, usted se enoja porque no comprende estas cosas. Usted sabe que las mujeres están acostumbradas a tener hijos y los hombres no. Cuando las mujeres siembran, la planta de maíz produce tres mazorcas, la yuca llena tres cestas y todo se multiplica abundantemente. ¿Por qué sucede esto? Sencillamente porque las mujeres saben reproducir y por lo tanto saben cómo hacer con la semilla para que también se reproduzca. Por lo tanto, dejémoslas sembrar. Nosotros los hombres no sabemos más que ellas de esto". Según la teoría de la magia homeopática pues, una persona puede influir sobre los vegetales para bien o para mal, conforme al buen o mal carácter de sus actos o a su condición. Por ejemplo, una mujer fecunda hará que las plantas fructifiquen y una mujer estéril las hará también estériles. Esta creencia en el carácter nocivo y contagioso de ciertas cualidades personales o accidentales ha dado origen a numerosas prohibiciones o reglas de abstención: las personas no deben hacer ciertas cosas para no contagiar su propio estado o condición indeseable a los frutos de la tierra. Todos estos hábitos o reglas de abstención son ejemplos de magia negativa o tabú. Así, invocando lo que podría llamarse el poder de contagio de los actos o características personales, los galelareses dicen que no hay que disparar flechas debajo de un árbol frutal porque así las frutas caerán como las flechas en el suelo, ni tampoco, cuando se come sandía, mezclar las semillas que se escupen con las apartadas para la siembra, porque aunque estas últimas germinen y crezcan, sus brotes caerán como las semillas que fueron escupidas y nunca producirán frutos. En este mismo sentido, los campesinos bávaros creen que si se deja caer al suelo un gajo de un árbol frutal, el árbol que crezca dejará caer al suelo su fruto sin madurar. Cuando los chams de Cochinchina siembran arroz en sus campos secos y temen que caigan chaparrones, comen arroz crudo para evitar que la lluvia arruine la cosecha.

En los casos precedentes se supone que una persona influye homeopáticamente sobre los vegetales y contagia árboles y plantas con sus cualidades permanentes o circunstanciales buenas o malas. Pero, según el principio de la magia homeopática, la influencia es mutua: la planta puede contagiar al hombre lo mismo que éste a la planta. En la magia como en la física, acción y reacción son iguales y opuestas. Los indios cherokees muestran en su botánica práctica la influencia de la magia homeopática.

Las duras raíces de la planta rastrera "uña de gato" son tan fuertes que enredan la reja del arado. Las mujeres cherokees se lavan entonces el cabello con una cocción de raíces de "uña de gato" a fin de fortalecerlo, y los jugadores de pelota cherokees hacen lo mismo, para

endurecer sus músculos. Los galelareses creen que si se come una fruta que ha caído al suelo, ello predispone a tropezar y caerse, y que si se come algo que se ha olvidado (como una batata que se ha dejado en una olla o una banana en el fuego), se perderá la memoria. Los indios guaraníes de la América del Sur creían que si una mujer comía un grano doble de mijo sería madre de mellizos.

Asimismo, los galelareses también creen que si una mujer come bananas mellizas tendrá hijos mellizos. En tiempos de los Vedas, existía una curiosa aplicación de este principio en un hechizo para restaurar en su trono a un príncipe desterrado. Sus alimentos debían cocinarse con la leña de los brotes del tronco de un árbol cortado. La capacidad de recuperación manifestada por ese árbol podría así transmitirse a través del fuego al alimento y de éste al príncipe que lo comiera. Los sudaneses piensan que si se construye una casa con la madera de árboles espinosos, la vida de sus habitantes será también espinosa y llena de problemas. Una rama fecunda de la magia homeopática es la que actúa a través de los muertos. Así como un muerto no puede ver, ni oír ni hablar, es posible también, según los principios de esa magia, volver ciegos, sordos y mudos a los vivos usando huesos de muertos o cualquier cosa corrompida por la muerte. Por ejemplo, entre los galelareses, cuando un joven va a visitar a su novia por la noche, toma un poco de tierra de una tumba y lo esparce en el techo de la casa de ella, justo en el lugar donde duermen los padres. Cree que así impedirá que se despierten mientras él platica con su amada, porque la tierra de la tumba los sumirá en un sueño tan profundo como la muerte. En todos los tiempos y en todas partes, los ladrones han practicado este tipo de magia en sus actividades. Un eslavo del sur, ladrón de viviendas, comenzaba su tarea arrojando el hueso de un muerto sobre la casa al tiempo que decía con hiriente ironía: "que esta gente despierte cuando despierte este hueso". Después de esto, todos dormirían profundamente en la casa. Análogamente, en Java el ladrón toma tierra de una tumba y la esparce alrededor de la vivienda que desea robar. Ello sume a los moradores en un sueño profundo. Con las mismas intenciones, en la India, un ladrón esparce cenizas de una pira funeraria en la puerta de la casa. Los indios de Perú esparcen polvo de huesos de personas muertas, y los ladrones de Rutenia sacan la médula ósea de la tibia humana, la reemplazan por sebo, lo encienden, y con esta especie de antorcha dan tres vueltas alrededor de la casa, lo que produce un sueño profundo semejante a la muerte. También suelen hacer una flauta con un hueso de la pierna humana y, cuando la tocan, las personas que la oyen no pueden permanecer en pie. Los indios de Méiáco usaban con idéntico fin el antebrazo izquierdo de una mujer muerta en su primer parto, pero el miembro debía ser robado. Golpeaban con él el suelo antes de entrar en la casa donde iban a robar y así todos los que la habitaban, quedaban inmóviles y mudos, como muertos, y aunque podían ver y oír, no podían moverse. Algunos, sin embargo, realmente dormían y hasta roncaban. En Europa se atribuían propiedades semejantes a la "mano de gloria", que era la mano de un ahorcado, desecada y curtida. Si se colocaba en esa mano una vela encendida hecha con la grasa de un malhechor muerto también en el cadalso, esta especie de antorcha paralizaba a todas las personas a quienes se la mostraba, y no podían mover un dedo como si estuvieran muertas. A veces, la misma mano de muerto era usada como vela, o mejor como un candelabro, encendiendo directamente los dedos descarnados. Si alguno de los moradores de la casa permanecía despierto, era porque alguno de los dedos no estaba encendido. Esas luces

siniestras sólo pueden apagarse con leche.

Se recomienda a menudo hacer la vela del ladrón con el dedo de un recién nacido, o, mejor, de un feto. A veces se considera necesario que el ladrón lleve velas de ese tipo para cada una de las personas de la casa, porque si una vela es demasiado pequeña, alguna persona puede despertarse y capturarlo. Cuando estas bujías comienzan a arder sólo se podrá apagarlas con leche. En el siglo XVII los ladrones mataban mujeres embarazadas para hacer bujías con sus úteros. Un ladrón o asaltante de la antigua Grecia creía que podía silenciar y poner en fuga a los más feroces perros guardianes, llevando una tea encendida en una pira funeraria.

Asimismo, las mujeres serbias y búlgaras, hartas de las restricciones de la vida doméstica, recogen las monedas de cobre colocadas sobre los párpados de los muertos, las lavan con vino o agua, y dan luego a beber el líquido a sus esposos. Después de beberlo, los maridos quedarán ciegos para las aventuras de sus mujeres, al igual que los muertos sobre cuyos ojos se pusieron las monedas.

También se cree frecuentemente que los animales poseen cualidades o virtudes que pueden ser útiles al hombre, y la magia homeopática e imitativa trata por diversos medios de transmitir estas propiedades a los seres humanos. Así, algunos behuanas llevan como amuleto un hurón, pues siendo este animal muy tenaz para sobrevivir, sería muy difícil que los mataran a ellos.

Otros llevan cierto insecto, mutilado pero vivo, con el mismo propósito. Por último, otros behuanas llevan pelo de un toro mocho mezclado con sus propios cabellos y la piel de una rana en su manto, porque siendo la rana tan escurridiza y el toro sin cuernos tan difícil de sujetar, creen que con estos amuletos será tan difícil apresarlos como a la rana y el toro. También parece lógico que un guerrero sudafricano que lleva pelo de rata entre sus ensortijados cabellos, tenga tantas posibilidades de esquivar las flechas como la ágil rata las cosas que se le arrojan. Por lo tanto, el pelo de rata es muy necesario en vísperas de una guerra.

Uno de los libros antiguos de la India enseña que cuando se ofrecen sacrificios para la victoria, la tierra con que se construye el altar debe recogerse del lugar donde se ha revolcado un jabalí, pues la fuerza de éste permanece en la tierra. Cuando se toca un laúd de una sola cuerda y se tienen los dedos torpes, hay que buscar unas arañas de patas largas en el campo, y quemarlas y frotarse los dedos con las cenizas, para así tenerlos flexibles y ágiles, como las patas de las arañas, como creen los galelareses.

Para hacer regresar a un esclavo fugitivo, los árabes trazan un círculo mágico en el suelo, clavan en su centro una pequeña estaca y atan en ella un escarabajo del mismo sexo que el fugitivo. A medida que el escarabajo da vueltas y vueltas, se irá acortando el hilo y el insecto se acercará cada vez más al centro del círculo. Así, gracias a la magia homeopática, el esclavo fugitivo se verá forzado a volver con su amo.

Entre las tribus del oeste de la Nueva Guinea Británica, el hombre que mata una serpiente debe quemarla y tiznarse las piernas con las cenizas cuando va a la selva. Así, ninguna serpiente lo picará durante varios días. Si un hombre del sur de Eslavonia se propone robar en un mercado debe quemar un gato ciego y arrojar un poco de sus cenizas sobre el mercader para poder robarle lo que quiera sin que se dé cuenta de nada por estar tan ciego como el gato quemado. Además podrá decirle, burlón: "¿Te lo pagué?" Y el mercader burlado le

contestará: "¡Por supuesto!" Igualmente sencillo y eficaz es el procedimiento ideado por los nativos de la Australia central que desean tener barba. Se pinchan la zona con una piedra puntiaguda y luego se golpean la cara cuidadosamente con una varita o piedra mágica que simboliza a una clase de ratas con bigotes largos. Estos pelos largos pasan de la varita o piedra al mentón y luego a las mejillas, y rápidamente crece una barba abundante. Los antiguos griegos creían que la carne del ruiseñor insomne producía insomnio a quien la comía, que los legañosos adquirían una vista de águila si se frotaban los ojos con bilis de águila, y que las plumas del cuervo combatían la canicie y devolvían el color natural al cabello. Pero, en este último caso, siempre y cuando la persona que así deseaba disimular los estragos de la edad, untara sus cabellos con huevo y retuviera al mismo tiempo en la boca una buena cantidad de aceite, porque de lo contrario sus dientes se teñirían con el color negro del cuervo lo mismo que su pelo, y sería imposible devolverles su blancura. Esta forma de restaurar el pelo era pues demasiado poderosa y su aplicación implicaba mucho riesgo. Los indios huicholes admiran los hermosos dibujos del lomo de las serpientes, y cuando una mujer va a tejer o bordar, su marido caza una serpiente grande, la sujeta con un palo hendido mientras su mujer la acaricia pasándole la mano por todo el lomo. Después, le toca con la misma mano la frente y los ojos para poder hacer en el tejido dibujos tan hermosos como los del lomo de la serpiente.

Según el principio de la magia homeopática, las cosas inanimadas, lo mismo que las plantas y los animales, pueden producir beneficios y daños a su alrededor, conforme a su propia naturaleza intrínseca y a la habilidad del brujo para hacer fluir la corriente hacia los beneficios o los daños, según el caso. En Samarcanda, cuando las mujeres dan caramelos a sus hijos pequeños, les ponen goma en la palma de la mano para que, ya adultos, sus palabras sean dulces y las cosas valiosas se peguen en sus manos. Los griegos creían que una prenda de vestir de lana mordida por un lobo producía a quien la llevaba picazón o irritación de la piel. También pensaban que si se ponía en el vino una piedra mordida por un perro, quienes bebieran el vino reñirían entre ellos. Entre los árabes del Moab, una mujer sin hijos frecuentemente pide la ropa de otra que ha tenido muchos hijos para que le transmita la fecundidad de su dueña. Los cafres de Sofala, en el Africa Occidental, temían mucho ser golpeados con cosas huecas como la caña y la paja y preferían recibir golpes de palos macizos o de barras de hierro aunque les doliera más. Creían que al hombre golpeado con cosas huecas se le arruinaban las vísceras hasta morir. En los mares orientales se encuentra una concha grande de molusco, que los bugineses de las islas Célebes llaman "hombre viejo"(kadjáwo). Los días viernes ponen boca abajo esos "hombres viejos" en el umbral de sus casas, pues creen que todos los que pasen por el umbral vivirán muchos años. Durante la ceremonia de iniciación de un brahmán, el joven aspirante debe pisar una piedra con el pie derecho mientras le dicen estas palabras: "Pisa esta piedra y sé tan fuerte como ella". La misma ceremonia, con las mismas palabras, se realiza cuando se casa una novia brahmán. Para contrarrestar la inconstancia de la suerte, en Madagascar entierran una piedra junto al poste principal de la casa. La costumbre generalizada de jurar sobre una piedra puede basarse en parte en la reencia de que la solidez y estabilidad de la piedra hacen verosímil el juramento. El antiguo historiador danés Saxo Gramático dice que "cuando los antiguos eligían un rey subían sobre piedras dispuestas en el suelo para votar. La dureza de las piedras simbolizaba

la firmeza del voto".

Así como se da por sentado que las piedras tienen una eficacia mágica general en razón de su peso y solidez, también se atribuyen propiedades mágicas a algunas piedras o clases de piedras en particular, por sus características específicas de forma y color. Por ejemplo, los indios del Perú empleaban ciertas piedras para aumentar las cosechas de maíz, otras para las cosechas de papas y otras para la reproducción del ganado. Las piedras usadas para hacer crecer el maíz tenían forma de mazorca y las destinadas a multiplicar el ganado, forma de oveja.

En algunas partes de la Melanesia se conservaba la creencia de que ciertas piedras sagradas tenían virtudes milagrosas relacionadas con su forma. Así, un fragmento de coral desgastado por las olas en la playa presentaba con frecuencia una notable semejanza con el árbol del pan. Por esta razón, en las islas Banks, cuando un hombre encuentra un trozo de coral en estas condiciones, debe ponerlo entre las raíces de uno de los árboles de pan, esperando que el árbol aumente sus frutos. Si el resultado responde a la expectativa, el hombre puede buscar y comprar piedras de otros hombres, aunque de características menos marcadas, y ponerlas cerca de la suya para que ésta les transmita sus virtudes mágicas. Asimismo, una piedra que tenga forma de disco es útil para atraer monedas, y si alguien encuentra una piedra que tenga debajo de ella otras piedras numerosas y pequeñas, como si fuera una cerda con su cría, la ofrenda de monedas sobre esa piedra seguramente le dará cerditos. En éste como en otros casos similares, los melanesios no sólo atribuyen poderes mágicos a la piedra misma, sino también al espíritu que contiene y, en ocasiones como las mencionadas, el hombre trata de propiciar al espíritu en su favor, dejando ofrendas sobre la piedra. Pero el concepto de espíritus que deben ser propiciados sale del ámbito de la magia para entrar en el de la religión. Cuando como en este caso, ese concepto coincide con las simples ideas y prácticas mágicas, podemos suponer por lo general que estas últimas constituyen el tronco originario donde se han injertado posteriormente las concepciones religiosas. Hay sólidas razones para suponer que, en la evolución del pensamiento, la magia precedió a la religión. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

Los antiguos estimaron mucho las cualidades mágicas de las piedras preciosas e incluso se ha sostenido, aparentemente con toda razón, que las usaron como amuletos antes que como adornos. Llamaban árbol ágata a las piedras que tenían arborescencias, y creían que atando dos de ellas en los cuernos o en el cuello de los bueyes del arado, la cosecha sería seguramente abundante. También creían que una piedra de color lechoso producía abundante leche a las mujeres si la bebían disuelta en hidromiel. Las piedras lechosas son usadas hasta hoy con el mismo fin por las mujeres griegas de Creta y Melos, y en Albania las madres que amamantan a sus hijos llevan piedras de ese color para asegurarse un abundante flujo de leche. Los griegos creían también en una piedra que curaba la picadura de víboras a la cual llamaban piedra-víbora. Para probar su eficacia bastaba con pulverizarla y esparcir el polvo en la mordedura. La amatista del color del vino recibió su nombre —que significa "no soy borracha"—por suponerse que mantenía sobrio a quien la llevase, y cuando dos hermanos querían vivir juntos se les aconsejaba llevar consigno una piedra imán que, atrayendo así a los dos, evitaría cualquier rencilla entre ellos. Los libros antiguos de la India establecen como regla que en el atardecer que precede a la noche de bodas, los novios deben sentarse en

silencio hasta que aparezcan las estrellas en el cielo. Al divisarse la estrella polar, él se la señalará a ella y, dirigiéndose a la estrella, dirá: "Tú estás fija. Te veo, inmóvil. Sé constante conmigo, ¡oh próspera!". Luego, volviéndose hacia su esposa, dirá: "Me has sido dada por Brihaspati; ten hijos conmigo, tu esposo; vive conmigo cien otoños". La intención de la ceremonia es evidentemente la de prevenir la inconstancia de la suerte y las veleidades de la felicidad terrenal con la influencia inmutable de la estrella fija.

Tal es el deseo expresado en el último soneto de Keats: *¡Brillante estrella!, yo quisiera ser inmutable como fija eres tú, No en el solitario esplendor, colgada en lo alto de la noche.*

Quienes viven junto al mar no pueden dejar de impresionarse con el incesante flujo y reflujo de las olas y, según la elemental filosofía de la simpatía y semejanza que aquí nos ocupa, ello los lleva a atribuir una relación sutil, una secreta armonía entre las mareas y la vida del hombre, de los animales y los vegetales. En la marea creciente no sólo ven un símbolo sino también una causa de exuberancia, de prosperidad y de vida, mientras que la marea baja representa para ellos tanto una causante real como un símbolo de la melancolía, la decadencia, la debilidad y la muerte.

Los campesinos de Bretaña creen que el trébol sembrado durante la pleamar crecerá bien, pero si se siembra con o durante la marea baja no llegará a madurar y las vacas que se alimentan de él morirán. Sus mujeres creen que la mejor manteca se hace cuando el mar comienza a subir, y que la leche sigue haciendo espuma en la batidora hasta que pasa la marea alta, y que el agua sacada del pozo o la leche ordeñada de la vaca durante la creciente subirá en la olla y se volcará sobre el fuego. Según algunos antiguos, las pieles de las focas, aún después de desolladas, conservaban una secreta simpatía con el mar, y decían que hasta se arrugaban cuando bajaba la marea. Otra creencia antigua, atribuida a Aristóteles, era que todos los seres vivientes sólo podían morir durante la marea baja. Según Plinio, esta creencia era confirmada por la experiencia, como pensaban también los hombres de la costa de Francia. Asimismo, Filostrato asegura que en Cádiz los moribundos no exhalaban el último suspiro mientras la marea permanecía alta. Una superstición similar subsiste aún en varios lugares de Europa. En la costa cantábrica se cree que las personas que mueren de una enfermedad aguda o crónica expiran cuando la marea comienza a bajar. En Portugal, en todo lo largo de la costa de Gales, y en algunos lugares de la costa de Bretaña, dicen que aún mantienen la creencia de que se nace cuando sube la marea y se muere cuando baja. Dickens confirma esta superstición en Inglaterra: "La gente sólo puede morir en la costa durante la marea baja, no puede nacer hasta que sube la marea, ni nacer bien hasta la pleamar" dice el señor Peggotty. La creencia de que la mayoría de los fallecimientos se producen con marea baja persiste, según se asegura, a todo lo largo de la costa oriental de Inglaterra, desde Northumberland a Kent. Shakespeare debía estar al tanto de ello, pues hace morir a Falstaff "precisamente entre las doce y la una, al cambiar la marea".

Volvemos a encontrar esta creencia entre los haidas, en la costa del Pacífico de la América del Norte. Cuando un buen haida está a punto de morir, tiene la visión de una canoa tripulada por algunos de sus compañeros fallecidos que llega con la marea para invitarlo a viajar al país de los espíritus. "Ven ahora con nosotros, porque la marea está por bajar y debemos partir", le dicen. En Port Stephens, en Nueva Gales del Sur, los nativos entierran siempre a sus muertos con marea alta, nunca con marea baja, para que al retirarse las aguas se lleven el alma del

difunto a algún país remoto.

Para asegurarse una larga vida, los chinos recurren a ciertos hechizos complicados que concentran en ellos, según los principios homeopáticos, la esencia mágica que emana de los tiempos y las estaciones y de las personas y las cosas. Los medios empleados para transmitir estas benéficas influencias no son otros que las mortajas. Muchos chinos se proveen de ellas en vida, y casi todos las hacen confeccionar por jóvenes solteras o mujeres muy jóvenes, calculando razonablemente que como esas personas vivirán todavía muchos años, parte de su capacidad vital pasará con seguridad a la tela de la mortaja y retardará por largo tiempo el momento en que deba dársele su uso específico.

Además, las mortajas deberán confeccionarse preferentemente en el mes intercalar de un año bisiesto, pues los chinos piensan que un año inusualmente largo puede dar a esas prendas la virtud de prolongar la vida de manera excepcional. Entre esas mortajas, hay una en particular en la cual se extreman los cuidados para infundirle esta valiosa cualidad. Se trata de larga túnica de seda de color azul oscuro con la palabra "longevidad" bordada con hilos de oro. Regalar a un padre anciano una de estas costosas y espléndidas prendas conocidas como "vestidos de longevidad" es considerado por los chinos un acto de piedad filial y una delicada muestra de atención. Por tratarse de una prenda hecha para prolongar la vida de su propietario, éste la lleva con frecuencia, en especial en las fiestas, para posibilitar la influencia de longevidad de esas letras de oro y para que actúe con todo su poder sobre su persona. El día de su cumpleaños, sobre todo, difícilmente dejará de ponerse esta prenda, porque el sentido común en China indica que ese día la persona recibirá una gran carga de energía vital que se gastará en forma de salud y vigor durante el resto del año. Ataviado con su lujosa mortaja y absorbiendo su benéfica influencia por todos los poros, el feliz propietario recibe complacido las felicitaciones de parientes y amigos, que le expresan su cálida admiración por su magnífica prenda y por el amor filial que llevó a sus hijos a obsequiársela.

Otra aplicación del principio de que lo semejante produce lo semejante es la creencia china de que una ciudad está profundamente influida por su forma, y que se modificará según el carácter de la cosa que tenga la forma más parecida a ella. Así, se cuenta que hace mucho tiempo la ciudad de Tsuen-heu-fu, se asemejaba a la forma de una carpa y sufría las depredaciones de la vecina ciudad de Yung-chun, que se parecía a una red de pescador, hasta que los habitantes de la primera ciudad concibieron un plan para erigir en su centro dos altas pagodas. Estas construcciones, que aún se elevan sobre Tsuen-heu-fu, ejercieron desde entonces una muy feliz influencia en su destino, interceptando la imaginaria red para impedir que cayera y atrapara en su malla al imaginario pez. Hace unos cuarenta años, los sabios de Shanghai se mostraron muy preocupados al descubrir la causa de una rebelión local. Tras una cuidadosa investigación, comprobaron que la rebelión se debía a que se había construido un gran templo dándole infortunadamente la forma de una tortuga, animal al cual se atribuye el peor carácter. La dificultad era seria y el peligro inmediato: derribar el templo resultaba impío, pero dejarlo como estaba era permitir la repetición de otros desastres. Sin embargo, el ingenio de los profesores de geomancia de la ciudad, a tono con las circunstancias, logró superar exitosamente la dificultad y evitar el peligro. Para ello, rellenaron los dos huecos que representaban los ojos de la tortuga, dejando ciego al animal de mala fama e impidiéndole así causar nuevos daños.

A veces se recurre a la magia homeopática o imitativa para impedir un presagio funesto representándolo como una farsa. El efecto es eludir el destino reemplazando el mal verdadero por otro fingido. En Madagascar este modo de burlar a la fatalidad ha conformado un sistema regular. Allí, la suerte de cada hombre está determinada por el día y la hora de su nacimiento y si los presagios son desafortunados se producirán de todos modos, salvo que puedan sustituirse por otros. Los procedimientos para extraer el mal son varios. Por ejemplo, si alguien ha nacido el primer día del segundo mes (febrero) su casa se incendiará cuando sea viejo. Para anticiparse e impedir el siniestro, los familiares del niño construyen un tinglado en el campo o en el fondo de la casa y le prenden fuego. Para que la ceremonia sea realmente efectiva, el niño y la madre deberán permanecer en el tinglado y sólo se los sacará de la construcción en llamas, tiznados y cuando ya peligren sus vidas. Asimismo, el lluvioso noviembre es el mes de las lágrimas y quien nace en él nace para sufrir. Para alejar las nubes que se ciernen sobre su futuro, debe tomar la tapa de una olla hirviendo y sacudirla a su alrededor. Las gotas que caen cumplen su destino, evitándose así que las lágrimas caigan de sus ojos. También si el destino ha dispuesto que una joven soltera tenga que ver algún día a su hijo aún no engendrado descender dolorosamente a la tumba antes que ella, podrá evitar esa desgracia matando una langosta que envolverá en un trapo pequeño a modo de mortaja, para luego llorarla, como Raquel a sus hijos, rechazando todo consuelo. Acto seguido, tomará una docena o más de langostas y, tras despojarlas de sus alas y patas superfluas, las dispondrá alrededor de la langosta muerta y amortajada. El zumbido de los insectos torturados y los movimientos convulsivos de sus miembros mutilados representan los gritos y contorsiones de las plañideras en un funeral. Después enterrará la langosta muerta y dejará que las otras continúen el duelo hasta morir y, tras arreglar sus desordenados cabellos, se retirará de la tumba con el paso y la apariencia de una persona sumida en la congoja. Desde ese momento podrá mirar alegremente el porvenir sabiendo que sus hijos la sobrevivirán, ya que es imposible que ella los lllore y entierre por segunda vez. Un último ejemplo: si la suerte se presenta amenazante para un niño al nacer y, la pobreza lo ha elegido como uno de los suyos, fácilmente podrá eludirlos comprando unas perlas baratas por unos pocos centavos y enterrándolas luego, porque ¿quiénes sino los ricos de este mundo pueden tirar así las perlas?

3. *Magia por contagio o contaminante*

Nos hemos ocupado hasta ahora de la rama de la magia simpatética que puede denominarse homeopática o imitativa. Como hemos visto, su principio rector es que lo semejante produce lo semejante o, en otras palabras, que el efecto se parece a su causa. La otra gran rama de la magia sintética, llamada por contagio o contaminante, se basa en el principio de que las cosas que alguna vez estuvieron en contacto habrán de mantenerlo para siempre, aunque se las separe, en una relación simpatética tal que todo lo que se haga a una de las cosas afectará igualmente a la otra. Por lo tanto, la base lógica de la magia por contagio o contaminante, lo mismo que la de la magia homeopática, es una errónea asociación de ideas. Su base física, si es que se puede hablar así, al igual que la de la magia homeopática, es un medio material que, aproximadamente como el éter de la física moderna, se supone que une dos objetos distantes

y conduce las vibraciones de uno al otro. El ejemplo más común de magia por contagio es la simpatía mágica supuestamente existente entre una persona y partes separadas de ella como el pelo o las uñas, etcétera, de modo que con ese pelo o esos recortes de uñas podrá actuarse a distancia sobre la persona de la cual proceden. Esta superstición es universal. Más adelante daremos ejemplos referentes al pelo y las uñas.

Entre las tribus australianas hubo una práctica generalizada consistente en arrancar uno o más dientes delanteros a un muchacho, durante las ceremonias de iniciación a las que debían someterse los jóvenes para poder gozar de los derechos y privilegios de los adultos.

La razón de esta práctica es oscura, pero lo que nos interesa aquí es la relación simpatética existente entre el joven y sus dientes, que continúa después de la extracción. Por ejemplo, los miembros de algunas de las tribus de las cercanías del río Darling, en Nueva Gales del Sur, colocaban los dientes extraídos debajo de la corteza de un árbol próximo a un río o a un charco permanente. Si la corteza crecía sobre el diente, o si el diente caía al agua todo iba bien, pero si quedaba expuesto al aire y las hormigas lo cubrían, los nativos creían que el muchacho sufriría una enfermedad de la boca. Entre los murring y otras tribus de Nueva Gales del Sur, el diente extraído quedaba bajo la custodia de un viejo y luego pasaba de mano en mano entre los jefes hasta dar la vuelta por toda la comunidad y llegar al padre del muchacho para terminar en manos de este último. Pero mientras el diente circulaba de mano en mano, había que cuidarse de no ponerlo dentro de una bolsa con sustancias mágicas, porque en tal caso el dueño del diente correría grave peligro. El difunto doctor Howitt fue en cierta ocasión custodio de los dientes extraídos a los novicios en una ceremonia de iniciación y los ancianos se apresuraron a advertirle que no los guardase en una bolsa que tuviera cristales de cuarzo. Le dijeron que, si lo hacía, la magia de esos cristales pasaría a los dientes, perjudicando así a los jóvenes.

Alrededor de un año después de realizada la ceremonia, Howitt recibió la visita de uno de los hombres principales de la tribu murring que había viajado más de 250 kilómetros para buscar los dientes. Le explicó que iba a llevárselos porque uno de los muchachos había enfermado y se creía que sus dientes habrían sufrido algún daño que afectaría su salud. Howitt le aseguró entonces que había guardado los dientes en una caja especial, lejos de cualquier otra sustancia similar a los cristales de cuarzo que pudiera actuar sobre ellos, pero el jefe murring regresó a su casa llevándose los dientes cuidadosamente envueltos y escondidos.

Los basutos esconden sus dientes extraídos para impedir que caigan en poder de ciertos personajes míticos que rondan en las tumbas y que pueden causar daño a los dueños de los dientes haciendo magia con ellos. En Sussex, unos cincuenta años atrás, una servidora doméstica se opuso enérgicamente a que se tirara un diente de leche de un niño, afirmando que podía roerlo cualquier animal que lo encontrase y así el nuevo diente sería igual a los de ese animal. Como prueba de ello, mencionó a un tal viejo maestro Sinimons, que tenía un gran diente largo en el maxilar superior, defecto que siempre se atribuía al hecho de que la madre había arrojado inadvertidamente un diente de leche de su hijo en un corral de cerdos. Esa creencia ha llevado a prácticas, basadas en el principio de la magia homeopática, tendientes a reemplazar los dientes viejos por otros mejores.

Así, en muchas partes del mundo se acostumbra poner los dientes extraídos en un lugar frecuentado por ratones y ratas, esperando que en razón de la simpatía siempre existente entre

los dientes propios y los dientes de los roedores, los nuevos dientes adquieran su misma firmeza y excelencia. Por ejemplo, en Alemania, una máxima muy difundida indica que el diente que cae debe colocarse en la cueva de un ratón. Si se hace esto con los dientes de leche, el niño no tendrá dolor de muelas. También se acostumbra poner al niño frente al fuego de un hogar para que arroje el diente allí, por encima de su cabeza, al tiempo que dice: "Ratón, dame tus dientes de hierro, yo te doy mi diente de hueso". Así, los dientes nuevos serán fuertes. Muy lejos de Europa, en Raratonga, en el Pacífico, cuando se extraía un diente a un niño, solía recitarse esta oración: *Rata grande, pequeña rata aquí está mi viejo diente te ruego que me des un diente nuevo*. Después se arrojaba el diente sobre los tejados de la casa, porque las ratas hacen sus nidos en los techos viejos. En este caso el motivo para invocar a las ratas ha sido que los dientes de ellas eran los más fuertes que conocían los nativos.

También se cree comúnmente que otras partes del cuerpo, como el cordón umbilical y la placenta permanecen en relación simpatética después de ser separados físicamente de él. Tan íntima se concibe esta unión que la buena o mala suerte de los individuos durante la vida se creen relacionadas con algunas de esas porciones de su persona, de modo que si la placenta y el cordón umbilical se conservan bien, la suerte le será propicia, pero si se pierden o no se los trata debidamente, se sufrirán las consecuencias. Algunas tribus del oeste de Australia creen que un hombre nadará bien o mal según su madre haya arrojado o no al agua su cordón umbilical. Entre los naturales de la región del río Pennefather, en Queensland, se cree que una parte del espíritu del niño (cho-i) queda en la placenta. Por esta razón, la madre entierra la placenta, lejos, en la arena, y marca el sitio clavando alrededor cierto número de ramitas, atándolas por su extremo superior para que formen una estructura cónica. Cuando Anjea, el ser que hace concebir a las mujeres poniendo muñecos de barro sobre sus vientres, ve el sitio marcado, saca el espíritu y lo lleva consigo a algunos de sus escondites, que puede ser un árbol, un agujero en una roca o una laguna, donde permanece durante años.

Pero en algún momento volverá a poner el espíritu del niño en otro niño, para que vuelva a nacer otra criatura en el mundo. En Ponapé, una de las islas Carolinas, colocan el cordón umbilical sobre un caracol y luego procederán según la ocupación que elijan los padres. Por ejemplo, si desean que su hijo sea un buen trepador, colgarán el cordón umbilical en un árbol.

Los isleños de Kei consideran al cordón umbilical como a un hermano o hermana del niño, según el sexo de éste y lo ponen en un recipiente con ceniza en las ramas de un árbol para que desde allí vigile como un ojo la suerte de su hermano. Entre los batakos de Sumatra, como en otros muchos pueblos del archipiélago Índico, la placenta es considerada también como el hermano o la hermana menor del niño. El sexo depende del sexo del niño, y se la entierra debajo de la casa. Según los batakos, está relacionada con el bienestar del niño y creen realmente que en ella se halla el alma transferible, de la que nos ocuparemos poco más adelante.

Los karo-batakos afirman incluso que el hombre tiene dos almas y que la verdadera es la que vive en la placenta enterrada bajo la casa, que, según dicen, es el alma que engendra a los niños.

Los baganda creen que toda persona nace con un doble, e identifican a éste con la placenta, que se considera una segunda criatura. La madre entierra la placenta al pie de un plátano que consideran sagrado hasta que se recogen sus frutos que se sirven en una fiesta sagrada para

la familia. Entre los cherokees, el cordón umbilical de una niña se entierra bajo un mortero de maíz, para que cuando crezca sea una buena panadera, pero el cordón umbilical de un varón se colgará en un árbol para que luego sea un buen cazador. Los incas del Perú conservaban con gran cuidado los cordones umbilicales y se los daban a chupar a los niños cuando enfermaban. En el México antiguo, se acostumbraba dar a los guerreros el cordón umbilical de un niño para que lo enterrasen en el campo de batalla, para que el niño adquiriera pasión por la guerra. Pero el cordón umbilical de una niña se enterraba junto al hogar doméstico, porque se creía que ello le inspiraba amor al hogar y gusto para cocinar u hornear.

En Europa, mucha gente cree aún que el destino personal está más o menos relacionado con el del cordón umbilical o de la placenta. Así en la Baviera renana envuelven el cordón umbilical durante algún tiempo en un pedazo de una vieja tela de lino y luego lo cortan o pinchan, según se trate de un varón o de una niña, para que cuando crezcan sean un hábil artesano o una buena costurera. En Berlín, la partera suele entregar el cordón umbilical seco al padre, recomendándole estrictamente su extremo cuidado, pues mientras lo conserve así vivirá a salvo de las enfermedades. En Beauce y Perche, se tiene cuidado de no arrojar el cordón umbilical al agua o al fuego, pues de lo contrario el niño moriría ahogado o quemado. En muchas partes del mundo, pues, el cordón umbilical y más frecuentemente la placenta, son considerados como seres vivientes, hermano o hermana del niño, o bien como el objeto material en el cual reside el espíritu guardián del niño o parte de él. Además, la relación simpatética que se supone existe entre una persona y su placenta o su cordón umbilical se manifiesta claramente en la muy difundida costumbre de cuidarlos por suponer que influyen durante la vida en el carácter y ocupaciones de la persona, convirtiéndola así si es un hombre, en un ágil trepador, un fuerte nadador, un diestro cazador o un bravo guerrero, y si es mujer, en una experta costurera, una buena cocinera, etcétera. Estas creencias y prácticas relacionadas con la placenta y, en menor medida, con el cordón umbilical, presentan una notable semejanza con la difundida doctrina del alma transferida o externa y con las costumbres basadas en ella. Por consiguiente, no es aventurado conjeturar que esta semejanza no es una mera coincidencia, sino que en el cordón umbilical o la placenta tenemos una base física (no necesariamente la única) para la teoría del alma exterior.

Una curiosa aplicación de la doctrina de la magia por contagio es la relación que generalmente se admite entre un hombre herido y el agente que causó la herida, así como que todo lo que se haga al o para el agente, afectará también al paciente para bien o para mal. Así Plinio dice que si alguien hiere a un hombre y después se siente apenado por lo que hizo, no tiene más que escupirse la mano con la que hirió para que el paciente se sienta instantáneamente aliviado. En Melanesia, si los amigos del hombre herido logran apoderarse de la flecha que lo hirió, deberán ponerla en un lugar húmedo o entre hojas frías para que la inflamación sea leve y desaparezca pronto. Al mismo tiempo, el enemigo que lanzó la flecha se empeñará en agravar la herida por todos los medios a su alcance. Con ese propósito, él y sus amigos beberán jugos calientes y ardientes y mascarán hojas irritantes, porque así irritarán o inflamarán la herida. Además mantendrán el arco junto al fuego para que se inflame la herida y también pondrán en el fuego la punta de la flecha, si la han recuperado, y deberán tensar la cuerda del arco haciéndola vibrar de vez en cuando para producir tensión nerviosa y espasmos tetánicos al herido. Dice Bacon: "Siempre se ha admitido y afirmado que si se unta

con un bálsamo el arma que produjo la herida ello curará la herida misma. Según refieren hombres de crédito (aunque yo no me inclino mucho a creerlo), en este experimento deben tenerse presentes los siguientes puntos: el unguento debe hacerse con diversos ingredientes, de los cuales los más extraños y difíciles de conseguir son el musgo de la calavera de un muerto sin enterrar y la grasa de un jabalí y de un oso muertos durante el acto sexual o de fecundación". El precioso unguento, compuesto de esos y otros ingredientes, se aplicaba, como explica el filósofo, no sobre la herida sino sobre el arma, aunque el herido se hallase a gran distancia y nada supiera de ello. También se ha hecho el experimento, nos dice, sacando el unguento del arma sin conocimiento del herido, lo que aumentó de inmediato sus dolores hasta que el arma volvió a untarse.

También "se afirma que si no se puede conseguir el arma, basta con un instrumento de hierro o madera que se asemeje al arma, con el cual se hace sangrar la herida. Así, el unguento con que se lo ha untado producirá su efecto". Remedios de esta clase, que Bacon juzga dignos de su atención, siguen usándose aún en los condados del oeste de Inglaterra. En Suffolk, por ejemplo, en previsión de que alguien se corte con una podadora o una guadaña, siempre se tiene la precaución de mantener la herramienta brillante y engrasada para evitar que la herida se inflame. Si alguien se clava una espina, o, como se dice allí, un *bush* (espina o púa de maleza) en la mano, la espina se aceita o engrasa después de extraerla. Un hombre fue a ver a un médico por haberse clavado una espina mientras podaba un seto. Cuando le dijeron que la herida estaba infectada, respondió: "No puede ser porque después de sacarme la espina la engrasé". Si un caballo se hiere un casco al pisar un clavo, los mozos de la uadra en Suffolk siempre recogen el clavo y lo limpian y lo engrasan todos los días para que no se infecte el casco del animal.

Análogamente, en el condado de Cambridge, los agricultores saben que cuando un caballo se hiere con un clavo en el casco, hay que engrasar el clavo con tocino o aceite y ponerlo lejos en un lugar seguro, para que el animal se cure. Hace unos años, un cirujano veterinario fue llamado para atender a un caballo herido en un flanco al rozar una bisagra de la tranquera de una granja. Al llegar, comprobó que nada habían hecho por el caballo herido, pero vio a un hombre que trataba de sacar a toda costa la bisagra de la tranquera para engrasarla y guardarla, lo que en opinión de los paisanos del lugar, permitiría curarse al animal. Igualmente, las personas rústicas de Essex creen que si un hombre ha sido acuchillado, es esencial recuperar el arma para engrasarla y ponerla frente a la cama donde está acostado. También en Baviera dicen que hay que engrasar con un trapo de lino el filo del hacha con la que uno se cortó, pero con la precaución de hacerlo con el filo hacia arriba. La herida sanará a medida que se seca el hacha. En las montañas del Harz, si uno se corta, deberá engrasar el cuchillo o las tijeras y ponerlos luego en un lugar seco en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Cuando el cuchillo se seca uno estará curado. Pero en Alemania otros dicen que el cuchillo debe clavarse en un sitio húmedo del suelo, porque la herida cicatriza cuando la hoja está sucia. Otros, en cambio, como en Baviera, recomiendan dejar con sangre el hacha o lo que fuera, y ponerla bajo el alero del techo.

Las creencias predominantes entre los rústicos ingleses y alemanes lo mismo que las de los salvajes de Melanesia y América, quedan unos pasos atrás de las de los aborígenes de la Australia Central, que creen que en determinadas circunstancias los parientes cercanos del

herido deben engrasarse a si mismos, restringir su dieta y regular su conducta en otros aspectos para asegurar la recuperación del herido. Así, cuando se ha circuncidado a un niño, la madre no podrá comer zarigüeya, ni cierta clase de lagarto ni serpiente pitón, ni ningún tipo de grasa, para no retardar la cicatrización de la herida. Todos los días deberá engrasar sus palos de cavar, los tendrá siempre a la vista, y de noche dormirá con ellos junto a su cabeza. Todos los días untará su cuerpo con grasa, pues se cree que favorece la curación de la herida. Otro ejemplo sutil, basado en el mismo principio, muestra la ingenuidad del campesino alemán. Dicen allí que cuando un cerdo o una oveja se quiebra una pata, el campesino de Hesse o de la Baviera renana deberá envolver la pata de una silla con vendas y tablitas de manera adecuada. Nadie podrá sentarse en esa silla durante varios días, ni moverla ni golpearla, para no provocar dolor al cerdo o a la oveja y retardar así la curación. En este último caso, se advierte claramente que se ha rebasado el límite de la magia por contagio y se ha entrado en el ámbito de la magia homeopática. La pata de la silla que se trata de curar en vez de la del animal, no pertenece a éste y la aplicación de vendas es sólo una mera imitación del tratamiento que haría una cirugía más racional al paciente verdadero.

La relación simpatética que se supone que existe entre un hombre y el arma que lo ha herido, se basa probablemente en la noción de que la sangre del arma sigue sintiendo con la sangre del cuerpo. Análogamente, los papúes de Tumbleo, una isla de Nueva Guinea, tienen la precaución de arrojar al mar las vendas ensangrentadas con las que curaron sus heridas, por temor de que caigan en poder de algún enemigo que podría hacerles daño mágicamente con ellas. En una ocasión, un hombre con una herida en la boca fue a que lo curasen los misioneros y su crédula mujer se tomó el trabajo de recoger toda la sangre que perdía para arrojarla después al mar. Esta creencia puede parecerse exagerada y artificial, pero quizá no lo es tanto como la de la simpatía mágica que se mantiene entre una persona y sus ropas, de modo que lo que se haga con ellas repercutirá en esa persona, aunque esté muy lejos en ese momento. En la tribu Wotjobaluk de Victoria, Australia, si un hechicero se apoderaba de una alfombra de cuero de zarigüeya y la quemaba lentamente, su propietario caía enfermo del mismo modo. Si durante el procedimiento el hechicero optaba por anular el hechizo, debía devolver la alfombra a los amigos del enfermo, recomendándoles ponerla en agua para "lavarle el fuego". En ese caso el enfermo se refrescaba y probablemente se restablecía. En Tanna, una isla de las Nuevas Hébridas, si alguien odiaba a otra persona y deseaba su muerte, debía conseguir una prenda que hubiera estado en contacto con el sudor de su enemigo, y frotarla cuidadosamente con las ramitas y hojas de cierto árbol, hacer luego un paquete largo y angosto con todo ello, y quemarlo lentamente en el fuego. Mientras el bulto se consumía, la víctima caía enferma y moría cuando todo quedaba reducido a cenizas. En esta forma de brujería, puede suponerse sin embargo, que la simpatía mágica no se da tanto entre el hombre y su ropa, sino entre el hombre y el sudor de su cuerpo.

Pero en otros casos de la misma especie se cree que la ropa en sí misma es suficiente para dar al hechicero un poder sobre su víctima. La bruja de Teócrito quema una imagen o trozo de cera para que su infiel amante se derrita por su amor, pero no olvida al mismo tiempo arrojar al fuego un pedazo de su manto recogido en su casa. Dicen en Prusia que si no se puede capturar un ladrón, hay que conseguir alguna prenda que haya perdido en su fuga, porque si se la sacude enérgicamente el ladrón enfermará.

Es una creencia muy arraigada en la mentalidad popular. Hace unos ochenta o noventa años, sorprendieron cerca de Berend, a un ladrón que intentaba robar miel y, cuando éste emprendió la fuga, dejó caer su chaqueta. Al oír que el furioso propietario golpeaba fuertemente la prenda, se alarmó tanto que se metió en la cama y murió.

Por otra parte, la magia puede actuar simpatéticamente sobre un hombre no sólo a través de sus ropas y otras cosas de él, sino también a través de las huellas que deja su cuerpo en la arena o en la tierra. Una superstición muy difundida indica que si se dañan las huellas dejadas por los pies, se dañarán igualmente los pies. Así los naturales del sudeste de Australia tratan de perjudicar a una persona colocando trozos cortantes de cuarzo, vidrio, hueso o carbón sobre las huellas de sus pies. Los dolores reumáticos se atribuyen frecuentemente a esta causa. Al examinar a un paciente que renqueaba mucho —un hombre de los tlatungolung—, el doctor Howit le preguntó qué le había pasado y aquél le respondió: "alguien ha puesto *botella en mi pie*". La renquera se debía al reumatismo, pero él creía que un enemigo había encontrado una huella suya y enterrado en ella un casco de botella cuya influencia mágica había penetrado en su pie.

Prácticas similares prevalecen en diversos lugares de Europa. En Meekleburgo, por ejemplo, se cree que si se introduce un clavo en una pisada, el que la produjo quedará rengo, pero a veces es preciso que el clavo sea sacado de un féretro. Una manera parecida de dañar a un enemigo se observa en algunos lugares de Francia. Según se dice, hubo una anciana que era bruja y solía frecuentar Stow, en Suffolk. Mientras paseaba, si alguien la seguía y clavaba un cuchillo o un clavo en una de sus pisadas, la mujer no podía dar un solo paso hasta que lo sacaran. Entre los esclavos del sur, una joven hace un hoyo en las huellas dejadas por el hombre que ama y la tierra que saca la coloca en una maceta donde luego planta una caléndula, cuya flor, según se cree, nunca se marchita. Y si sus dorados pimpollos crecen, florecen y nunca se marchitan, el amor de su novio también crecerá y florecerá sin marchitarse jamás. Así, el hechizo de amor actúa sobre el hombre a través de la tierra que pisó. Una vieja costumbre danesa para cerrar tratos se basaba en la misma idea de la relación simpatética del hombre con las huellas de sus pies: cada uno de los contratantes salpicaba las huellas con su propia sangre, prueba de lealtad. En la antigua Grecia, al parecer estas supersticiones eran comunes pues se creía que si un caballo pisaba las huellas de un lobo, éste se sentía entumecido, y una máxima atribuida a Pitágoras prohíbe al pueblo clavar un cuchillo o un clavo en las huellas de los pies de una persona.

También los cazadores de muchas partes del mundo usan esta superstición para atrapar a sus presas. Por ejemplo, un cazador alemán clava el clavo de un féretro en la huella fresca de un rastro, creyendo que así impedirá escapar al animal. Los aborígenes de Victoria ponían tizones encendidos en las huellas de los animales que perseguían. Los cazadores hotentotes arrojan al aire un puñado de arena tomada de las pisadas dejadas por la caza, en la creencia de que esto atraerá a los animales. Los indios Thompson solían poner amuletos en el rastro del ciervo herido, después de lo cual consideraban inútil seguir persiguiendo al animal, pues al ser hechizado no podía ir muy lejos y pronto moriría. Análogamente, los indios Ojebway ponían "medicina" en los rastros del primer oso o ciervo que encontraban, suponiendo que se sentiría atraído por ella hasta ponerse a tiro, aunque se hubiera alejado dos o tres jornadas, porque este hechizo tenía poder para reducir una jornada de varios días a unas pocas horas.

Los cazadores ewe del Africa Oriental, clavan un palo aguzado en las huellas de la pieza que persiguen para dañarle las patas y poder así cobrarla. Pero si bien las huellas de los pies son las más obvias, hay otras que deja el cuerpo y pueden ser utilizadas por la magia para actuar sobre las personas. Los aborígenes del sudeste de Australia creen que pueden dañar a un hombre enterrando fragmentos cortantes de cuarzo, vidrio y cosas similares en las marcas que deja su cuerpo acostado. La virtud mágica de esas cosas agudas penetra en el cuerpo y produce también dolores agudos, que los ignorantes europeos atribuyen al reumatismo. Ahora podemos comprender por qué una máxima de los pitagóricos aconseja borrar al levantarse las marcas dejadas por el cuerpo en las ropas de cama. Se trata de una simple y antigua precaución contra la magia que formaba parte de un código completo de máximas supersticiones que la Antigüedad atribuyó a Pitágoras, aunque indudablemente proceden de los antepasados bárbaros de los griegos, muy anteriores a la época en que vivió el filósofo.

4. *Los progresos del mago*

Hemos concluido así nuestro análisis de los principios generales de la magia simpatética, los ejemplos que hemos dado de ella proceden en su mayor parte de lo que podría llamarse magia privada, ya que se trata de ritos y hechizos mágicos para beneficiar o dañar individuos. Pero en la sociedad salvaje también existe lo que podría llamarse magia pública, es decir la hechicería en beneficio de toda la comunidad.

Cuando las ceremonias de esta especie se realizan en favor del bien común, es obvio que el mago deje de ser solamente un idóneo privado para convertirse en cierto modo en un funcionario público. El desarrollo de esta clase de funcionarios es muy importante tanto para la evolución política como para la evolución religiosa de la sociedad. Cuando se supone que el bienestar de la tribu depende de la realización de ritos mágicos, los magos alcanzan una posición de mucha influencia y prestigio, y realmente pueden adquirir el rango y la autoridad de un jefe o un rey. Por consiguiente, la profesión atrae a sus filas a los hombres más hábiles y ambiciosos de la tribu, porque les abre una perspectiva de honores, riqueza y poder que difícilmente podría ofrecerles otra ocupación. Los astutos advierten que es fácil engañar a los simples hermanos y utilizan la superstición en su propio beneficio. No todo hechicero es un impostor o un bribón, pues a menudo está sinceramente convencido de que posee realmente los poderes maravillosos que le atribuye la credulidad de sus compañeros. Pero cuanto más sagaz sea, más fácilmente percibirá las falsedades que impone a los tontos. Por lo tanto, los miembros más dotados de la profesión tienden a convertirse en impostores más o menos conscientes, y es lógico que en razón de su mayor habilidad, estos hombres lleguen a la cima del poder y ocupen posiciones de la más alta dignidad y de máxima autoridad. Las trampas tendidas al brujo son múltiples, y generalmente sólo un hombre con la cabeza fría y una astucia extrema podrá manejarse con seguridad. Por esta razón, siempre debemos tener presente que todas las afirmaciones y profesiones que proclama son falsas y ninguna de ellas puede sostenerse sin una impostura consciente o inconsciente. El hechicero que cree sinceramente en sus extravagantes pretensiones corre un peligro mucho mayor que el impostor deliberado y es muy probable que su carrera sea corta. El brujo honesto siempre confía en que sus hechizos y conjuros producirán los efectos esperados, pero si falla, no sólo

en los hechos, como sucede siempre, sino de manera evidente y desastrosa, queda desconcertado y no está en condiciones de explicar su fracaso, a diferencia de su colega impostor, y antes de que pueda hacerlo es posible que ruede su cabeza por obra de sus defraudados y furiosos clientes.

El resultado general es que en este nivel de la evolución social el poder supremo tiende a caer en manos de los hombres de inteligencia más aguda y de carácter más inescrupuloso. Si pudiéramos sopesar el daño que producen con sus picardías y los beneficios que puede dar su mayor sagacidad, lo más probable es que lo bueno supere ampliamente lo malo, porque seguramente han sucedido más desgracias en el mundo por obra de los tontos honestos encumbrados en los puestos altos que por los bribones inteligentes. Muchos hombres poco escrupulosos para llegar al poder, han sido los mejores en su ejercicio, sea cual fuere el poder ambicionado, su riqueza o su autoridad política. En el campo de la política, el intrigante astuto, el victorioso sin piedad, terminaron siendo gobernantes sabios y magnánimos, bendecidos en vida, llorados al morir, y admirados y reverenciados por la posteridad. Así fueron, para citar dos ejemplos, Julio César y Augusto. Pero un tonto es siempre un tonto y cuanto mayor sea el poder que tenga en sus manos tanto más desastroso será el uso que hará de él. La mayor calamidad de la historia inglesa, la ruptura con los Estados Unidos, tal vez no habría sucedido si Jorge III no hubiera sido un tonto honesto.

Por consiguiente, en la medida en que la profesión pública de la magia influyó en la constitución de la sociedad salvaje, el control de los asuntos públicos tendió a caer en manos del hombre más capaz y transfirió el poder de muchos a uno solo, sustituyendo la democracia por la monarquía, entendiéndose por democracia en este caso una oligarquía de ancianos, porque en general la comunidad salvaje no es gobernada por la totalidad de las personas adultas, sino por un consejo de ancianos. El cambio, resultó muy beneficioso en general, cualesquiera fueran las causas que lo produjeron y el carácter de los primitivos dirigentes. El nacimiento de la monarquía parece haber sido una condición esencial para que la humanidad saliera del salvajismo.

Ningún ser humano está tan dominado por la costumbre y la tradición como en su democracia salvaje. Por lo tanto, no hay progreso más lento y dificultoso que en esa etapa de la sociedad. La vieja idea de que el salvaje es el más libre de los seres humanos es todo lo contrario de la verdad. Es un esclavo, no sólo de sus amos visibles sino del pasado, de los espíritus de sus antepasados muertos, que siguen sus pasos desde el nacimiento a la muerte y lo gobiernan con mano de hierro. Lo que ellos hicieron es el punto de partida del derecho la ley no escrita a la que se debe una ciega e indiscutida obediencia. El campo de acción ofrecido a las inteligencias superiores para producir el cambio de las viejas costumbres por otras mejores resulta así muy reducido. El hombre capaz es rechazado por los débiles y los ignorantes que necesariamente imponen la norma, ya que ellos no pueden elevarse pero él puede caer. La superficie de esta sociedad ofrece un inerte nivel de uniformidad, así como es humanamente posible reducir las desigualdades naturales, las inconmensurables diferencias de nacimiento, capacidad y temperamento a una falsa y superficial apariencia de igualdad. Frente a esta condición inferior y paralizada, que los demagogos y soñadores de los tiempos posteriores juzgaron el estado ideal, la Edad de Oro de la humanidad, todo lo que ayudase a elevar a la sociedad abriendo un camino a la inteligencia y proporcionando grados de autoridad a la

capacidad natural de los hombres, merece ser bien recibido por todos los que desean de corazón el verdadero bienestar de sus semejantes. Cuando comenzaron a manifestarse esas influencias elevadas, que nunca pudieron eliminarse, el progreso de la civilización fue relativamente rápido. La aparición de un hombre que dispone de un poder absoluto puede producir cambios que muchas generaciones no pudieron efectuar, en un breve período y si se trata además, como ha sucedido con frecuencia, de un hombre dotado de una inteligencia y una energía fuera de lo común, podrá aprovechar de inmediato la oportunidad.

Hasta las arbitrariedades y caprichos de un tirano han podido servir para romper la cadena de las costumbres que oprimía tan pesadamente al salvaje. Y tan pronto la tribu dejó de ser gobernada por los tímidos y divididos consejos de ancianos y asumió la conducción una cabeza fuerte y resuelta, se produjo una situación excepcional para los integrantes de la tribu, que entró en una etapa de crecimiento, lo cual ha resultado a menudo altamente favorable para el progreso social, intelectual e industrial en las primeras épocas de la Historia.

Al imponer su poderío, por la fuerza de las armas o por el sometimiento voluntario de las tribus más débiles, la comunidad pronto adquirió riqueza y esclavos, lo que liberaba a ciertas clases de la eterna lucha por la supervivencia, permitiéndoles dedicarse a la búsqueda desinteresada de la sabiduría, el más noble y más poderoso instrumento para mejorar el destino del hombre.

Los progresos intelectuales, que se manifiestan en el desarrollo del arte y la ciencia y también en concepciones más liberales, no pueden separarse del progreso económico e industrial, y éstos a su vez reciben un enorme impulso de las conquistas y el imperio. No es una mera casualidad que los más intensos estallidos de la actividad de la mente humana se han producido como consecuencia de una victoria, y que las grandes razas conquistadoras del mundo hayan dado civilizaciones más avanzadas y desarrolladas, parar curar en paz las heridas producidas por la guerra. Los babilonios, los griegos, los romanos, los árabes, pueden dar su testimonio por nosotros en el pasado. Un estallido semejante puede observarse en Japón. Si nos remontamos a las fuentes de la Historia, vemos que no es casual que los primeros grandes saltos hacia la civilización se producen bajo gobiernos despóticos y teocráticos como los de Egipto, Babilonia y Perú, donde el jefe supremo reclamaba y recibía la obediencia servil de sus súbditos en su doble carácter de rey y dios. No es exagerado decir que en esta época primitiva el despotismo fue el mejor amigo de la humanidad, y que paradójicamente impulsó la libertad.

Por consiguiente, la profesión pública de la magia, en la medida en que hizo posible el acceso de los hombres más capaces al poder, contribuyó a liberar a la humanidad de la esclavitud de la tradición, elevándola a una vida más libre con una visión más amplia del universo. No es un pequeño servicio. Si recordamos también que, en otro sentido, la magia ha preparado el camino de la ciencia, forzosamente debe admitirse que si bien el “arte negro” ha hecho mucho daño, también ha sido fuente de muchos beneficios, y aunque la magia sea la hija de un error, ha sido también la madre de la libertad y de verdad.

CAPITULO IV

MAGIA Y RELIGION

Los ejemplos del capítulo anterior bastan para ilustrar los principios generales de la magia simpatética en sus dos ramas que hemos llamado respectivamente homeopática y contaminante o por contagio. En algunos casos de magia presentados anteriormente hemos visto que se asume la creencia en la intervención de espíritus cuyos favores se solicitan mediante oraciones y sacrificios. Pero estos casos son generalmente excepcionales y muestran una estrecha relación de la magia con la religión. Cuando la magia simpatética se manifiesta en su forma pura, sin adulteraciones, se supone que en la naturaleza un hecho produce necesaria e invariablemente otro, sin la intervención de ningún agente espiritual o personal. Por lo tanto, su concepto fundamental es idéntico al de la ciencia moderna, y todo el sistema constituye una creencia implícita, pero real y firme, en el orden y la uniformidad de la naturaleza. El mago no duda que las mismas causas producen los mismos efectos, y que la celebración de las ceremonias debidas, acompañadas de los hechizos de rigor, producirán inevitablemente los resultados que se desean, salvo que esos hechizos sean anulados o contrarrestados por otros más poderosos de otros brujos. El no apela a un alto poder, no solicita el favor de un ser veleidoso y vacilante, ni se humilla ante ninguna deidad. Con todo, su poder, por grande que le parezca, no es arbitrario ni ilimitado. Sólo podrá utilizarlo si cumple estrictamente las reglas de su arte, o, como podría decirse, las leyes de la naturaleza tal como él la concibe. No cumplir estas reglas o infringir esas leyes, aun en pequeña medida, sería incurrir en falta y exponerse también, por inexperiencia, a graves peligros. Si el mago reclama una soberanía sobre la naturaleza, se trata de una soberanía constitucional de alcance rigurosamente limitado, y ejercida en estricta conformidad con las antiguas prácticas. Se evidencia así, la estrecha analogía entre las concepciones mágicas y científicas del mundo. En ambas, se supone que la sucesión de los hechos es perfectamente regular y cierta, que está regida por leyes inmutables y que puede preverse y calcularse con precisión, y lo imprevisible, la suerte y la casualidad quedan excluidos del curso de la naturaleza. Las dos concepciones implican también una visión prácticamente ilimitada para quienes conocen las causas de las cosas y pueden manejar los resortes secretos que ponen en movimiento el vasto e intrincado mecanismo del mundo. De ahí la fuerte atracción que han ejercido la magia y la ciencia sobre la mente humana; de ahí también los poderosos estímulos que ellas han dado a la búsqueda de la sabiduría. Ellas alientan al estudioso y al investigador en medio del desierto de las desilusiones presentes, con sus promesas sin límites para el futuro. Ellas lo llevan a la cumbre de una montaña muy alta y, más allá de las nubes oscuras y la niebla que tienen a sus pies, le muestran la ciudad celestial, tal vez muy lejana, pero de un esplendor sobrenatural, bañada en la luz de los sueños. El defecto fatal de magia no reside en su presunción general de que una serie de fenómenos son determinados por leyes, sino en su concepción totalmente errónea de la naturaleza de las leyes particulares que rigen esa serie. Si analizamos los diversos casos de magia simpatética mencionados en las páginas anteriores que pueden considerarse muestras normales en conjunto, encontraremos, como acabamos de señalar, que todos ellos son aplicaciones erróneas de cualquiera de las dos grandes leyes

fundamentales del pensamiento, es decir, la asociación de ideas por semejanza y la asociación de ideas por contigüidad en el tiempo y el espacio. Una errónea asociación de ideas semejantes produce la magia imitativa o homeopática, y una errónea asociación de ideas contiguas, la magia por contagio o contaminante. Los principios de asociación son correctos en si mismos, y de hecho totalmente esenciales para el trabajo de la mente humana. Las asociaciones correctamente aplicadas conforman la ciencia, e incorrectamente aplicadas, la magia, la hermana bastarda de la ciencia. Por esto es un truismo o casi una tautología decir que toda la magia es forzosamente falsa y estéril, porque si llegara a ser verdadera y útil, ya no sería magia sino ciencia. Desde los tiempos más primitivos, los hombres se han empeñado en buscar leyes generales para controlar el orden de los fenómenos naturales en su propio beneficio. En esta larga búsqueda descubrieron numerosos axiomas, algunos de oro y otros pura escoria. Los verdaderos o reglas de oro, constituyen el corpus de la ciencia aplicada que nosotros llamamos artes, los otros, las reglas falsas, son la magia.

La magia se halla pues tan próxima a la ciencia que debemos preguntarnos cuál es su situación con respecto a la religión. Pero nuestra visión de esa relación estará forzosamente influida por la idea que nos hemos formado de la naturaleza misma de la religión. Es razonable esperar entonces que el autor defina su concepto de religión antes de investigar su relación con la magia. Probablemente no hay tema en el mundo que suscite opiniones más diferentes que la naturaleza de la religión, y resulta prácticamente imposible dar una explicación que pueda satisfacer a todos por igual. Todo lo que puede hacer un autor es, en primer lugar, decir claramente lo que entiende por religión y después usar la palabra siempre con el mismo sentido en toda su obra.

Por religión, entendemos entonces una propiciación o conciliación de los poderes superiores al hombre, que, según se cree, dirigen y controlan el curso de la naturaleza y de la vida humana. Así definida, la religión consiste en dos elementos, uno teórico y el otro práctico, a saber: una creencia en poderes superiores al hombre y un intento de éste para propiciarlos y complacerlos. De los dos elementos, es evidente que la creencia comenzó primero, ya que es preciso creer en la existencia de un ser divino antes que tratar de complacerlo. Pero una creencia que lleva aparejada su correspondiente práctica no es una religión sino una teología. Según Santiago: "la fe, si no tiene obras, muere en sí misma". En otras palabras, un hombre no es religioso si no rige su conducta, en alguna medida, por el temor o el amor de Dios. Por otra parte, la sola práctica, sin ninguna creencia religiosa, tampoco es religión. Dos personas pueden comportarse exactamente del mismo modo, y una de ellas ser religiosa y la otra no. Si una actúa por temor o amor de Dios es religiosa. Si la otra actúa por amor o temor al hombre, es moral o inmoral según que su conducta coincida o no con el bien común. Por lo tanto, creencia y práctica o, en lenguaje teológico, fe y obras, son igualmente esenciales para la religión, ya que ésta no puede existir sin las dos. Pero no es necesario que la práctica religiosa tenga siempre la forma de un ritual, es decir que no necesariamente debe consistir en ofrendas sacrificiales, recitación de oraciones u otras ceremonias exteriores. Su objetivo es complacer a la divinidad, y si ésta prefiere la caridad, la compasión y la castidad a las ofrendas de sangre, los himnos y los humos del incienso, sus fieles la complacerán mejor no postrándose ante ella, ni entonando sus alabanzas, ni llenando sus templos con costosos regalos, sino siendo castos, misericordiosos y caritativos con los hombres, porque así

imitarán la perfección de la naturaleza divina, hasta donde les permiten sus debilidades humanas. Este aspecto ético de la religión es el que nunca dejaron de inculcar los profetas hebreos, inspirados en un noble ideal de la bondad y santidad de Dios. Así, Miqueas dice: "El te ha dicho, oh hombre, lo que es bueno y que pida de tí, Señor; solamente hacer juicio y amar misericordia, e ir humildemente con Dios". Y en épocas posteriores, mucha de la fuerza con que el cristianismo conquistó el mundo provino de la misma concepción elevada de la naturaleza moral de Dios y del deber de los hombres de conformarse a ella. "La religión pura y sin mácula, ante Dios y el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y las viudas en su desgracia, y guardarse sin mancha de este mundo", dice Santiago apóstol.

Pero si la religión implica: primero, la creencia en seres sobrehumanos que rigen el mundo y, segundo, un deseo de obtener sus favores, se deduce claramente que el curso de la naturaleza es en cierto modo elástico y variable, y que nosotros podemos convencer o inducir a los poderosos seres que lo gobiernan para que desvíen en nuestro beneficio la corriente de los hechos del canal por el cual fluiría de otro modo. Ahora bien, esta implícita elasticidad o variabilidad de la naturaleza se opone directamente tanto a los principios de la magia como de la ciencia, pues ambas suponen que los procesos naturales son rígidos e invariables en su desarrollo y que por lo tanto no pueden desviarse de su curso por persuasión o ruego, o por amenaza o intimidación. La diferencia entre estas dos concepciones antagónicas surge de la respuesta a este interrogante crucial: Las fuerzas que gobiernan el mundo, ¿son conscientes o personales o inconscientes e impersonales? La religión, como conciliación de los poderes sobrehumanos, asume el primer término de la alternativa, porque toda conciliación significa que el ser conciliado es un agente consciente o personal, que su conducta es, en alguna medida, incierta, y que puede ser inducido a modificarla en la dirección deseada mediante una juiciosa apelación en favor de los propios intereses, anhelos o emociones. La conciliación nunca se refiere a las cosas que se consideran inanimadas, ni se dirige a las personas, cuya conducta, en algunas circunstancias, se sabe que está determinada, con absoluta certeza. Por consiguiente, la religión, que supone que el universo está regido por agentes conscientes a quienes puede persuadirse para que modifiquen sus propósitos, se halla en un antagonismo fundamental tanto con la magia como con la ciencia, porque ambas creen que el curso de la naturaleza no está determinado por las pasiones o caprichos de seres personales, sino por leyes inmutables que actúan mecánicamente. Es cierto que en la magia esta creencia es implícita y en la ciencia es explícita. También es cierto que la magia trabaja frecuentemente con espíritus que son agentes personales como los de la religión, pero siempre lo hace en forma apropiada, como si fueran seres inanimados, lo cual los limita u obliga, a diferencia de la religión, que trata de conciliarlos o propiciarlos. La magia cree así que todos los seres personales, humanos o divinos, están sometidos, en última instancia, a fuerzas impersonales que rigen todas las cosas, pero que pueden ser utilizadas por alguien que sepa conducir las a través de ceremonias y hechizos. Por ejemplo, en el antiguo Egipto, los magos proclamaban su poder de obligar incluso a los más altos dioses a obedecer a sus mandatos y realmente los amenazaban con destruirlos en caso de desobediencia. Sin ir muy lejos, el mago aseguraba a veces que dispersaría los huesos de Osiris o revelaría su leyenda sagrada si el dios resistía sus designios. Asimismo, en la India actual, hasta la misma gran trinidad de Brahma, Visnú y Siva se halla sometida a los brujos

que ejercen con sus hechizos, un ascendiente tal sobre esas poderosas deidades, que éstas se ven obligadas a realizar sumisamente, tanto en la tierra como en el cielo, lo que les ordenen o les plazca a sus amos, los hechiceros. Un dicho difundido en toda la India es éste: "Todo el universo está sometido a los dioses, los dioses se someten a los hechizos (*mantras*), y los hechizos a los brahmanes. Por lo tanto, los brahmanes son nuestros dioses".

Este conflicto primordial de principios entre la magia y la religión explica suficientemente la implacable hostilidad con que el sacerdote ha perseguido al mago en el transcurso de la Historia. La altiva autosuficiencia del mago, su arrogante conducta con los más altos poderes, y su descarada pretensión de ejercer un imperio similar al de ellos, no ha podido menos que sublevar al sacerdote, quien, con su temeroso sentido de la majestad divina y su humilde postración ante ella, debió clamar y denunciar esas pretensiones y esa conducta como una impudosa y blasfema usurpación de las prerrogativas que sólo pertenecen a Dios. Y a veces podemos sospechar que otras razones contribuyeron a agudizar esta hostilidad. El sacerdote ha profesado ser el intermediario idóneo, el verdadero intercesor entre Dios y los hombres, y lógicamente sus intereses y sus sentimientos se vieron afectados con frecuencia por un rival que preconizaba un camino más seguro y suave hacia la buena ventura que el abrupto y resbaladizo camino de la gracia divina.

No obstante, pensamos que este antagonismo, que nos es familiar, hizo su aparición en una fecha relativamente tardía en la historia de la religión. En los primeros tiempos, las funciones del sacerdote y del hechicero se mezclaban a menudo, o quizá, para hablar más exactamente, no se habían diferenciado unas de otras.

Para lograr sus propósitos, el hombre propiciaba la buena voluntad de los dioses o de los espíritus con oraciones y sacrificios, y al mismo tiempo recurría a ceremonias y hechizos porque esperaba recibir así el resultado esperado sin la ayuda de dios o el diablo. En síntesis, practicaba simultáneamente ritos religiosos y mágicos, oraba y participaba en hechizos al mismo tiempo, ignorando en menor o mayor medida la inconsistencia teórica de su conducta, siempre y cuando lograra lo deseado de cualquier manera. Hace poco hemos encontrado pruebas de esta fusión o confusión de en las prácticas de los naturales de Melanesia y de otros pueblos.

La misma confusión de se ha mantenido en pueblos que alcanzaron más altos niveles de cultura, y era común en la India y el Egipto antiguos, pero esto no significa que haya desaparecido. Con referencia a la antigua India, un eminente estudioso del sánscrito, nos dice que "en el período más antiguo del cual disponemos de una información detallada, el rito sacrificial está impregnado de prácticas con el espíritu de la magia más primitiva." Al referirse a la magia en Oriente y especialmente en Egipto, el profesor Máspero señala que "no debemos asociar la palabra magia con la idea degradante que casi inevitablemente acude a la mente moderna. La magia antigua ha sido el verdadero fundamento de la religión. El creyente que deseaba obtener algún favor de un dios, sólo tenía posibilidades de lograrlo si ponía las manos sobre él, y ello podía efectuarse únicamente acompañado de cierto número de ritos, sacrificios y cantos revelados por el mismo dios y que le obligaban a hacer lo que se le pedía".

Entre las clases ignorantes de la Francia moderna, la misma confusión de ideas, la misma mezcla de se manifiesta en diversas formas. Nos dicen, por ejemplo, que la mayoría de los

campesinos creen aún que el sacerdote tiene un poder secreto e irresistible sobre los elementos cuando recita ciertas oraciones que sólo él conoce y tiene derecho a pronunciar, aunque luego deba pedir la absolución por haberlo hecho. En circunstancias de peligro inminente, puede detener o rechazar por un momento la acción de las leyes eternas del mundo físico. Los vientos, las tormentas, la lluvia y el granizo están a sus órdenes y le obedecen. El fuego también y las llamas de un incendio se extinguen si lo ordena". Los campesinos franceses estaban o quizás están aún convencidos de que los sacerdotes podían celebrar la Misa del Espíritu Santo con ciertos ritos cuya eficacia era tan milagrosa que nunca encontraba oposición en la voluntad divina. Dios se veía forzado a conceder lo que así se le pidiera, por disparatada e inoportuna que fuese esta petición. No había ninguna noción de impiedad e irreverencia en este rito para quienes, en momentos de grandes adversidades, buscaban por este medio singular apoderarse por la fuerza del reino de los cielos. Los sacerdotes seculares se negaban generalmente a officiar la Misa del Espíritu Santo, pero los monjes, sobre todo los capuchinos, tenían fama de condescender sin mayores escrúpulos a las súplicas de los impacientes y los desesperados. Esta presión que los campesinos católicos creían ejercer sobre la deidad a través del sacerdote parece tener su equivalente exacto en el poder que los antiguos egipcios atribuían a los magos. Además, en muchas aldeas de Provenza se cree aún que el sacerdote dispone de la facultad de impedir las tormentas. No todos los sacerdotes gozan de esa fama y cuando se produce un cambio de sacerdotes en algunas aldeas los feligreses se muestran ansiosos por saber si el nuevo sacerdote tiene ese poder *o powder*, como ellos lo llaman. Ante los primeros indicios de una gran tormenta, lo ponen a prueba pidiéndole que exorcice las nubes amenazantes y, si el resultado responde a sus expectativas, el nuevo sacerdote tiene asegurada la simpatía y el respeto de su grey. En algunas parroquias donde la fama del cura era mayoral respecto que la de su rector, las relaciones entre ambos podían llegar a ser muy tirantes y ello daba lugar a la intervención del obispo, quien disponía el traslado del superior. También los campesinos gascones creen que podrán vengarse de sus enemigos si convencen al sacerdote para que officie la llamada misa de San Sicario. Muy pocos sacerdotes conocen esta misa, y las tres cuartas partes de los que la saben, no la officiarán por amor ni por dinero. Sólo un sacerdote perverso podría officiar esa siniestra ceremonia, y con toda seguridad tendría una pesada rendición de cuentas el día del juicio final. Ningún cura ni obispo, ni siquiera el arzobispo de Auch, podrían perdonarlo. Ese derecho sólo le pertenece al Papa de Roma. La misa de San Sicario sólo puede officiarse en una iglesia en ruinas y abandonada, donde los búhos dormitan y chistan, los murciélagos se mueven y revolotean al atardecer, donde los gitanos acampan de noche, mientras los sapos se agazapan bajo el altar profanado. Allí llega por la noche el mal sacerdote con su querida, y al dar la primera campanada de las once, comienza a musitar la misa al revés, y termina justo cuando los relojes indican la medianoche. Su concubina hace de monaguillo. La hostia que bendice es negra y tiene tres puntas, no consagra el vino, y, en su lugar, bebe el agua de un pozo donde se ha ahogado un recién nacido no bautizado. Hace la señal de la cruz, pero en el suelo y con el pie izquierdo, y muchas otras cosas que ningún buen cristiano podría mirar sin quedarse ciego, sordo y mudo por el resto de su vida. Pero el hombre para quien se dice la misa se va debilitando poco a poco, sin que nadie pueda saber por qué. Los mismos médicos no saben qué hacer con él.

Ignoran que se está muriendo lentamente a causa de la misa de San Sicario.

No obstante, aunque la magia, está fusionada y amalgamada así con la religión en muchas épocas y muchos lugares, hay razones para pensar que esta fusión no es primitiva y que en un tiempo el hombre recurrió a la magia sólo para satisfacer los deseos que trascendían su inmediata condición de animal. Una consideración de las nociones fundamentales de la magia y la religión puede llevarnos, en primer término, a pensar que la magia es más antigua que la religión en la historia de la humanidad. Hemos visto por una parte que la magia no es más que una errónea aplicación del más simple y elemental proceso mental, es decir la asociación de ideas por su semejanza o contigüidad y que, por otra parte, la religión supone la acción de agentes personales y conscientes, superiores al hombre, delante de la pantalla visible de la naturaleza. La concepción de agentes personales es obviamente más compleja que el simple reconocimiento de la semejanza o contigüidad de ideas, porque una teoría que supone que el curso de la naturaleza es determinado por agentes conscientes es más abstrusa y recóndita, y requiere para su comprensión un grado mucho más alto de inteligencia y reflexión que la teoría que indica que las cosas se suceden unas tras otras en razón de su contigüidad o semejanza. Hasta los animales asocian ideas de cosas semejantes a otras o que han visto juntas en su experiencia, y difícilmente podría sobrevivir un día si dejaran de hacerlo. Pero, ¿quién podría decir que los animales creen que los fenómenos de la naturaleza son producidos por una multitud de animales invisibles o por un enorme animal de prodigiosa fuerza que actúa detrás de la escena? Probablemente, no es injusto para los brutos suponer que la concepción de una teoría de esta especie quede reservada a la razón humana. Así, la magia se deduce directamente de los procesos elementales del razonamiento y es en verdad un error en que incurre la mente casi espontáneamente, mientras que la religión se basa en conceptos que difícilmente podrían ser captados por la mera inteligencia animal. Resulta probable entonces que la magia haya aparecido antes que la religión en la evolución de nuestra especie, y que el hombre haya intentado someter a la naturaleza a sus deseos por la fuerza cabal de sus hechizos y conjuros, antes que tratar de rogarle y apaciguar a esa esquiva, caprichosa e irascible deidad, a través de la suave insinuación de la oración y el sacrificio.

La conclusión a la que hemos llegado deductiblemente a partir de la consideración de las ideas fundamentales de la magia y la religión, se confirma inductivamente en los aborígenes de Australia, los más salvajes de los que tenemos información fehaciente, entre quienes la práctica de la magia es general, mientras que la religión, en el sentido de propiciación o conciliación de los poderes superiores, parece ser prácticamente desconocida. En términos generales, todos los australianos son brujos, pero ninguno es sacerdote. Todos creen influir sobre sus congéneres o sobre el curso de la naturaleza a través de la magia simpatética, pero ninguno sueña con propiciar dioses mediante la oración y los sacrificios.

Si en los más bajos niveles conocidos de la sociedad humana la magia resulta tan evidente y la religión tan ausente, podemos conjeturar con toda razón que las razas civilizadas del mundo tuvieron también una etapa intelectual similar en algún período de su historia y que intentaran forzar a los grandes poderes de la naturaleza en su propio beneficio antes de pensar en solicitar sus favores a través de las ofrendas y oraciones. Habría que preguntarse si así como en el aspecto material de la cultura humana hubo una edad de piedra ¿no, pudo

haber habido también, en el aspecto intelectual, una edad de magia? Hay razones para responder afirmativamente. Si estudiamos las razas humanas que existen desde Groenlandia a Tierra del Fuego, o desde Escocia a Singapur, observaremos que se diferencian entre sí por una gran variedad de religiones y que esas diferencias, por así decirlo, no coexisten meramente con las grandes diferencias raciales, sino que derivan de las minúsculas subdivisiones de estados y comunidades, y penetran así en la ciudad, la aldea y hasta en la familia como si la superficie de toda la sociedad estuviera gastada, resquebrajada, agrietada, y llena de hendiduras, fisuras, orificios y brechas abiertas por la influencia desintegradora de las disidencias religiosas. Sin embargo, cuando logramos superar esas diferencias que afectan sobre todo a los sectores más esclarecidos y pensantes de la sociedad, encontramos debajo de ellas un sólido estrato de conformismo intelectual en el tonto, el débil, el ignorante y el supersticioso, que constituyen lamentablemente la gran mayoría de la humanidad.

Una de las grandes realizaciones del siglo XIX fue penetrar en ese bajo estrato mental en muchas partes del mundo y descubrir así su identidad sustancial y universal. Está bajo nuestros pies y no muy lejos. Está aquí en Europa en los tiempos actuales, y aflora en el corazón del desierto australiano y en todos los lugares donde no lo ha sepultado una civilización avanzada. Esta fe universal, este verdadero credo católico, es una creencia en la eficacia de la magia. Mientras los sistemas religiosos no sólo difieren según los diversos países, sino también en un mismo país en distintas épocas, el sistema de la magia simpática permanece prácticamente igual en todas partes y en todos los tiempos. Entre los ignorantes y supersticiosos de la Europa moderna la magia es la misma de hace miles de años en Egipto y la India, la misma de hoy entre los salvajes más atrasados que sobreviven en los más remotos rincones del mundo. Si la prueba de la verdad fuera un recuento de cabezas o de manos levantadas, el sistema de la magia podría apropiarse, con más razón aún que la iglesia católica, de la orgullosa divisa : *Quod semper, quod ab omnibus*, como credencial segura y verdadera de su propia infalibilidad.

No nos proponemos considerar aquí la fuerza que tiene sobre el futuro de la humanidad la existencia permanente de una capa tan sólida de salvajismo que subyace bajo la superficie social, impermeable a los cambios superficiales de la religión y la cultura. El observador desapasionado, cuyos estudios lo han llevado a sondear sus profundidades, sólo puede juzgar esta situación como una amenaza que pende sobre la civilización.

Parece que nos movemos sobre una corteza delgada que puede ser desgarrada en cualquier momento por las fuerzas subterráneas que dormitan abajo.

A veces un sordo rumor o una súbita aparición de llamas en el aire nos advierten de lo que sucede bajo nuestros pies. El mundo civilizado se sobresalta al leer una noticia en un periódico que informa que en Escocia encontraron una imagen con muchos alfileres clavados para provocar la muerte de un odiado terrateniente o de un clérigo, o que una mujer fue quemada por bruja en Irlanda, o que una muchacha fue asesinada en Rusia para fabricar esas velas de sebo humano con las cuales los ladrones confían en no ser vistos en la noche. Si habrán de prevalecer al final las influencias que impulsan al progreso o las que amenazan terminar con lo logrado hasta ahora, si la impulsiva energía de la minoría o el peso muerto de la mayoría de la humanidad son más poderosos para llevarnos a las máximas alturas o hundirnos en los profundos abismos, son cuestiones que conciernen al sabio, al moralista

y al estadista, con una visión aguda del futuro, antes que al humilde estudioso del presente y del pasado. Aquí sólo nos corresponde indagar hasta dónde la uniformidad, la universalidad y la permanencia de la magia, en comparación con la interminable variedad y el carácter mutable de los credos religiosos, pueden hacernos suponer que la primera representa el período más rústico y primitivo de la mente humana, por el cual han pasado o están pasando todas las razas de la humanidad en su camino hacia la religión y la ciencia.

Si en todas partes ha existido como nos aventuramos a suponer, una edad de la religión que fue precedida por la edad de la magia, es natural que nos interroguemos sobre las causas que han llevado a la humanidad, o mejor a una parte de ella, a abandonar la magia como forma de fe y de práctica y a aceptar en su lugar a la religión. Cuando reflexionamos sobre la multiplicidad, la variedad y la complejidad de los hechos que deben explicarse y la escasez de nuestra información acerca de ellos, nos parece difícil que pueda esperarse una solución total y satisfactoria de un problema tan profundo, y todo lo que podemos hacer, en el estado actual de nuestros conocimientos, es formular una conjetura más o menos plausible. Con todas las salvedades del caso, sugerimos entonces que un reconocimiento tardío de la falsedad propia de la magia y de su esterilidad hizo meditar a la parte más inteligente de la humanidad en busca de una teoría más válida de la naturaleza y un método más fructífero para aprovechar sus recursos. Las inteligencias más sutiles debieron comprender que las ceremonias mágicas y los hechizos no producían realmente los resultados que se deseaban, a pesar de la opinión contraria de la mayoría que aún, reía en ellos. Este gran descubrimiento de la ineficacia de la magia debió producir una revolución radical, aunque lenta, en las mentes que fueron capaces de verlo.

El descubrimiento se produjo por primera vez cuando los hombres reconocieron su incapacidad para manejar a voluntad ciertas fuerzas naturales que creían controlar totalmente hasta entonces. Fue una confesión de la ignorancia y de la debilidad humanas. El hombre comprendió que había tomado por causas lo que no eran, y que todos sus esfuerzos para operar con estas causas imaginarias habían sido inútiles. Había dilapidado sus penosos afanes y su ingenua curiosidad sin ningún resultado.

Había estado tirando de las cuerdas sin sacar nada. Había creído que caminaba directamente hacia su objetivo y en realidad se movía en un círculo vicioso, y no porque las consecuencias que se empeñaba duramente en producir dejaran de manifestarse.

Seguían produciéndose, pero no por él. La lluvia seguía cayendo sobre la tierra sedienta, el sol proseguía su curso diurno y la luna su curso nocturno por el cielo. La silenciosa procesión de las estaciones transcurría por la tierra como siempre con la luz y la sombra, con tiempo bueno o malo. Los hombres seguían naciendo para trabajar y sufrir, y también, luego de su breve paso por la tierra, para reunirse con sus padres en la gran morada. Todas las cosas seguían sucediéndose como siempre y sin embargo todo parecía diferente para quienes dejaron de tener telarañas en los ojos. Ya era imposible para ellos continuar con la agradable ilusión de ser los que guiaban a la tierra y el cielo por su camino y de poder interrumpir sus grandes revoluciones con solo quitar las manos del timón. Ya no veían en la muerte de sus enemigos o amigos la prueba del poder irresistible de sus propios hechizos o de los hechizos hostiles. Ahora comprendían que amigos y enemigos sucumbían ante una fuerza mucho más poderosa que cualquiera de las que podían manejar, obedeciendo a un destino imposible de

controlar.

A4 cortando sus antiguas amarras y dejándose llevar por el turbulento mar de la duda y la incertidumbre; con su anterior confianza en sí mismo y sus poderes rudamente derrumbados, nuestro filósofo primitivo debió quedar tristemente perplejo y estremecido hasta que después de un viaje tempestuoso, recaló, como en un puerto tranquilo, en un nuevo sistema de fe y de práctica que parecía ofrecerle una solución de sus imperiosas dudas y un sustituto, si bien precario, de aquel dominio sobre la naturaleza al cual había abdicado muy a su pesar. Si el universo marchaba sin su ayuda ni la de sus congéneres, ello se debía seguramente a que existían otros seres como él pero más poderosos e invisibles que dirigían su vida y producían todos los diversos acontecimientos que hasta ese momento había creído dependientes de su propia magia. Eran ellos, creyó entonces, y no él mismo, los que hacían soplar el viento tormentoso, iluminarse el relámpago y resonar el trueno. Eran ellos los que habían construido los sólidos cimientos de la tierra y puesto límites infranqueables al impetuoso mar; los que encendieron las gloriosas luces del cielo, los que dieron su alimento a las aves del aire y su presa a los animales salvajes, los que ordenaron producir en abundancia al suelo fértil, vestir con selvas las montañas, hacer gorgotear los manantiales entre las rocas de los valles y crecer verdes pastos junto a las aguas tranquilas, los que soplaron en las narices del hombre haciéndolo vivir o lo desviaron hacia la destrucción por el hambre, las pestes y la guerra. Ya el hombre mismo se dirigía con humildad a esos poderosos seres, cuya obra se mostraba en los maravillosos y diversos fastos de la naturaleza, para confesarles su subordinación a su poder invisible e implorar su gracia para que le dieran todos los bienes y lo defendieran de los riesgos y peligros que acompañan cada paso nuestra vida mortal y, por último, para que llevaran su espíritu inmortal, libre del peso del cuerpo, a un mundo feliz, más allá del dolor y la pena, para quedarse allí con ellos y con los espíritus de los hombres buenos, y gozar de la alegría y felicidad eternas.

Por este u otro camino similar, los hombres esclarecidos pudieron concebir la gran transición de la magia a la religión.

Pero el cambio difícilmente fue inmediato, sino tal vez muy lento y debió requerir mucho tiempo para producirse más o menos por completo. El reconocimiento de la impotencia humana para influir ampliamente en el curso de la naturaleza debió ser gradual pues, ese supuesto poder no podía perderse de inmediato. El hombre debió retroceder paulatinamente de su altiva posición, e ir cediendo palmo a palmo, no sin suspirar, el terreno que antes consideraba como propio. Sería el viento, la lluvia, el sol o el trueno lo que ya no podía manejar, pero reino tras reino, la naturaleza se le escapaba de las manos, hasta que lo que creía era su imperio amenazó con aprisionarlo. Debió quedar así profundamente impresionado al sentir su propia invalidez y el poder de los seres invisibles que pensó que lo rodeaban. Por consiguiente, a partir de un reconocimiento pequeño y parcial de la existencia de poderes superiores al hombre, al desarrollarse el conocimiento, la religión tendió a convertirse en la confesión de la absoluta y completa dependencia del hombre con respecto a lo divino. El hombre debió canjear pues su antiguo sentimiento de libertad por la más humilde postración ante los misteriosos poderes invisibles, y su mayor virtud fue someterse a la voluntad de ellos: *In la sua voluntá é nostrapace*. Pero este profundo sentimiento religioso, esta sumisión más perfecta a la divina voluntad en todos los aspectos, se limitó a las inteligencias

superiores, aquellas que tenían una amplitud de visión suficiente para comprender la inmensidad del universo y la pequeñez del hombre. Las mentes inferiores no pueden concebir grandes ideas; por su limitada comprensión y su estrecha visión nada les parecía; grande e importante fuera de ellas mismas, y difícilmente llegan a la religión. En realidad, se ven obligadas a dar su conformidad superficial con los preceptos de las inteligencias superiores y una adhesión verbal a sus principios, pero en el fondo siguen fieles a sus viejas supersticiones mágicas que no pueden ser eliminadas por la religión porque tienen profundas raíces en la estructura mental y en la condición misma de los seres humanos.

El lector tal vez podría preguntar: ¿cómo es posible que los hombres inteligentes no hayan descubierto antes la falsedad de la magia? ¿Cómo pudieron seguir alentando expectativas eternamente condenadas a la frustración? ¿Con qué intención persistían en sus venerables extravagancias que no conducían a nada y en recitar disparates intrascendentes? ¿Cómo se explica esa adhesión a creencias tan rotundamente desmentidas por la realidad? ¿Cómo se atrevían a repetir experiencias que casi siempre fracasaban? La respuesta parece ser que no es fácil descubrir la falacia y que los fracasos no eran tan evidentes porque en muchos casos, y tal vez en casi todos, el hecho deseado se producía efectivamente a corto o largo plazo del rito celebrado con ese fin. Además, se necesitaba una inteligencia fuera de lo común para comprender que incluso en esos casos el rito no era necesariamente la causa del hecho. Una ceremonia prevista para hacer que el viento sople, la lluvia caiga o para provocar la muerte de un enemigo, sería seguida siempre, tarde o temprano, por el cumplimiento del hecho deseado, y es explicable que el hombre primitivo lo percibiera como el resultado de la ceremonia y la mejor prueba de su eficacia. Asimismo, ritos efectuados por la mañana para ayudar al sol a levantarse y en primavera, para despertar a la tierra de su sueño invernal, invariablemente parecían coronados por el éxito, al menos en las zonas templadas, porque en ellas el sol enciende su lámpara dorada en el Oriente todas las mañanas, y año tras año la tierra primaveral se viste con un rico manto de verdor. Por ello el salvaje práctico, con sus instintos conservadores, puede hacer oídos sordos a las sutilezas del teórico dubitativo y del filósofo radical que sugieren que la salida del sol o la aparición de la primavera pueden no ser al final las consecuencias directas de la realización puntual de ceremonias diarias o anuales, y que quizás el sol continuaría saliendo y los árboles floreciendo aunque las ceremonias se interrumpieran eventualmente o incluso para siempre. Estas escépticas dudas serían rechazadas desde luego por los demás, con desprecio e indignación, como presuntuosos sueños contrarios a la fe y desmentidos por la experiencia. "¿Puede haber algo más evidente —dirían— que el hecho que cuando yo enciendo mi vela de pocos centavos, el sol enciende su gran hoguera en el cielo? "Me gustaría saber por qué cuando me visto de verde en primavera los árboles no tardan en hacer lo mismo. Estos son hechos evidentes para todos, y a ellos me atengo. Yo soy un hombre sencillo y práctico, no como esos teóricos alambicados que menosprecian la lógica. Las teorías, especulaciones y otras cosas por el estilo me parecen muy bien, y no tengo ninguna objeción que hacer a los que se dedican a ellas. Pero déjenme atenerme a los hechos, que yo sé muy bien dónde estoy". La falsedad de este razonamiento es obvia para nosotros, por tratarse de hechos que ya hemos resuelto intelectualmente hace mucho tiempo. Pero si planteáramos un argumento exactamente de la misma especie sobre temas que aún son objeto de controversia, surge la duda de si un

auditorio frustrado lo juzgaría coherente y consideraría a su autor como un hombre ni brillante ni efectista tal vez, pero sensato, razonable y de sólida inteligencia. Si esos razonamientos apenas pueden ser aceptados entre nosotros, ¿necesitamos preguntarnos acaso por qué los salvajes no pudieron comprenderlos?

CAPITULO V

EL CONTROL MAGICO DEL TIEMPO

§1. El mago público

El lector recordará que hemos penetrado en el laberinto de la magia al considerar los dos diferentes tipos de hombre-dios. Esta pista ha guiado nuestros vacilantes pasos a través de la confusión hasta llegar finalmente a un terreno firme desde donde, descansando un poco del viaje, podemos mirar hacia atrás el sendero que hemos recorrido y hacia adelante, el que todavía nos falta recorrer.

Como resultado del precedente análisis, deben distinguirse convenientemente los dos tipos de dioses humanos: el religioso y el mágico, respectivamente. En el primero de los casos, se supone que un ser de un orden diferente y superior al hombre llega a encarnarse durante mucho o poco tiempo en un cuerpo humano.

Y pone de manifiesto su poder y su sabiduría sobre humanos haciendo milagros y profecías a través del tabernáculo carnal que se ha dignado elegir como su morada. Este tipo de hombre-dios puede denominarse también correctamente el inspirado o el encarnado. Su cuerpo humano es sólo un frágil vaso de barro que contiene un espíritu divino e inmortal. El hombre-dios de tipo mágico, en cambio, es sólo un hombre que posee un inusual alto grado de poderes, mucho mayores que los que se adjudica la mayoría de sus colegas de menor nivel, porque en una sociedad primitiva es difícil encontrar una persona que no sepa de magia.

Así, mientras la divinidad del primer tipo de hombre-dios o inspirado, procede de una deidad que ha condescendido a ocultar su esplendor celestial tras una máscara opaca de barro modelado, el segundo tipo de hombre-dios obtiene su poder extraordinario por cierta relación simpática con la naturaleza. No es sólo el receptáculo de un espíritu divino. Todo su ser, cuerpo y alma, se halla así tan sutilmente a tono con la armonía del mundo, que un toque de su mano o un giro de su cabeza producen una vibración en la estructura universal de las cosas y, a la inversa, su divino organismo es muy sensible a los más pequeños cambios del ambiente, lo cual no es percibido en absoluto por el resto de los mortales. Pero el límite entre los dos tipos de hombre-dios, fácil de trazar teóricamente, pocas veces puede marcarse con precisión en la práctica. Por lo tanto, no insistiremos más en él. Hemos visto que el arte mágico puede emplearse en la práctica en favor de los individuos o de la sociedad en general y según se dirija a unos o a otros se habla de magia privada o pública. Además, he señalado que el mago público ocupa una posición de gran influencia, razón por la cual, si es un hombre prudente y hábil, puede llegar paulatinamente a la categoría de jefe o rey. Un análisis de la magia pública nos hace comprender pues por qué en las sociedades salvajes y bárbaras la autoridad de muchos jefes y reyes ha provenido en gran medida de su fama de magos. El objetivo de utilidad pública más importante de la magia, es la adecuada provisión de alimentos. Los ejemplos que figuran en las páginas anteriores demuestran que los proveedores de alimentos como los cazadores, pescadores y agricultores, recurren a las prácticas mágicas para obtener lo que buscan, pero lo hacen como individuos, para su propio

beneficio y el de sus familias, mientras que los funcionarios públicos actúan en favor del interés general. Es decir que en este último caso los ritos no son realizados por los cazadores, pescadores o agricultores, sino por magos profesionales y en favor de todos. En la sociedad primitiva, donde la uniformidad de las ocupaciones es la regla y donde apenas se ha iniciado la división de la comunidad en varias clases de trabajadores, todo hombre es, en mayor o menor medida, su propio mago. El hace sus hechizos y conjuros en su propio beneficio o para dañar a sus enemigos. Un gran progreso se produjo al instituirse una clase especial de brujos, es decir al elegirse a algunos hombres con el expreso propósito de beneficiar a toda la comunidad, empleando sus dotes contra las enfermedades, para predecir el futuro, para regular el tiempo, o para cualquier otro fin de utilidad general. La impotencia de los medios usados por la mayoría de esos prácticos para cumplir esos fines, no debe ocultarnos la inmensa importancia de la institución misma. Encontramos aquí, por lo menos en los más altos niveles de salvajismo, a un grupo de hombres que han sido relevados de la necesidad de ganarse la vida con el duro trabajo manual, para permitirles ejercer su profesión y proseguir sus investigaciones de los caminos secretos de la naturaleza. Su deber y su interés era pues saber más que sus compañeros para darles todo lo que pudiera ayudarlos en su ardua lucha contra la naturaleza, y todo lo que pudiera calmar sus sufrimientos y prolongar sus vidas. Las propiedades de las drogas y de los minerales, las causas de la lluvia y la sequía, del trueno y el relámpago, los cambios de las estaciones, las fases de la luna, las jornadas diarias y los períodos anuales del sol, los movimientos de las estrellas, el misterio de la vida y de la muerte, todas estas cosas debieron estimular el deseo de saber de estos primitivos filósofos para buscar una solución lo más práctica posible, de los problemas que sin duda ocuparon frecuentemente su atención ante la apremiante demanda de sus clientes, que no sólo esperaban de ellos entender, sino también poder regular los grandes procesos de la naturaleza ara bien del hombre. Como era de esperar, sus primeros disparos no dieron en el blanco. La lenta e interminable aproximación a la verdad consiste en una perpetua formulación y comprobación de hipótesis, y en aceptar las que en su momento parecen adecuarse a los hechos, rechazando las otras. Las concepciones de las causas naturales de los magos primitivos nos resultan hoy evidentemente falsas y absurdas, pero en su época fueron hipótesis legítimas, aunque no resistieran la prueba de la experiencia. Podría calificarse de ridículos y de culpables no a quienes concibieron estas precarias teorías, sino a los que obstinadamente las aceptaron a pesar de haberseles propuesto otras mejores. Evidentemente, ningún hombre tuvo nunca mayores incentivos para la búsqueda de la verdad que estos hechiceros salvajes. Era absolutamente necesario mantener por lo menos una apariencia de sabiduría, pues bastaba que se descubriese un solo error para que corrieran riesgo sus vidas. Ello los llevó a la impostura para disimular su ignorancia, pero también les dio el motivo más poderoso para reemplazar el conocimiento fingido por el real, porque si se desea aparentar que se conoce una cosa lo mejor es conocerla de verdad. Por lo tanto, si bien es justo rechazar las extravagantes pretensiones de los magos y condenar sus imposturas, la primera institución de esta clase de hombres produjo, en términos generales, un bien incalculable a la humanidad. Ellos no sólo fueron los precursores directos de nuestros médicos y cirujanos, sino también de los investigadores y descubridores de todas las ramas de las ciencias naturales. Iniciaron la obra que luego llevaría a sus sucesores de otras épocas a obtener

magníficos y beneficiosos resultados, y si sus comienzos fueron pobres y débiles, ello debe imputarse a las inevitables dificultades que obstaculizaban el camino del conocimiento antes que a la incapacidad natural o a las imposturas premeditadas de los hombres.

. *El control mágico de la lluvia.* Una de las principales tareas que debía cumplir el mago público en bien de la tribu era controlar el tiempo y especialmente asegurar lluvias adecuadas. El agua es esencial para la vida y en muchos países su provisión depende de la frecuencia de las lluvias. Sin ellas le vegetación se seca y los animales y los hombres se debilitan y mueren. Se explica entonces que el hacedor de lluvia sea un personaje muy importante en las comunidades salvajes, y frecuentemente existe una categoría de magos especializados en regular la cantidad de agua llovida. Los métodos con que intentan cumplir las obligaciones de su cargo se basan por lo general en los principios de la magia homeopática o irritativa. Si desean hacer llover, imitan la lluvia salpicando agua o simulando nubes.

Si se proponen detenerlas y provocar sequía, recurren al calor y al fuego para eliminar la excesiva humedad. Estos intentos no se limitan, como podría creerse, a los desnudos habitantes del centro de Australia o de algunas partes del Africa oriental y meridional, donde es común que durante varios meses seguidos un sol despiadado en un cielo azul sin nubes, caiga sobre la tierra ardiente y resquebrajada. También son o fueron comunes en pueblos europeos aparentemente civilizados, de clima húmedo Veamos los ejemplos de la magia pública o de la magia privada.

En una aldea cercana a Dormat, Rusia, cuando la lluvia se hacía esperar demasiado, tres hombres trepaban a la cima de los abetos de un bosque sagrado. Uno de ellos golpeaba entonces con un martillo una caldera o un barril pequeño, imitando el trueno, otro entrechocaba dos tizones encendidos para que se desprendieran chispas imitando el relámpago, y el tercero, a quien llamaban el "hacedor de la lluvia" salpicaba agua de un recipiente en todas direcciones. Para terminar con la sequía y traer la lluvia, las mujeres y las muchachas de la aldea de Bloska, solían ir desnudas por la noche hasta los límites del pueblo y allí arrojaban agua en la tierra. En Halmahera o Gilolo, una isla grande situada al oeste de Nueva Guinea, un hechicero produce lluvia sumergiendo en agua la rama de un árbol de determinada especie y sacudiendo luego la rama empapada sobre el suelo. En la Nueva Bretaña, isla de la Melanesia, el hacedor de lluvia envuelve en una hoja de plátano las hojas rojas y verdes de cierta enredadera; moja el atado con agua y lo entierra. Después imita el rumor de la lluvia con la boca. Entre los ornaha, indios de América del Norte, cuando el maíz se seca por falta de lluvias, los miembros de la sagrada sociedad del búfalo bailan cuatro veces alrededor de una gran vasija llena de agua. Uno de ellos retiene agua en la boca y la arroja, en forma de fino rocío, imitandola niebla o la llovizna. Luego derrama el agua en el suelo y los bailarines se arrojan de bruces para beberla, llenándose de barro lar cara. Por último, arrojan el agua al aire en forma de fino rocío. Así, salvan el maíz. En la primavera, los natchez de América del Norte, solían asociarse para comprar a los hechiceros un tiempo favorable para sus cosechas. Si necesitaban lluvia los brujos, ayunaban y bailaban llevando en la boca pipas llenas de agua perforadas como una flor de regadera, y el hacedor de lluvia soplabla el agua a través de los orificios hacia la parte del cielo donde se acumulaban las nubes. Si se necesitaba en cambio tiempo seco, subía al techo de su choza y, con los brazos extendidos, soplabla con todas sus fuerzas para alejar las nubes.

Cuando las lluvias no llegan a su debido tiempo, los habitantes de Angonilandia central, en Africa, se reúnen en lo que llaman el templo de la lluvia y allí limpian y arrancan primero las hierbas del suelo; después el jefe sirve cerveza en un vaso y lo entierra mientras dice: "Maestro Chauta, el corazón se te ha endurecido con nosotros. ¿Qué quieres que hagamos? Seguramente vamos a perecer. Dales la lluvia a tus hijos así como nosotros te damos cerveza".

Después todos deben la cerveza que ha sobrado, hasta los niños, que toman pequeños tragos. Enseguida bailan y cantan por la lluvia empuñando ramas de árboles. Cuando regresan a la aldea, encuentran en la entrada una vasija con agua colocada allí por una anciana.

Sumergen entonces las ramas en el agua y luego las sacuden para que larguen gotas. Es seguro que así llegará la lluvia en forma de espesas nubes. En estas prácticas vemos que la religión se combinó con la magia, pues mientras la aspersion por medio de las ramas mojadas es una ceremonia puramente mágica, la imploración de la lluvia y la ofrenda de la cerveza son ritos totalmente religiosos. En la tribu mara, al norte de Australia, el hacedor de lluvia se acerca aun estanque y entona su canto mágico alusivo. Acto seguido, toma un poco de agua en sus manos, la bebe y luego la arroja en todas direcciones y también sobre su cuerpo. Después vuelve tranquilamente a la aldea. Se supone que la lluvia lo sigue. El historiador árabe Makrízi describe un método para detener la lluvia que según se dice, habría empleado la tribu nómada alqamar en Hadramaut.

Cortaban una rama de cierto árbol del desierto, le prendían fuego y luego rociaban con agua las llamas. La intensa lluvia cesaba así como se desvanecía el agua al caer sobre las llamas. Se dice que algunos de los angamis del este de Manipur realizan una ceremonia bastante parecida, aunque con el propósito opuesto, es decir, para hacer llover. El jefe de la aldea coloca una rama ardiendo en la tumba de una persona que haya muerto quemada y luego la apaga con agua, mientras ora para que llueva. En este caso, el hecho de apagar el fuego con agua, que imita a la lluvia, está reforzado por la influencia de la persona muerta, que habiéndose quemado viva, seguramente está ansiosa de que caiga la lluvia para enfriar así su cuerpo chamuscado y aliviar sus dolores. Además de los árabes, otros pueblos usan también el fuego para detener la lluvia. Así, los sulka de Nueva Bretaña calientan piedras al rojo vivo en el fuego y luego las ponen bajo la lluvia, o bien arrojan cenizas encendidas por el aire. Piensan que así cesará la lluvia, porque no le gusta quemarse con piedras ni con cenizas calientes. Los telugus dejan a una joven desnuda bajo la lluvia que muestra un trozo de madera ardiendo. Se supone que ello la hará cesar. En Port Stephens, en la Nueva Gales del Sud, los curanderos alejaban las lluvias arrojando al aire palos encendidos mientras resoplaban y gritaban. Todos los integrantes de la tribu anula del norte de Australia, pueden detener la lluvia con solo poner un palo verde en el fuego y moverlo luego en dirección contraria al viento.

Los dieri de Australia central lamentan ruidosamente el empobrecimiento del país y el hambre que sufren, invocando a los espíritus de sus remotos antepasados, que ellos llaman mura-muras, para que les transmitan su poder de producir una lluvia torrencial. Creen que las nubes son cuerpos donde se origina la lluvia, gracias a sus ceremonias o las de las tribus vecinas, a través de la influencia de los mura-muras. El método que emplean para sacar la lluvia de las

nubes es el siguiente: cavan una fosa de unos cuatro metros de largo por tres de ancho y construyen sobre ella una choza de forma cónica con troncos y ramas. Un anciano influyente de la tribu corta y hace sangrar con una piedra afilada los antebrazos de dos hechiceros, que se supone reciben la inspiración especial de los mura-mura, y la sangre que mana de ellos cae sobre los otros hombres de la tribu reunidos dentro de la choza. Al mismo tiempo, los dos hechiceros heridos arrojan al aire puñados de plumas pequeñas, algunas de las cuales se pegan en los cuerpos ensangrentados de sus compañeros, mientras que las otras flotan en el aire. Ellos piensan que la sangre representa a la lluvia y las plumas a las nubes. Durante la ceremonia, se colocan dos grandes piedras en el medio de la choza que representan a las nubes que se forman y presagian la lluvia. Después los hechiceros se llevan las piedras hasta una distancia entre los dieciséis y veinte kilómetros, y las colocan a la mayor altura posible, en el árbol más alto que encuentran. Entretanto, los otros hombres recogen yeso, lo pulverizan y lo arrojan en una laguna. Los mura-muras los ven y de inmediato forman las nubes que aparecen en el ciclo. Por último, jóvenes y viejos rodean la choza y la topan con sus cabezas como si fueran un rebaño de carneros. Se mueven así de un lado al otro de la choza, y repiten la operación hasta destruirla a cabezazos. Les está prohibido usar las manos y los brazos, salvo para arrancar los troncos grandes que se mantengan erguidos. "La penetración de las cabezas en la choza simboliza los agujeros de las nubes y el derrumbe de la choza la caída de la lluvia. También resulta obvio que las piedras que representan las nubes se colocan a gran altura en el árbol, para que las nubes verdaderas suban igualmente al cielo. Los dieri imaginan también que los prepucios recogidos en la circuncisión de los jóvenes tienen gran poder para producir lluvias. Por esta razón, el gran consejo de la tribu tiene siempre una pequeña reserva de prepucios listos para usar en estos casos, que se guardan cuidadosamente envueltos en plumas con grasa de perro salvaje y de serpiente pitón.

Ninguna mujer puede estar presente cuando se abren esos paquetes. Al término de la ceremonia, se entierra el prepucio y su poder se extingue. Después de las lluvias, algunos miembros de la tribu se someten siempre a una operación quirúrgica que consiste en cortar la piel del pecho y los brazos con una piedra afilada. En la herida se introduce una astilla para aumentar el flujo de la sangre. Luego se fregan con ocre rojo para que las cicatrices sean más visibles. La explicación que dan los nativos de esta práctica es que la lluvia les agrada mucho y que hay una relación entre la lluvia y las cicatrices. Aparentemente la operación no es muy dolorosa porque los pacientes ríen y bromean mientras se realiza.

Se ha visto así a niños pequeños agruparse alrededor del cirujano y esperar pacientemente su turno, y, después de ser operados, alejarse corriendo y, cantando y exhibiendo sus pechos para que la lluvia los golpee. Pero no se muestran tan contentos el día siguiente cuando las heridas les duelen. En Java, cuando se desea la lluvia, a veces dos hombres se golpean mutuamente las espaldas con palos hasta que sale sangre. La sangre que corre representa la lluvia y ellos creen sin duda que así lloverá. Los naturales de Egghiou, un distrito de Abisinia, acostumbran trabarse en sangrientas peleas unos con otros y aldea contra aldea, durante una semana entera todos los meses de enero, para que se produzcan las lluvias. Años atrás, el emperador Menelik prohibió esta costumbre, pero el año siguiente la lluvia fue escasa y la protesta popular fue tan grande que el emperador tuvo que ceder y permitir

nuevamente esas luchas sangrientas, aunque sólo durante dos días por año. El autor que refiere esta costumbre estima que la sangre que se vierte es un sacrificio propiciatorio ofrecido a los espíritus que rigen las lluvias y que posiblemente sea una imitación de la lluvia, como en las ceremonias australianas o javanesas. Los profetas de Baal, que trataban de hacer llover cortándose con un cuchillo hasta sangrar, pueden haber procedido conforme al mismo principio.

Según una creencia muy difundida, los niños mellizos tienen poderes mágicos sobre la naturaleza, especialmente sobre la lluvia y el tiempo. Esta curiosa superstición se mantiene entre algunas tribus indígenas de la Columbia Británica, y frecuentemente, como consecuencia de ello, se han impuesto restricciones o tabús a los padres de los mellizos, pero el significado exacto de estas restricciones es generalmente oscuro.

Los indios Tsinishian de la Columbia Británica, por ejemplo, creen que los mellizos controlan el tiempo y ruegan así a la lluvia y el viento: "Cálmate, soplo de los mellizos". También creen que los deseos de los mellizos se cumplen siempre y les temen porque pueden dañar al hombre que odian. Asimismo, pueden atraer al salmón y al olachen o pez candela y por ello reciben también un nombre que significa "dar en abundancia". Los indios Kwakiutl de la Columbia Británica opinan que los mellizos son salmones convertidos en hombres, razón por la cual los gemelos no se acercan al agua por temor de volver a transformarse en peces.

Durante su infancia, los mellizos pueden llamar a cualquier viento moviendo las manos, y hacer buen o mal tiempo, y también curar enfermedades agitando un gran sonajero de madera. Los indios nootka de la Columbia Británica, creen también que los mellizos se relacionan, de algún modo, con el salmón. Por eso no pueden pescar ni comer salmón y ni siquiera tocarlo cuando está fresco. Los hermanos gemelos pueden hacer el buen y mal tiempo, y hacer llover con sólo pintarse las caras de negro y luego lavarse, lo que representa la lluvia cayendo de las nubes negras. Los indios shuswap, lo mismo que los indios Thompson, asocian a los mellizos con el oso pardo y por eso los llaman los "oseznos pardos". Según ellos, los mellizos conservan sus poderes sobrenaturales durante toda la vida y, en particular, pueden hacer el buen y el mal tiempo. Hacen Bover levantando un recipiente con agua y volcándola, hacen el buen tiempo on un pedazo de madera plana atado con una cuerda a un palo, y producen tormentas tirando hacia abajo las puntas de las ramas de los abetos.

Los baronga, una tribu de negros bantú que habita en las márgenes de la bahía Delagoa en el sudeste de Africa, atribuyen el mismo poder a los mellizos, y llaman Tilo —que significa cielo —a la mujer que da a luz mellizos, y a ellos, "hijos del cielo".

Cuando las tormentas, que se registran generalmente en septiembre y octubre, tardan en llegar y se teme una sequía con el hambre consiguiente, porque toda la naturaleza arde y se consume bajo un sol que brilla durante seis meses en un cielo sin nubes, las mujeres realizan ceremonias para atraer la lluvia tan esperada hacia la tierra reseca. Para ello, se desnudan por completo y se ponen cinturones y pelucas de hierbas o una corta casaca de hojas de una especie particular de enredaderas. Luego lanzan gritos especiales y cantan canciones obscenas mientras van de un pozo a otro, limpiándolos del barro, y las basuras acumuladas. Como es sabido, los pozos son simples hoyos en la arena donde se estanca un poco de agua turbia y malsana. Además, las mujeres deben reunirse en la asa de una comadre que haya dado a luz mellizos, y la mojarán con el agua que llevan en unos pequeños cántaros. Al mismo

tiempo, cantan en voz alta canciones obscenas y bailan danzas provocativas. Ningún hombre puede ver a estas mujeres vestidas con hojas, y cuando ellas sorprenden a alguno, lo golpean y lo echan. Después de limpiar los pozos, van al bosque sagrado a verter agua en las tumbas de sus antepasados. Frecuentemente, por consejo del brujo, echan también agua en las tumbas de los mellizos, porque piensan que siempre deben estar húmedas, razón por la cual los mellizos suelen enterrarse cerca de un lago. Si fracasan todos los intentos para atraer la lluvia, recuerdan que algunos mellizos fueron sepultados en lugares secos en las laderas de una colina.

En ese caso el hechicero dice: "No se sorprendan porque el cielo está furioso. Saquen los cadáveres de allí y cávenles una fosa en la orilla del lago". Su orden es obedecida inmediatamente por creerse que es el único medio de atraer la lluvia.

Algunos de los hechos mencionados anteriormente refuerzan la interpretación que ha dado el profesor Oldenberg con referencia a las reglas que debe observar un brahmán que quiere aprender un himno determinado de la antigua colección india conocida como el Samaveda. Se ha creído que este himno, que lleva el nombre de canto de Sakvari, contenía el arma más poderosa de Indra: el rayo, y por consiguiente, en razón de su temible y poderosa carga, el osado estudiante que quería dominarlo debía aislarse y dejar la aldea para dirigirse a la selva. Allí, durante un tiempo que podía variar, según los diferentes maestros de la ley, entre uno y doce años, debía observar ciertas normas de vida como las siguientes: llevar ropas limpias, comer alimentos negros; si llovía no podía buscar refugio bajo techo sino quedarse bajo la lluvia y decir: "El agua es el canto de Sakvari" y ante un relámpago: "Es igual que el canto de Sakvari" y al oír un trueno: "el Grande está haciendo mucho ruido". Nunca 1 debía, además, cruzar una corriente de agua sin tocarla, ni subir a una embarcación, salvo que corriera peligro su vida, y aun en este caso debía tocar el agua antes de subir a bordo; "en el agua —se dice —reside la virtud del canto de Sakvari". Cuando se le permitía finalmente aprender el canto mismo, tenía que sumergir las manos en el agua de una vasija en la cual se habían puesto plantas de toda clase. Si un hombre seguía el camino de estos preceptos Patanya, el dios de la lluvia la enviaría a quien la deseara, según se decía. Como bien piensa al profesor Oldenberg, está claro que "todas esas reglas se proponen unir al brahmán con el agua, convertirlo, en cierto modo, en aliado de los poderes del agua y protegerlo así de su hostilidad. Las ropas negras y los alimentos negros tienen el mismo significado y no cabe duda de que se refieren a las nubes de la lluvia que evocan el sacrificio de un animal color negro para producir la lluvia. Es negra porque así es la naturaleza de la lluvia. Suponemos entonces que en las ideas y reglas de las escuelas védicas se han conservado prácticas mágicas de la más remota antigüedad, que fueron concebidas con el fin de preparar al hacedor de lluvia para ejercer su oficio y dedicarse a él".

Es interesante observar que cuando se desea un resultado opuesto, la lógica primitiva aconseja al maestro del tiempo observar estrictamente las reglas de conducta opuestas. En la isla tropical de Java, cuya rica vegetación muestra la abundancia de las lluvias, las ceremonias para producirlas son raras, mientras que las dedicadas a impedir las son frecuentes. Cuando una persona va a dar una gran fiesta en la época de las lluvias y ha invitado a mucha gente, consulta a un maestro del tiempo y le pide que Metenga las nubes amenazadoras". Si el maestro acepta ejercer sus poderes profesionales, comienza a regir su

conducta 2 conforme a ciertas reglas, en cuanto el liente se retira. Deberá ayunar y no beber nada ni bañarse. Comerá poco y sólo alimentos secos, y en ningún caso podrá tocar el agua. Por su parte, la persona que ofrecerá la fiesta, lo mismo que sus servidores de ambos sexos, se abstendrán de lavar sus ropas y de bañarse hasta que termine la fiesta y, hasta ese momento, todos deberán observar una estricta castidad. El maestro, sentado en una estera nueva en su dormitorio, delante de una pequeña lámpara de aceite, musitará brevemente, antes del comienzo de la fiesta, la siguiente oración o sortilegio: "Abuelo y Abuela Stroekei (creemos que el nombre ha sido tomado al azar, pues algunas veces se usan otros), regresad a vuestro país. Vuestro país es Akkeinát. Dejad vuestro tonel de agua perfectamente cerrado para que no caiga una sola gota". Y al pronunciar estas palabras deberá mirar hacia arriba y quemar incienso. También entre los toradjas, el maestro de la lluvia, cuya tarea específica consiste en alejar la lluvia, se abstiene de tocar el agua antes, durante y después de cumplir con sus deberes profesionales.

Tampoco se bañará, y comerá sin lavarse las manos. Sólo beberá vino de palina y si tiene que cruzar un arroyo deberá evitar pisar el agua. Una vez listo para comenzar su tarea, se dirige a una choza construida para él en un arrozal en los alrededores de la aldea, y enciende en su interior una pequeña hoguera que de ningún modo deberá apagarse. Quema en ella varias clases de maderas que se supone tienen la propiedad de alejar la lluvia.

Sopla entonces en la dirección por donde las lluvias amen llegar, mientras sostiene en sus manos un paquete de hojas y corteza cuya capacidad de empujar las nubes no depende de su composición química sino de sus nombres, que parecen significar algo seco y volátil. Si las nubes surgen en el cielo mientras está trabajando, pondrá cal en el hueco de la mano y la soplará en la dirección por donde se acercan las nubes. Siendo la cal muy seca, obviamente es apta para dispersar las nubes húmedas. Si desea en cambio que llueva, pone sólo agua en el fuego e inmediatamente lloverá a cántaros.

El lector observará que los ritos de los javaneses y los toradjas para impedir la lluvia, son la antítesis de los ritos que hacen en la India para producirla. El sabio indio debe tocar agua tres veces por día por lo general, lo mismo que en ocasiones especiales y diversas. Los hechiceros javaneses y toradjas, en cambio, no pueden tocarla de ningún modo. Los indios viven en la selva y si llueve no deben buscar refugios. Los javaneses residen en casas o en chozas. Unos expresan su simpatía por el agua recibiendo la lluvia sobre su cuerpo y hablando de ella con sumo respeto, los otros encienden una lámpara o fuego y hacen lo posible para que la lluvia se aleje. Sin embargo, el principio en que se basan los tres es el mismo. Cada uno de ellos, con una especie de ilusión infantil, se identifica con el fenómeno que desea producir. Es la vieja falacia de que el efecto es semejante a la causa: si queremos tiempo húmedo debemos estar mojados, si queremos tiempo seco debemos estar secos.

En la actualidad, en el sudeste de Europa, se registran ceremonias con el fin de hacer llover, que no sólo se basan en los mismos principios, sino que se asemejan hasta en sus detalles a las ceremonias que realizan con el mismo objetivo los baronga de la bahía Delagoa. Entre los griegos de Tesalia y Macedonia, cuando la sequía se prolonga demasiado, se acostumbra hacer una procesión de niños alrededor de todos los pozos y manantiales de la zona. A la cabeza de la procesión marcha una joven adornada con flores a quien sus compañeros arrojan agua cuando se detiene la marcha, mientras cantan una invocación, que en parte dice:

Perperia, toda fresca de rocío, refresca toda la vecindad, por los bosques y por el camino, y por donde vayas, reza ahora a Dios: ¡Oh, Dios mío! sobre la llanura danos una lluvia pequeña y suave, para que los campos sean fértiles y veamos florecer las viñas, para que el grano sea perfecto y abundante y haya prosperidad para todo nuestro pueblo.

En épocas de sequía, los servios desnudan a una muchacha y la visten de pies a cabeza con hojas, hierbas y flores hasta que su rostro queda oculto por un velo de verdor. Disfrazada así, la llaman la Dodola, y recorre la aldea al frente de un grupo de muchachas, deteniéndose en cada puerta, girando y bailando, mientras las otras jóvenes forman una ronda a su alrededor cantando alguna de las canciones de Dodola, y la dueña de casa le arroja un balde de agua. Una de las canciones dice así:

Nosotras vamos por la aldea las nubes van por el cielo.

Nosotras vamos rápidamente pero más rápidas son las nubes.

Ellas se nos han adelantado y han mojado las mieses y las viñas.

En Poona, en la India, cuando se necesita la lluvia, los jóvenes visten a uno de ellos solamente con hojas y lo llaman el rey de la lluvia. Luego van por todas las casas de la aldea, y el dueño de casa o su mujer mojan con agua al rey de la lluvia, y ofrecen diversas comidas a todos. Después de visitar todas las casas, sacan al rey de la lluvia su traje de hojas y comen los alimentos que recogieron.

En algunos lugares del sur y del oeste de Rusia, el baño se usa como hechizo para la lluvia. A veces, después del oficio religioso, los fieles arrojan al sacerdote al suelo y lo mojan con agua. En otras ocasiones, las mujeres se bañan en grupo, sin quitarse la ropa, el día de San Juan Bautista, mientras bañan un muñeco hecho con ramas, hojas y hierba, que supuestamente representa al Santo. En Kursk, una provincia del sur de Rusia, cuando se desea mucho la lluvia, las mujeres apresan al primer forastero que pasa por allí y lo arrojan a un río o lo mojan de los pies a la cabeza. Más adelante veremos que el forastero que pasa es frecuentemente considerado como una deidad o la personificación de algún poder natural.

Un documento oficial indica que en 1790, durante una sequía, los campesinos de Sheroutz y de Werboutz reunieron a todas las mujeres y las obligaron a bañarse para que lloviera. Un hechizo armenio para hacer llover consiste en arrojar al agua a la mujer del sacerdote y sumergirla. Los árabes del norte de África apresan a un sacerdote y lo arrojan por la fuerza en un manantial como conjuro de la sequía. En Minahassa, una provincia de las islas Célebes del norte, también bañan a los sacerdotes como hechizo para la lluvia. En las Célebes centrales, cuando no ha llovido desde mucho tiempo atrás y los tallos del arroz comienzan a secarse, muchos aldeanos, en especial los jóvenes, se dirigen a un arroyo cercano y se mojan unos a otros, arrojándose agua con tallos huecos de bambú... A veces imitan el chapoteo de la lluvia golpeando con las manos la superficie del agua o colocando en ella una calabaza invertida o tamborileando sobre ella con los dedos.

A veces se supone que las mujeres pueden hacer llover si aran o simulan arar. Así, los pshawk y los chewsur del Cáucaso realizan en épocas de sequía una ceremonia llamada "arar la lluvia". Las jóvenes se uncen a un arado, lo arrastran hasta un río que atraviesan con el

agua en la cintura.

Las muchachas y mujeres de Armenia hacen lo mismo en circunstancias parecidas. La mujer más vieja o la mujer del sacerdote visten los hábitos sacerdotales, mientras que las otras mujeres se visten de hombre, y todas arrastran el arado por el agua en contra de la corriente. En la provincia caucasiana de Georgia, cuando una sequía se prolonga demasiado, parejas de jóvenes casaderas se unen con yugos de bueyes en sus espaldas.

El sacerdote toma entonces las riendas y, con esos arneses, cruzan arroyos, vados y lagunas, orando, gimiendo, llorando y riendo. En un distrito de Transilvania, cuando la tierra está resquebrajada por la sequía, algunas muchachas se desnudan y conducidas por una vieja, también desnuda, roban una trilla y la llevan por el campo hasta un arroyo donde la hacen flotar. Luego se sientan en ella y encienden pequeñas velas en cada uno de sus rincones. Por último, la abandonan y regresan a sus casas. En algunos lugares de la India se recurre a un hechizo similar: mujeres desnudas arrastran un arado por el campo durante la noche, mientras los hombres se mantienen lejos de ellas para no romper el hechizo con su presencia.

El hechizo para hacer llover actúa a veces a través de los muertos. Por ejemplo, en Nueva Caledonia los hacedores de lluvia con todo el cuerpo pintado de negro desenterraban los restos de un cadáver y llevaban los huesos a una cueva donde volvían a armar el esqueleto y lo colgaban sobre unas hojas de taro. Después echaban agua sobre el esqueleto para que goteara sobre las hojas. Creían que el alma del muerto tomaba el agua y que la devolvía en forma de lluvia. En Rusia, si nos hacemos eco de un rumor popular, no hace mucho tiempo, los campesinos de un distrito, preocupados por la sequía, desenterraron el cadáver de alguien que había bebido toda su vida, y lo arrojaron en la laguna o el lago más cercano, plenamente convencidos de que ello aseguraba la lluvia tan necesaria. En 1868, ante la perspectiva de una mala cosecha a causa de una sequía prolongada, los habitantes de una aldea de la zona de Tarashchansk decidieron desenterrar el cadáver de un miembro de una secta ritualista o disidente que había muerto el último diciembre. Uno de los vecinos golpeó el cadáver o lo que quedaba de éste, en la cabeza, exclamando: "¡Danos lluvia!", mientras los otros le echaban agua a través de un harnero. En este caso, creemos que el agua que cae a través del harnero es la imitación de la lluvia y nos recuerda a Estrepsíades —en Aristófanes— cuando imaginaba la forma con que Zeus hacía llover. A veces, los toradjas recurren para obtenerla lluvia a la piedad de los muertos. Así, en la aldea de Kalingooa se halla la tumba de un famoso jefe, el abuelo del gobernante actual.

Cuando el país sufre una inesperada sequía, el pueblo se dirige a la tumba, vierte agua sobre ella y dice: "Oh, abuelo, ten piedad de nosotros. Si es tu voluntad que este año podamos comer, danos entonces la lluvia". Después de esto, cuelgan sobre la tumba una caña de bambú llena de agua, con un pequeño orificio en el extremo inferior para que el agua gotee permanentemente. La caña se mantiene siempre llena hasta que el agua empapa el suelo. En este caso, como en el de Nueva Caledonia, la religión se mezcla con la magia, porque la oración al jefe muerto, que es puramente religiosa, es seguida de una imitación mágica de la lluvia en la tumba. Hemos visto que los baronga de la bahía Delagoa vierten agua en las tumbas de sus antepasados, en especial de los mellizos, como hechizo para hacer llover. En algunas tribus indígenas de la zona del Orinoco, los parientes de personas fallecidas acostumbraban desenterrar sus huesos e incinerarlos un año después del sepelio, para

esparcir las cenizas en el viento, porque creían que ellas se convertían en lluvia enviada por el difunto para agradecer sus exequias.

Los chinos estaban convencidos de que si los cadáveres humanos no se enterraban, las almas de sus antepasados difuntos sentían las molestias de la lluvia lo mismo que una persona viva sin protección contra las inclemencias del tiempo. Por esta razón, esas pobres almas hacen todo lo que pueden para evitar la lluvia, y a menudo con todo éxito. Entonces se produce la sequía, la más temible de todas las calamidades de China, y, por consiguiente, la pérdida de las cosechas, la escasez y el hambre. Ello explica que las autoridades chinas, siguiendo una costumbre generalizada, dispongan la inhumación de los restos de los muertos insepultos en las épocas de sequías para conjurar el flagelo y favorecer la lluvia.

Los animales también desempeñan un papel importante en estos hechizos para controlar el tiempo. La tribu Anula del norte de Australia asocia el "ave dólar" con la lluvia y la llama el pájaro lluvia. El hombre que lo tiene como totem puede hacer llover colocando una serpiente viva en una determinada laguna, manteniéndola allí durante un rato. Después la mata y la deja en la orilla. Hace luego un manojo de tallos de hierba, le da una forma arqueada imitando el arco iris, y lo pone sobre la serpiente.

Finalmente, canta junto a ella y el símil del arco iris. Tarde o temprano lloverá. Los anula explican este procedimiento y dicen que hace mucho tiempo el "ave dólar" tenía como compañera a una serpiente que vivía en la laguna y hacía llover escupiendo hacia el cielo hasta que aparecía el arco iris y las nubes y llovía.

Una manera común de hacer llover en muchos lugares de Java, consiste en bañar uno o dos gatos, macho y hembra. A veces llevan estos animales en una procesión con música. En Batavia puede verse también, de vez en cuando, niños que llevan un gato con el mismo propósito y, después de sumergirlo en la laguna, dejan que se vaya.

Entre los wambugwe del África occidental, cuando un brujo quiere hacer llover, lleva una oveja y una ternera negras, un día de sol, al techo de una vivienda común donde viven varias personas. Después abre el vientre de los animales y esparce el contenido por todas direcciones. Luego vierte agua y "medicina" en una vasija, y, si el líquido hierve, el hechizo se cumplirá y comenzará a llover. Si se desea en cambio impedir la lluvia, el brujo calienta un trozo de cristal de roca en una calabaza en el interior de su vivienda. Para hacer llover, los wagogos sacrifican aves negras, ovejas negras y otros animales del mismo color en las tumbas de sus antepasados, y el hacedor de lluvia viste ropas negras durante la época de las lluvias. Entre los matabeles, los brujos emplean, con el mismo propósito, sangre y bilis de buey negro. En un distrito de Sumatra todas las mujeres de la aldea se dirigen casi desnudas al río y se arrojan agua entre ellas. Luego tiran un gato negro en la corriente y lo obligan a nadar durante un tiempo antes de dejarlo escapar persiguiéndolo y arrojándole agua. En épocas de sequía, los garos de Assam ofrendan una cabra negra en la cima de una montaña muy alta. En todos estos casos, el color del animal es parte del hechizo, porque si es negro el cielo se oscurecerá con nubes de lluvia. Así, los bechuanas queman tripas de buey al anochecer, porque dicen que "el humo negro atraerá las nubes y hará llover". Los aborígenes de Timor sacrifican un cerdo negro a la diosa de la tierra para que llueva, y un cerdo blanco o marrón al dios sol para que aclare. Los angoni sacrifican un buey negro para que llueva y uno blanco para que haga buen tiempo. En un distrito en las montañas altas de Japón,

cuando no llueve durante mucho tiempo, los aldeanos se dirigen en procesión hasta un torrente montañoso, encabezados por un sacerdote que lleva un perro negro. Una vez en el lugar, atan al animal en una roca y le disparan sus flechas y proyectiles.

Cuando la sangre salpica las rocas, los campesinos deponen las armas, elevan sus voces y suplican al dragón divino del torrente para que envíe de inmediato una lluvia torrencial que limpie la sangre de las rocas. La costumbre indica que en estas ocasiones el color de la víctima debe ser negro, como un emblema de las nubes deseadas para llover. Pero, si se desea buen tiempo, la víctima deberá ser blanca sin una sola mancha.

La íntima relación de las ranas y sapos con el agua ha dado a estos animalitos una fama muy difundida de custodios de la lluvia, razón por la cual intervienen a menudo en los hechizos para obtener el agua del cielo. Algunos indios del Orinoco, consideraban al sapo como dios o señor de las aguas y temían matarlo. Se sabe que colocaban ranas bajo una vasija y les pegaban con varillas cuando había sequía. Se dice que los indios aymara modelan frecuentemente imágenes de ranas y otros animales acuáticos, y los colocan en la cima de las montañas para atraer las lluvias. Los indios thompson de la Columbia Británica, y algunas personas en Europa, creen en cambio que la lluvia vendrá si se mata una rana. La gente de las castas inferiores de las provincias centrales de la India, para hacer llover, atan una rana a un palo y la cubren de hojas verdes y de ramas del árbol *nim* (*Azadirachta Indica*) y la llevan de puerta en puerta, cantando: *Danos pronto, ¡oh rana! la joya del agua y madura el trigo y el mijo de los campos.*

Los kappus o reddis son una numerosa casta de cultivadores y terratenientes de la presidencia de Madrás. Cuando la lluvia es necesaria, las mujeres buscan una rana y la atan viva a un abanico hecho con bambú en el cual pegan hojas de margosa, y van cantando de puerta en puerta: "La señora rana tiene que bañarse. ¡Oh dios de la lluvia! , danos un poco de agua al menos para ella". Mientras las mujeres kappus cantan, el ama de casa vierte agua sobre la rana y da una limosna, convencida de que así caerá el agua a torrentes.

A veces, cuando la sequía dura demasiado, la gente abandona por completo el habitual *hocus pocus* de la magia imitativa y, harta de perder el tiempo con oraciones, recurre a las amenazas y maldiciones e incluso a la fuerza para apoderarse de las aguas del cielo que el ser sobrenatural retiene, por así decirlo, en su origen. En una aldea japonesa, cuando la deidad guardiana del agua ha hecho oídos sordos a las oraciones de los campesinos en demanda de lluvia, derriban finalmente su imagen y, en medio de fuertes gritos y maldiciones, le hunden la cabeza en un arrozal 2 hediondo, mientras le dicen: "Aquí te quedarás por ahora y ya veremos cómo te sentirás después de varios días, ardiendo bajo este sol aplastante que quema la vida de nuestros campos agrietado?. En circunstancias parecidas, los feloupes de Senegambia derriban sus ídolos y los arrastran, maldiciéndolos, por el campo hasta que se produce la lluvia.

Los chinos prefieren también tomar por la fuerza el reino de los cielos. Cuando desean la lluvia, hacen un enorme dragón de madera y papel, que representa al dios de la lluvia, y lo llevan en procesión, pero si no llueve, el dragón es insultado y hecho pedazos. Otras veces amenazan y pegan al dios si no llueve y lo despojan de su categoría de dios. En otras épocas, en cambio, si llovía, el dios era promovido a una categoría superior por un decreto imperial. En abril de 1888, los mandarines de Cantón rogaron al dios Lung-won que detuviera una

lluvia interminable, pero como desoyó sus pedidos, encarcelaron su imagen durante cinco días. Ello tuvo un efecto favorable: la lluvia cesó y el dios recuperó su libertad. Unos años antes se había producido una sequía y el mismo dios fue encadenado y expuesto al sol durante varios días en el patio de su templo para que sintiera en carne propia la urgente necesidad de lluvia. Los siameses, cuando necesitan lluvia, exponen también sus ídolos al sol abrasador, pero cuando desean tiempo seco, quitan los techos de los templos y dejan caer la lluvia sobre los ídolos. Piensan que los inconvenientes que así sufren los dioses los harán atender los deseos de los adoradores.

Esta meteorología del Extremo Oriente puede hacer sonreír al lector, pero, justamente para obtener la lluvia, se recurre a métodos similares en nuestros días en la Europa cristiana.

A fines de abril de 1883 se produjo una gran sequía en Sicilia. Ya duraba seis meses y todos los días salía y se ponía un sol rojo en un cielo azul. Los jardines de la Conca d'Oro, que rodean Palermo con su magnífico verdor, estaban marchitos. Los alimentos escaseaban y había pánico entre la gente. Se habían intentado infructuosamente todos los métodos tradicionales para producir lluvia. Las procesiones iban por las calles y los campos.

Hombres, mujeres y niños rezaban su rosario todas las noches ante las imágenes sagradas, los a cirios consagrados ardían día y noche en las iglesias; y las palmas bendecidas el Domingo de Ramos pendían de los árboles. En Solaparuta, conforme a una antigua tradición, habían esparcido en los campos el polvo recogido en las iglesias el Domingo de Ramos, que en tiempos normales protegía las cosechas, pero esa vez no tuvo ningún efecto. Los habitantes de Nicosia, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, llevaban los crucifijos por todos los barrios de la ciudad, mientras se azotaban con alambres unos a otros. Todo fue en vano. Hasta el mismo San Francisco de Paula, que todos los años produce el milagro de la lluvia y es llevado por los jardines todas las primaveras, no pudo o no quiso ayudar. Nada pudieron hacer las misas, las vísperas, las iluminaciones y los fuegos artificiales. Finalmente, los campesinos comenzaron a perder la paciencia. Muchos santos fueron desterrados. En Palermo arrojaron una imagen de San José en un jardín para que viera por sí mismo el estado de las cosas, y juraron dejarlo al sol hasta que lloviera. Otras imágenes de santos fueron puestas de cara a la pared, como si fueran chicos traviosos. Otros fueron despojados de sus hermosos atuendos, expulsados de sus parroquias groseramente insultados, y arrojados en las piletas, de bañar caballos. En Caltanissetta, arrancaron las alas doradas de la espalda de San Miguel Arcángel, que fueron reemplazadas por otras de cartón, quitándole también su manto purpúreo y poniéndole en su lugar un taparrabo. En Licata le fue peor al santo patrón, San Angel, porque lo dejaron desnudo, lo insultaron, le pusieron cadenas y lo amenazaron con ahogarlo o ahorcarlo. "¡La lluvia o la horca! ", le gritaban furiosos amenazándolo con los puños.

A veces se apela a la piedad de los dioses. Cuando el sol quema el cereal, los zulúes buscan un "pájaro celestial" lo matan y lo arrojan en una laguna. Después el cielo se apiada tiernamente de la muerte del pájaro: "llora por él lloviendo, llora con llanto funerario". En el país de los zulúes, las mujeres entierran a veces sus hijos hasta el cuello, y luego se alejan un poco, lamentándose en voz alta durante largo tiempo. Se supone que así el cielo se apiadará. Luego, las mujeres sacan a sus hijos con la seguridad de que pronto lloverá. Dicen que han pedido al "señor de arriba" que les dé la lluvia. Si ésta comienza a caer, exclaman:

"Usondo llueve". En épocas de sequía, los guanches de Tenerife llevaban sus rebaños a un lugar sagrado y allí apartaban las ovejas de los corderos, para que sus balidos patéticos apiadaran el corazón del dios. Una de las maneras de detener la lluvia en Kurnaort es verter aceite caliente en la oreja izquierda de un perro. El animal aúlla de dolor, Indra oye esos aullidos y como siente piedad por los sufrimientos del animal, detiene la lluvia. Los toradjas tratan a veces de conseguir que llueva poniendo tallos de algunas plantas en el agua y diciendo: "Anda y pide la lluvia, y si no llueve no volveré a plantarte y morirás".

También atan caracoles de agua dulce en una cuerda que pende de un árbol, y les dicen: "Id y pedid que llueva, y mientras no sea así, no volveré a ponerlos en el agua". Entonces los caracoles van y lloran, los dioses se apiadan y dan lluvia. Con todo, las ceremonias anteriores con religiosas antes que mágicas, pues implican una apelación a la compasión de los altos poderes.

Se cree que las piedras tienen la propiedad de dar la lluvia, siempre que estén sumergidas en el agua o mojadas, o que se las trate de manera apropiada. En una aldea de Samoa, cierta piedra fue cuidadosamente elegida como representante del dios que hace la lluvia y, en épocas de sequía, sus sacerdotes la llevaban en procesión hasta un arroyo donde la arrojaban. En la tribu ta-ta-thi, de la Nueva Gales del Sur, el hacedor de lluvia rompe un trozo de cristal de cuarzo, lo escupe en dirección del cielo, y envuelve el resto con plumas de ernú. Después lo moja y lo oculta cuidadosamente. En la tribu keramin de Nueva Gales del Sur el hechicero se dirige hacia el lecho de un arroyo, echa agua sobre una piedra y luego la tapa y la esconde. En algunas tribus del noroeste de Australia, el hacedor de lluvia busca un terreno apropiado y hace allí una pila de piedras o arena, coloca encima su piedra mágica y camina o baila alrededor de la pila cantando durante horas sus hechizos, hasta que el cansancio lo obliga a interrumpirse y lo reemplaza su ayudante. Luego salpican la piedra con agua y encienden grandes hogueras. Ningún profano puede acercarse mientras se realiza esta ceremonia mística.

Cuando los sulka de la Nueva Bretaña desean que llueva, tiznan piedras con cenizas de ciertos frutos y las ponen al sol, junto con ciertas plantas y capullos. Luego sumergen en el agua un puñado de ramitas y le ponen piedras encima mientras recitan un conjuro.

En Manipur, al oeste de la capital, hay una piedra sobre una alta colina que, según la imaginación popular, se asemeja a un paraguas. Cuando se necesitan lluvias, el rajá saca agua de una fuente, y la vierte sobre la piedra. En Sagami, Japón, hay una piedra que hace llover si se derrama agua sobre ella. Los wakondyo, una tribu del África Central, cuando desean la lluvia, piden en préstamo a los wawamba, que viven al pie de montañas nevadas, una "piedra de lluvia" que felizmente poseen, a cambio ¿le un pago apropiado. Los wawamba lavan entonces la valiosa piedra, la untan con aceite y la ponen en una olla llena de agua.

Después de esto, la lluvia no puede dejar de producirse. En los áridos desiertos de Arizona y Nueva Méjico creían hacer llover llevando agua de un determinado manantial a lo alto de una roca situada en un determinado lugar. Imaginaban que así las nubes pronto se reunirían y se iniciaría la lluvia.

Las costumbres de esta clase no se han limitado a las selvas de África y Asia, o a los tórridos desiertos de Australia y el Nuevo Mundo. Han existido en los climas fríos o bajo los cielos grises de Europa. En los "bosques silvestres de Broceliande" hay una fuente de romántica

fama, Ramada Barenton, donde, si es cierta la leyenda, el brujo Merlín duerme aún su sueño mágico a la sombra del espino. Allí llegaban los campesinos bretones que recurrían a la fuente cuando necesitaban lluvia. Llenaban en ella un tazón y luego arrojaban el agua sobre una piedra cercana. En Snowdon hay "un lago pequeño y solitario llamado Dulyn o Lago Negro, situado en un tétrico valle rodeado de rocas enormes y peligrosas". Una fila de rocas conduce hasta el centro del lago, y si alguien pasa por allí, arroja agua y moja la última piedra de la fila, llamada el Altar Rojo, "es muy difícil que no llueva antes del atardecer, incluso si el tiempo es caluroso". En estos casos, es probable que, como en Samoa, la piedra sea considerada más o menos divina, lo que se manifiesta en la costumbre observada a veces de arrojar una cruz en la fuente de Barenton para hacer llover, que es evidentemente el sustituto de la antigua costumbre pagana de arrojar agua sobre la piedra. En varios lugares de Francia se acostumbra, o al menos se acostumbraba hasta hace poco, meter en el agua la imagen de un santo para hacer llover.

Junto al viejo priorato de Cominagny se halla el manantial de Saint-Gervais, donde acuden en procesión los habitantes del lugar para tener lluvia o buen tiempo según las necesidades de sus cultivos. En épocas de gran sequía, la imagen de piedra del santo, dispuesta en una especie de nicho, se colocaba en el lugar donde surge el manantial. Una práctica similar se observaba en Collobriére y Carpentras con las imágenes de San Pons y San Gens. En varias aldeas de Navarra se acostumbraba hacer rogativas por la lluvia a San Pedro y para reforzarlas los aldeanos llevaban la imagen del santo en procesión hasta el río, donde lo invitaban a reconsiderar su determinación y a conceder sus pedidos. Después, si el santo se resistía, lo arrojaban al agua, a pesar de la oposición de los clérigos que aducían, con tanta verdad como piedad, que una simple advertencia o admonición bastaba para producir el mismo efecto. Así, la lluvia se produciría dentro de las 24 horas. Pero los países católicos no tienen el monopolio de hacer llover sumergiendo imágenes santas en el agua. En Mingrelia, Rusia, cuando los cultivos necesitan la lluvia, toman una imagen y la sumergen diariamente en el agua hasta que llueva, y en Extremo Oriente, los shan riegan con agua imágenes de Buda cuando el arroz sufre los efectos de la sequía. En todos estos casos, la costumbre es en el fondo un hechizo simpático, aunque tenga la apariencia de un castigo o amen.

Los griegos y romanos, lo mismo que otros pueblos, trataron de hacer llover mediante la magia, cuando las oraciones y procesiones eran ineficaces. En Arcadia, por ejemplo, cuando la sequía asolaba los cultivos y los árboles, el sacerdote de Zeus sumergía una rama de roble en un manantial del monte Licaieto.

Del agua así agitada, se elevaba entonces una neblinosa nube de la cual se desprendía la lluvia que pronto caía sobre la región. Una forma similar de hacer lluvia se practicaba, como hemos visto, en Halmahera, cerca de Nueva Guinea. En Crannon, Tesalia, había una carroza de bronce en un templo y, cuando se deseaba la lluvia, la sacudían y comenzaba a llover.

Probablemente, el ruido que hacía la carroza imitaba al trueno.

Hemos visto anteriormente que el simulacro del trueno y el relámpago forma parte de un hechizo para hacer llover en Rusia y Japón. Salmoneo, el legendario rey de Elis, imitaba el ruido del trueno arrastrando vasijas de bronce con su carro y, al mismo tiempo, arrojaba teas encendidas imitando los relámpagos. Su deseo impío era imitar al carro tonante de Zeus rodando por la bóveda celeste. Es cierto que él decía ser el mismo Zeus y se hacía ofrendar

los mismos sacrificios que él. En las afueras de Roma, cerca de un templo de Marte, se conservaba una piedra conocida como lapis manalis, y en época de sequía se la llevaba a Roma, pues se suponía que así la lluvia se produciría inmediatamente.

. *El control mágico del sol.*

Así como el mago cree poder hacer llover, imagina también que puede hacer aparecer al sol, acelerar su marcha o detenerlo. Los objeway creían que en un eclipse el sol se apagaba y por eso lanzaban flechas encendidas en el aire para reavivar su luz. Los senci de Perú, también lo hacían, pero aparentemente no era su intención volver a encenderlo, sino ahuyentara un animal salvaje con el cual, según ellos, estaba luchando el sol. En cambio, algunas tribus del Orinoco escondían bajo tierra ramas encendidas durante un eclipse de luna por creer que si la luna se apagaba se extinguirían también todos los fuegos de la tierra, salvo los que se mantuvieran ocultos a su mirada. Los kanitchatkan, sacaban fuego de sus chozas durante un eclipse de sol, y oraban para que volviera a brillar. Pero la oración al sol muestra que la ceremonia era religiosa antes que mágica. La ceremonia que realizaban los indios chilcotín era en cambio puramente mágica. Los hombres y mujeres se recogían las ropas como cuando viajaban, y caminaban en círculo apoyándose en bastones como si llevaran encima grandes pesos, hasta que pasaba el eclipse. Creían sin duda que así ayudaban la marcha vacilante del sol por el cielo.

Análogamente, en el antiguo Egipto, el rey, como representante del sol, caminaba solemnemente alrededor de los muros del templo para asegurar que el sol cumpliera su marcha alrededor del cielo sin la interrupción de un eclipse o por cualquier otro inconveniente. Después del equinoccio de otoño, los antiguos egipcios realizaban una fiesta denominada "el nacimiento del bastón del sol" porque al ver declinar día a día al astro en el cielo y disminuir su calor, suponían que necesitaba algo en qué apoyarse. En Nueva Caledonia, cuando un brujo quiere causar buen tiempo, lleva al cementerio algunas plantas y corales y hace un paquete con ellos y con dos mechones de cabellos de un niño de su familia, dos dientes o una mandíbula completa del esqueleto de un antepasado. Después sube a la cima de una montaña, donde siente los primeros rayos del sol matinal. Deja allí, sobre una piedra chata, tres clases de plantas y una rama de oral seco, y cuelga el paquete del hechizo por encima de la piedra. La mañana siguiente regresa al lugar y quema el paquete cuando el sol aparece sobre el mar. A medida que sube el humo, toma la piedra con el coral seco, invoca a sus antepasados y dice: "¡Sol!, hi e esto para que tú calientes mucho y te comas las nubes del ielo".

La misma ceremonia se repite al atardecer. Los naturales de Nueva Caledonia hacen también el buen tiempo on una piedra redonda con un agujero. Cuando va a salir el sol, el hechicero toma la piedra, pasa una rama ardiendo por el agujero y dice: "Enciendo el sol para que se coma todas las nubes y seque nuestro país de modo que no produzca nada". Los habitantes de las islas Banks hacen salir el sol imitándolo. Toman una piedra muy redonda llamada vat loa o piedra sol, la recubren con hilo rojo, y le pegan en los bordes plumas de lechuza que representan los rayos, mientras cantan el hechizo apropiado en voz baja.

Luego cuelgan la piedra en un árbol alto de algún lugar sagrado, como la higuera de Bengala

o la casuarina.

Se supone que la ofrenda que hace el brahmán por la mañana produce el sol, y nos han dicho que "seguramente no saldría de no mediar esa ofrenda". Los antiguos mexicanos consideraban al sol como la fuente de todas las fuerzas vitales.

Por eso lo llamaban Ipalnemonuani, "aquel por quien todos viven". Pero así como da vida al mundo, también necesita recibirla de él, y como el corazón es el lugar y el símbolo de la vida, se ofrendaban al sol corazones humanos y de animales para mantenerlo fuerte y en condiciones de recorrer su camino en el cielo. Los sacrificios de los mexicanos al sol eran pues más mágicos que religiosos, ya que no estaban destinados a rogarle ni a propiciarlo, sino a renovar físicamente sus energías de calor, luz y movimiento. La demanda permanente de víctimas humanas para alimentar el fuego solar era satisfecha todos los años con las guerras con los países vecinos, que representaban numerosos prisioneros para ser sacrificados en el altar. Por lo tanto, las interminables guerras de los mexicanos y su cruel sistema de sacrificios humanos, los más monstruosos que recuerdan, surgen en gran medida de una errónea teoría del sistema solar. No es necesario dar mayores ejemplos de las desastrosas consecuencias de un error puramente especulativo. Los antiguos griegos creían que el sol transitaba en su carro por el cielo. Por eso, los rodios, para quienes era el dios principal, le entregaban anualmente un carro y cuatro caballos, que hundían en el mar para que el sol lo usara.

Sin duda, pensarían que después de un año de trabajo, los viejos caballos y el carro ya no estarían en condiciones. Por un motivo semejante tal vez, los reyes idólatras de Judá ofrecían carros y caballos al sol, y los espartanos, los persas y los masovetas le sacrificaban caballos. Los espartanos reafizaban los sacrificios en la cima del monte Taigeto, la hermosa cordillera tras la cual se ponía el sol todas las tardes. Tanto para los habitantes del valle de Sparta como para los isleños de Rodas, era muy natural arrojar carros y caballos en el mar, donde creían que se hundía el sol al atardecer. Así, ya fuera en la montaña o en el mar, los caballos de refresco esperarían al fatigado dios con la mejor bienvenida al término de su jornada diaria. Algunos piensan que pueden encender o acelerar, el sol, otros creen que pueden demorarlo o detenerlo. En un paso de los Andes peruanos se hallan dos torres en ruinas en dos montañas opuestas. En las laderas hay ganchos de hierro para sostener una red de una torre a otra destinada a atrapar al sol. Las historias de hombres que capturaron al sol con un lazo son bastante conocidas. Cuando el sol desciende en otoño y se hunde lentamente en el cielo del Artico, los esquimales juegan al catcradle (cunas de gato) para retener al sol entre las cuerdas e impedir su desaparición. Por el contrario, cuando en primavera el sol se dirige hacia el norte, juegan a la pelota para apresurar su retorno. Cuando un negro australiano quiere que no se ponga el sol hasta llegar a su casa, arranca césped y lo pone en la horqueta de un árbol en dirección del sol poniente. En cambio, si se quiere acelerarlo, los australianos arrojan arena al aire y la soplan en dirección del sol, quizá para empujarlo hacia el oeste y enterrarlo bajo la arena, como parece suceder todas las noches.

Así como se cree posible acelerar el sol, otros piensan que pueden empujar a la luna morosa. Los naturales de Nueva Guinea calculan los meses por la luna, y se ha sabido que algunos arrojan piedras y otros objetos a la luna para acelerar su marcha y favorecer así el rápido regreso de los amigos que trabajan doce meses en las plantaciones de tabaco. Los malayos

piensan que una luminosa puesta de sol puede producir fiebre a una persona débil, e intentan extinguir el resplandor arrojándole agua y cenizas. Los indios shuswap creen poder atraer el tiempo frío quemando la madera de un árbol partido por un rayo. La creencia se basa en que en esa región el frío sucede a la tormenta. Por esta razón, los indios que caminan por la nieve o en tierras altas queman trozos de esa madera para que la capa de nieve no se funda.

. *El control mágico del viento.*

El salvaje piensa también que puede hacer soplar el viento y detenerlo. Cuando hace calor y un yakuta debe hacer un viaje largo, toma una piedra que ha encontrado casualmente en un animal o pez, la cubre con crin de caballo y la ata a un palo. Luego, la hace dar vueltas a su alrededor mientras pronuncia un conjuro. Pronto comienza a soplar una brisa fresca. Para que esta dure nueve días, debe sumergirse la piedra en la sangre de un ave o un animal y después ponerla al sol mientras el hechicero da tres vueltas en dirección contraria al curso del astro. Si un hotentote quiere calmar el 3 viento, toma una de sus pieles más gruesas y la cuelga en la punta de un palo porque cree que el viento perderá fuerza y se detendrá al soplar la piel. Los brujos de Tierra del Fuego tiran caracoles y conchas contra el viento para detenerlo. Los naturales de la isla de Bibili, de Nueva Guinea, tienen fama de hacer soplar el viento con la boca. Cuando el tiempo es tormentoso, los bogadjim. dicen: ya está soplando otra vez la gente de Bibili". En Nueva Guinea se practica otra forma de hacer el viento que consiste en golpear suavemente con un palo "la piedra de viento" porque si se pega con fuerza se produciría un huracán.

Asimismo, las brujas de Escocia hacían soplar el viento mojando un trapo y golpeándolo tres veces en una piedra, mientras decían: *Golpeo este trapo sobre esta piedra para levantar el viento en nombre del diablo, y no cesará hasta que yo quiera.*

En Groenlandia creen que una mujer que ha dado a luz puede, durante cierto tiempo, calmar una tormenta. Basta con que salga de su casa, llene su boca de aire, vuelva a entrar y lo expulse. En la antigüedad, había una familia en Corinto que tenía fama de detener el viento huracanado, pero no sabemos cómo cumplían sus miembros una función tan útil que probablemente representaba para ellos una fuerte recompensa, antes que la mera fama entre la población del istmo. Aun en la época cristiana, bajo el reinado de Constantino, un tal Sopater fue condenado a muerte en Constantinopla, acusado de atar los vientos con procedimientos mágicos, de modo que los barcos que llevaban cereales a Egipto y Siria quedaban detenidos mar afuera al calmarse el viento, lo que producía decepción y rabia en el hambriento populacho bizantino. Los hechiceros finlandeses solían vender viento a los marinos detenidos en los puertos por la calma del aire. El viento estaba encerrado en tres nudos. Si se desataba el primero, soplaban un viento moderado, el segundo, un viento fuerte, y el tercero, un huracán. Los estonios, cuyo país está separado de Finlandia sólo por un brazo de mar, creen todavía en los poderes mágicos de sus vecinos del norte. Los crueles vientos que soplan en primavera desde el norte y el noreste y producen fiebres intermitentes e inflamaciones reumáticas, se deben, según los simples campesinos estonios, a las maquinaciones de los brujos y las brujas finlandesas. Temen en particular tres días de la primavera que ellos llaman "días de la cruz" uno de los cuales precede al día de la Ascensión.

La gente de las inmediaciones de Tallin no quiere salir esos días de su casa por temor de morir como consecuencia de esos vientos crueles de Laponia. Una canción popular estonia dice: *¡Viento de la Cruz, pujante y poderoso! ¡Quéfi ¿erte soplas alpasar! ¡Viento que aúllas, viento de infortunio y dolor! ¡Los bruJos de Finlandia cabalgan en tus ráfagas!* También se dice que los marinos azotados por el viento en el golfo de Finlandia ven a veces aparecer de pronto un extraño velero que avanza raudamente hacia ellos. Llega como una nube de telas, con todas sus velas desplegadas, viento en popa, abriéndose camino entre olas de espuma, que parte en finas láminas con la proa, las velas hinchadas y el cordaje vibrante y tenso. Los marineros comprenden entonces que viene de Finlandia.

El arte de atar el viento en tres nudos, de manera que a medida que se desatan aumenta su intensidad, se atribuye a los brujos de Laponia y a las brujas de Shetiand, Lewis y la isla de Man. Los marinos de Shefland aún compran viento, en forma de nudos atados en pañuelos o cuerdas, a las viejas que pretenden dominar las tormentas. Se dice que hay viejas comadres en Lerwick que viven de vender vientos. Ulises recibió los vientos de Eolo, el Rey del Viento, en un odre de cuero. Los motumotu de Nueva Guinea piensan que las tormentas las envía un hechicero de Ojabu, que para cada viento tiene una caña de bambú que abre a voluntad. En la cima del monte Agu, en Togo, una región del Africa occidental, hay un fetiche llamado Bagba, que supuestamente controla el viento y la lluvia. Se dice que su sacerdote guarda los vientos en grandes ofias.

El viento de tormenta es considerado a menudo como un ser diabólico al cual se puede intimidar, expulsar o matar. Cuando las tormentas y el mal tiempo duran mucho y la comida escasea, los esquimales de la zona central tratan de conjurar la tempestad haciendo un látigo largo con algas, con el cual bajan a la playa y azotan en la dirección del viento, gritando: "¡Taba! (¡basta!).

Cierta vez que los vientos del noroeste mantenían los hielos a lo largo de la costa y la comida escaseaba, los esquimales hicieron una ceremonia para calmarlos. Encendieron una hoguera en la orilla y se reunieron cantando a su alrededor. Un viejo se acercó más al fuego y con voz persuasiva invitó al demonio del viento a ponerse bajo el fuego para calentarse. Cuando creyeron que ya estaba allí, un anciano arrojó un recipiente con agua a las llamas e inmediatamente una lluvia de flechas cayó sobre el sitio donde estaba el fuego. Pensaron que el demonio no quería permanecer en un lugar donde lo trataban tan mal. Para completar el efecto, hicieron descargas con sus armas en todas direcciones e invitaron al capitán de un barco europeo a hacer fuego con cañón contra el viento. El 21 de febrero de 1883 se realizó una ceremonia similar entre los esquimales de Point Barrow, Alaska, para matar al espíritu del viento. Las mujeres expulsaron al demonio de sus casas empuñando garrotes y cuchillos, haciendo pases en el aire con ellos, mientras los hombres, reunidos en torno a una hoguera, le disparaban sus rifles y lo aplastaban con una piedra pesada. Una gran nube de vapor rosado se elevó cuando arrojaron un balde de agua en las llamas.

Los indios lengua del Gran Chaco, creen que el impulso de la tromba se debe al paso de un espíritu y arrojan garrotes al aire para ahuyentarlo. Cuando el viento derriba sus chozas, los payaguas de América del Sud, corren y amenazan al viento con ramas encendidas, mientras otros golpean el aire con sus puños para asustar a la tormenta. Cuando tina fuerte tormenta azota a los guayeurú, los hombres salen con sus armas y las mujeres y los niños gritan lo más

fuertemente posible para intimidar al demonio.

Se ha visto a los habitantes de una aldea de batakos de Sumatra, salir de sus casas armados con lanzas y espadas durante una tempestad, Los encabezaba el mismo rajá y lanceaban y acuchillaban al invisible enemigo en medio de un griterío. Pudo verse una anciana especialmente activa en la defensa de su casa, batir el aire con un gran sable. Durante una violenta tormenta con fuertes truenos cercanos, se vio a los kayan de Borneo hacer ademán de sacar las espadas de sus vainas para intimidar a los demonios de la tempestad. En Australia, los aborígenes creen que las grandes columnas de arena rojiza que atraviesan rápidamente un desierto son espíritus que pasan. En 7 una ocasión, un joven y atlético negro corrió tras una de esas columnas en movimiento para matarlas con su bumerang y, al regresar muy cansado, después de dos o tres horas, dijo que había matado a Koochee (el demonio) , pero que éste había gruñido que él iba a morir. Se dice de los beduinos del Africa Oriental "que no pasa ningún remolino de viento sin ser perseguido por una docena de salvajes con sables desenvainados que apuntan al centro de la columna de polvo para ahuyentar al espíritu diabólico que creen que va allí".

A la luz de estos ejemplos, la historia que refiere Herodoto, y que sus críticos modernos han considerado una fábula, resulta perfectamente creíble. Sin atestiguar la verdad del relato, dice que en el país de los psylli —hoy Trípoli —una vez que soplabla el viento del Sahara y se secaron los pozos de agua, el pueblo se reunió en consejos y marchó unido a hacer la guerra contra el viento sur. Pero, cuando entraron en el desierto, el simún los envolvió, sepultando a todos sin excepción. La historia pudo muy bien ser contada por alguien que los vio desaparecer durante la batalla, con tambores y timbales batientes, en la nube roja del torbellino de arena.

CAPITULO VI

MAGOS Y REYES

Los ejemplos precedentes pueden convencernos que en muchos países y en pueblos de distintas razas, la magia ha pretendido controlar las grandes fuerzas de la naturaleza en beneficio del hombre. Si esto fue así, los que ejercieron este arte debieron ser necesariamente personajes de importancia y de influencia en cualquier sociedad que confiara en sus extravagantes intenciones, y no debe sorprender que, por la fama que tenían y el respeto de que gozaban, algunos de ellos llegaran a posiciones más altas que sus crédulos ompañeros. Se señala al respecto la frecuencia con que los magos se convirtieron en jefes y reyes.

Vamos a comenzar por la raza más primitiva de hombres de la cual podemos tener, comparativamente, la información más completa y segura: los aborígenes de Australia. Estos salvajes no están gobernados por reyes ni por jefes. Todo lo que podría decirse es que estas tribus tienen una constitución política, una democracia o mejor una oligarquía de hombres viejos e influyentes que, reunidos en un consejo, deciden todas las medidas importantes, con exclusión de los jóvenes. Esta asamblea deliberante corresponde al senado de los últimos tiempos y si quisiéramos designarlo con una sola palabra, el gobierno de los viejos sería una *gerontocracia*. Los ancianos que se reúnen y dirigen los asuntos de una tribu de aborígenes australianos son en su mayoría los caudillos de sus respectivos clanes totémicos.

Actualmente, en la región central de Australia, donde la naturaleza desértica y el más completo aislamiento mantiene a los aborígenes en el estado más primitivo, el caudillo de los diversos clanes totémicos cumple la importante tarea de realizar ceremonias mágicas para la multiplicación de los toteni y, como la gran mayoría de ellos son animales y plantas comestibles, se comprende que se espera generalmente que esos hombres provean de alimentos a la tribu a través de la magia. Otros se encargan de hacer llover o de prestar otros servicios a la comunidad. En suma, en las tribus del centro de Australia, el caudillo es el mago público. Además, su función más importante es hacerse cargo del "sagrado almacén, que por lo general es una grieta en las rocas o una cueva en el suelo donde se guardan las piedras y bastones santos (churinga) , a los que se supone vinculados de algún modo con las almas de todos, vivos o muertos. Por lo tanto, cuando el caudillo tiene que cumplir lo que podríamos llamar deberes civiles como castigar las infracciones de las costumbres tribales, sus principales funciones son sagradas o mágicas.

Si pasamos de Australia a Nueva Guinea, vemos que si bien los aborígenes se encuentran en un nivel cultural más alto que los australianos, la organización de su sociedad sigue siendo esencialmente democrática u oligárquica, y la jefatura existe sólo en estado embrionario. Así, Sir William MacGregor nos dice que en la Nueva Guinea Británica nadie es lo suficientemente sabio, audaz o fuerte como para ser el déspota. "El que más se ha acercado a ello ha sido algún brujo renombrado, pero lo más que ha conseguido es hacer algún chantaje", afirma MacGregor.

Según un relato indígena, el origen del poder de los jefes en Melanesia, se basa totalmente en la creencia de que ellos se hallan en comunicación con los espíritus más poderosos y pueden utilizar su influencia sobrenatural. Si un jefe aplicaba una multa, había que pagarla

porque todos creían en su poder sobrenatural y estaban convencidos de que si no lo hacían podía producirles desgracias y enfermedades. Cuando un número importante de individuos comenzaba a dudar de su influencia, su poder de imponer multas peligraba. También el doctor George Brown nos dice que en Nueva Bretaña "un jefe siempre gobernaba porque ejercía funciones sacerdotales, es decir que mantenía una constante comunicación con los tebarans (espíritus) , y gracias a esta influencia estaba en condiciones de producir la lluvia o el buen tiempo, los vientos favorables o perjudiciales, las enfermedades o la salud, el triunfo o la derrota en la guerra, y, en general, todo lo que produce un beneficio o una desgracia, mediante el pago de un precio razonable".

Si seguimos ascendiendo en la escala cultural, llegamos al Africa, donde se han desarrollado por igual la jefatura y la monarquía. Aquí, los ejemplos de la evolución del mago hasta convertirse en jefe, especialmente el hacedor de lluvia, son mucho más numerosos. Entre los wambugwe, una tribu bantú del Africa oriental, la forma de gobierno original era una república de familia, pero el enorme poder de los brujos, transmitido hereditariamente, pronto los llevó a la categoría de pequeños señores o jefes. De los tres jefes que vivían en el país en 1894, dos eran muy temidos como hechiceros, y los numerosos rebaños que tenían eran regalos por sus servicios, en especial por ser hacedores de lluvia. Si un jefe no puede producir la lluvia, debe buscar a alguien que lo pueda hacer.

Entre las tribus del Alto Nilo, los curanderos también son generalmente los jefes. Su autoridad se basa sobre todo en los supuestos poderes para hacer llover, porque la lluvia es lo más importante para la gente de estos lugares, y, si no se produce a tiempo implica incalculables desgracias para la comunidad.

No debe extrañar entonces que hombres más astutos que los demás se arrogaran el poder de hacerla o que por tener fama al respecto se aprovecharan de la credulidad de los más simple?. Por consiguiente, la mayoría de los jefes de estas tribus son hacedores de lluvia, y gozan de una popularidad en relación con su habilidad para dar lluvia a su pueblo en la estación debida (...). Los jefes que hacen lluvia siempre erigen sus aldeas en las laderas de colinas bastante altas, pues sin duda saben que las colinas atraen las nubes y que así hasta cierto punto pueden ser más certeros sus pronósticos del tiempo". Todos los hacedores de lluvia tienen varias piedras de lluvia, como el cristal de roca, la venturina y la amatista, y las guardan en un recipiente. Cuando quieren hacer llover sumergen las piedras en agua y con una caña pelada hacen señas a las nubes para que se acerquen o se alejen mientras pronuncian un hechizo, o bien, ponen agua junto con las entrañas de una oveja o una cabra en el hueco de una piedra y luego salpican el agua hacia el cielo. Si bien el jefe se beneficia con sus supuestos poderes mágicos, con frecuencia, y quizá generalmente, tiene un violento fin, porque en épocas de sequía el pueblo hambriento puede reunirse y matarlo, creyendo que él es quien impide la lluvia. No obstante, el puesto es generalmente hereditario y pasa de padres a hijos. Entre las tribus que tienen estas creencias y observan estas costumbres figuran los latuka, los bari, los laluba y los lokoiya.

En el Africa central, la tribu lendu, al oeste del lago Albert, cree firmemente que algunas personas tienen el poder de hacer la lluvia. Entre ellos el hacedor de lluvia es también un jefe o indudablemente llegará a serlo. Los Banyoro sienten asimismo un gran respeto por los hacedores de lluvia a quienes colman de múltiples obsequios. El gran dispensador, con un

poder absoluto e ilimitado sobre la lluvia, es el rey, pero puede extender su poder a otras personas, de modo que los beneficios se distribuyan y el agua del cielo pueda caer en varios lugares del reino.

La misma unión de los jefes con las funciones mágicas se registra en el este como en el centro de Africa. En la tribu Fan, por ejemplo, no existe una distinción estricta entre el jefe y el curandero. El jefe no sólo es curandero sino también herrero, porque para los fan el oficio de herrero es sagrado y ningún jefe puede dejar de serlo.

Con referencia a la relación entre un jefe y un hacedor de lluvia en Africa del Sur, un autor bien informado observa: "En épocas lejanas el jefe era el gran hacedor de lluvia de la tribu. Algunos jefes no permitían que se compitiera con ellos por temor de que un exitoso hacedor de lluvia pudiera desplazarlos. Había también otra razón: el hacedor de lluvia podía convertirse en un hombre rico si lograba ser famoso y se comprende que el jefe no iba a aceptar que alguien fuera demasiado rico.

El hacedor de lluvia ejerce un fuerte control sobre el pueblo, lo que explica la importancia de mantener unida esa función con la del rey. La tradición considera también que el poder del hacedor de lluvia es un atributo glorioso y fundamental de los antiguos jefes y héroes y probablemente éste ha sido el origen de la jefatura. El hombre que hace llover llegaría naturalmente a ser jefe. En este sentido, Chaka, el famoso déspota zulú, acostumbraba decir que él era el único adivino del país, porque si permitiera rivales peligraría su vida". Hablando también de las tribus sudafricanas en general, el doctor Moffat dice que "el hacedor de lluvia, en la estimación del pueblo, está lejos de ser un personaje secundario, pues posee una influencia sobre la mente de la gente que supera incluso a la del rey, quien se ve obligado a obedecer los dictados de este superoficial".

Los testimonios anteriores hacen probable que el rey haya surgido a menudo del mago público y en especial del hacedor de lluvia. El miedo que inspira y la fortuna que puede amasar han contribuido a entronizarlo. Pero si bien la carrera del mago, en especial la del hacedor de lluvia, ofrece grandes beneficios para el afortunado que la ejerce, está sembrada de trampas en las que puede caer un inexperto o desafortunado simulador. La posición del mago público es realmente muy precaria. Si el pueblo está firmemente convencido de que puede hacer llover, o dar sol y hacer madurar los frutos de la tierra, es lógico que piense que la sequía y el hambre se deben a su negligencia culpable o a su obstinación, y le imponga el merecido castigo. Por ello en Africa si el rey fracasa en producir la lluvia, a menudo es desterrado o muerto. En algunos lugares del Africa Occidental, si fracasan las súplicas y ofrendas hechas al rey para que llueva, sus súbditos lo atan y lo llevan por la fuerza hasta la tumba de sus antepasados para que consiga allí la lluvia necesaria. Los banjar del Africa Occidental atribuyen a su rey el poder de dar la lluvia y el buen tiempo. Mientras hace buen tiempo, lo colman de regalos en granos y en ganado. Pero si una larga sequía o el exceso de lluvia amenaza los cultivos, lo insultan y castigan hasta que el tiempo cambia. Cuando se pierde la cosecha o la fuerte marea impide la pesca, el pueblo de Loango acusa a su rey de ser un "mal corazón" y lo destrona. En la Costa del Grano (Grain Coast) el sumo sacerdote o rey fetiche, que tiene el título de Bodio, es responsable de la salud de la comunidad, de la fertilidad de la tierra y de la abundancia de pesca en el mar y en los ríos. Si el país sufre en cualquiera de estos aspectos, el Bodio es derrocado.

En Ussukurna, una vasta región en la margen occidental del Victoria Nyassa, el problema de la lluvia y de las mangas de langosta es crucial para el gobierno del sultán. El también debe saber cómo hacer llover y cómo alejar la plaga de la langosta. Si él o sus curanderos no pueden hacerlo la vida del sultán corre peligro al producirse la escasez. En cierta ocasión, como la lluvia deseada ansiosamente por el pueblo no llegaba, el sultán fue simplemente desterrado (a Ututwa, cerca de Nyassa). De hecho, los pueblos piensan que los gobernantes deben tener poder sobre la naturaleza y sus fenómenos. También hemos sabido que los naturales de Nyassa "están convencidos de que la lluvia sólo se produce como resultado de la magia, y el deber de hacer llover le corresponde al jefe de la tribu. Si no llueve a su debido tiempo, todos se quejan, y más de un reyezuelo fue expulsado de su país por la sequía". Entre los latuka del Alto Nilo, cuando los cultivos se secan y fracasan todos los esfuerzos del jefe para hacer llover, el pueblo lo ataca generalmente por la noche, le quitan todo lo que posee y lo destierran, aunque frecuentemente lo matan.

En muchas otras partes del mundo los reyes deben regir el curso de la naturaleza para bien de su pueblo y son castigados si fracasan. Parece que los escitas encadenaban a su rey cuando escaseaban los alimentos. En el antiguo Egipto, se insultaba a los faraones cuando las cosechas eran malas, pero los animales sagrados también eran responsables. Cuando la peste u otras calamidades asolaban el país como consecuencia de una larga e intensa sequía, los sacerdotes amenazaban de noche a los animales, pero si el mal continuaba, los mataban. En la isla coralina de Niué (Niné) o Isla Salvaje, en el sur del Pacífico, reinaba antiguamente una dinastía de reyes. Pero como los reyes eran también sumo sacerdotes y se suponía que regían la producción de alimentos, en tiempos de escasez el pueblo se enfurecía y los mataba, hasta que después de morir un soberano tras otro, nadie quiso ser rey y la monarquía llegó a su fin. Los antiguos autores chinos nos informan que en Corea culpaban al rey por la escasez o el exceso de lluvias y porque se perdía la cosecha. Algunos opinaban que había que destronarlo, otros que había que matarlo.

Entre los indios americanos, el mayor avance hacia la civilización fue el de los gobiernos teocráticos y monárquicos de México y Perú, pero sabemos muy poco de la primitiva historia de estos países para poder afirmar que los antepasados de esos reyes deificados fueron hechiceros o no. Quizá pueda vislumbrarse una huella de esa sucesión en el juramento de los reyes del antiguo México cuando asumían el trono. Prometían así dar la lluvia y el buen tiempo, hacer correr los ríos y que la tierra diera sus frutos en abundancia. Es ierto que en la América aborígen el mago o curandero, rodeado por un halo de misterio y una atmósfera de terror, fue un personaje muy influyente e importante, y pudo haberse convertido en jefe o rey en muchas tribus, aunque se carece de una prueba positiva de esa evolución.

Así, Catlin nos dice que en América del Norte los curanderos "eran estimados como dignatarios en la tribu, y toda la comunidad siente el mayor respeto por ellos, no sólo por su destreza en *materia médica*, sino más especialmente por sus virtudes en la magia y los misterios en los cuales tenían una muy importante intervención (...) En todas las tribus sus médicos son conjuradores —son magos—, son adivinos, y también grandes sacerdotes que supervisan y dirigen todas las ceremonias religiosas, y todos los consideran los oráculos de la nación. En los consejos de guerra y de paz tienen un lugar entre los jefes, siempre son consultados antes de adoptar una decisión pública y sus opiniones son acogidas con la

mayor deferencia y respeto".

Análogamente, en California "el hamán" era y sigue siendo quizás el individuo más importante entre los maidu. A falta de un sistema definitivo de gobierno, la palabra del chamán pesa mucho. También se los respeta mucho como clase social y en general los chamanes son mucho más obedecidos que el jefe.

Creemos también que en América del Sud los magos o curanderos han tenido un amplio camino ala jefatura o al trono.

Uno de los primeros colonos de la costa de Brasil, el francés Thevet informa que los indios "honran y reverencian a estos *pai* (curanderos) que adoran, y, más aún, los idolatran. Puede verse así como la mayoría de la gente los busca, se postra ante ellos y les reza diciendo: "Haz que no me enferme, que no me muera, yo ni mis hijos", o algo parecido. Y él responde: "No morirás, no te enfermarás", etc. Pero como sucede a veces, si esos *pai* no dicen la verdad y pasa lo contrario de lo que predicen, la gente no tiene escrúpulos en matarlos por considerarlos indignos del título y la dignidad de *pai*". Entre los indios lengua del Gran Chaco, cada clan tiene su cacique o jefe, pero no tiene mucha autoridad. Su cargo le obliga a hacer regalos de modo que pocas veces es rico y en general es más pobre que cualquiera de sus súbditos. "El hechicero es, en realidad, el hombre que tiene mayor poder en sus manos y está acostumbrado a recibir regalos en vez de darlos".

Es un deber del mago causar desgracias y plagas a los enemigos de la tribu y proteger a su pueblo de la magia hostil. Por estos servicios obtiene una buena remuneración y adquiere una posición de gran influencia y autoridad.

En toda la región malaya, el rajá o rey es objeto de una supersticiosa veneración como poseedor de poderes sobrenaturales, y hay motivos para pensar que, a semejanza de muchos jefes africanos, comenzó como simple hechicero. En la actualidad, los malayos creen firmemente que el rey tiene una influencia personal sobre hechos de la naturaleza como el desarrollo de los cultivos y la producción de los árboles frutales.

Se supone que sus delegados e incluso los europeos que desempeñan algún cargo oficial en la región, disponen también de la misma virtud prolífica, aunque en menor medida. En Selangor, uno de los estados de la península malaya, el éxito o fracaso de la cosecha de arroz se atribuye a los cambios de los funcionarios oficiales en los diferentes distritos. Los toorateyas de las Célebes del Sur, piensan que la prosperidad de los arrozales depende de la conducta de sus príncipes, y que un mal gobierno, que es para ellos el que no respeta las antiguas costumbres, tendrá como consecuencia la pérdida de las cosechas.

Los dayacos de Sarawak creían que su famoso gobernante inglés, el rajá Brooke, estaba investido de ciertas virtudes mágicas, que correctamente aplicadas podían producir una abundante cosecha de arroz. Cuando visitaba una tribu, se acostumbraba llevarle la semilla que iba a usarse el año siguiente y él la fertilizaba agitando encima de ellas las gargantillas y collares de las mujeres, previamente sumergidos en una mezcla especial. Y cuando llegaba a una aldea, las mujeres le lavaban los pies, primero con agua, luego con leche de coco verde y por último otra vez con agua, pero toda el agua que había tocado su persona se guardaba para distribuirla en los cultivos, en la creencia de que ello aseguraba una abundante cosecha. Las tribus que no podía visitar por hallarse demasiado lejos, solían enviarle una pequeña tela blanca y algo de oro o plata para que los impregnara con su virtud fertilizante, y luego los

enterraban en los campos, confiando así en obtener una buena cosecha. Cierta vez, un europeo señaló que la cosecha de la tribu samban era escasa, y el jefe replicó de inmediato que no podía ser de otro modo, porque el rajá Brooke nunca los visitaba. Le rogó entonces que indujera a Brooke para que los visitara y terminar así con la esterilidad de la zona.

La creencia de que los reyes poseen poderes mágicos o sobrenaturales que les permiten fertilizar la tierra y brindar otros beneficios a sus súbditos parece haber sido compartida por los antepasados de todos los pueblos arios, desde la India hasta Irlanda, y hay claras huellas de ello hasta en la Gran Bretaña actual. Las Leyes de Manú, el antiguo código hindú, describen así las consecuencias de un buen reinado: "En el país donde el rey no toma la propiedad de los mortales pecadores, los hombres nacen a su debido tiempo y tienen una larga vida, y los cultivos crecen y los niños no mueren, ni tampoco nacen deformes".

En la Grecia homérica, se decía que los reyes eran sagrados y divinos, sus casas también eran divinas y sus carros sagrados.

Y se creía que un buen reinado hacía que la tierra negra produjera trigo y cebada, que los árboles se cargaran de frutas, que se multiplicaran los ganados y que el mar se llenara de peces.

En la Edad Media, cuando Waldemar I, rey de Dinamarca, viajó por Alemania, las madres le llevaban sus hijos y los padres sus semillas para que les impusiera sus manos, pensando que los niños crecerían mejor y, por razones similares, los agricultores le pedían que él mismo sembrara las semillas por ellos. Los antiguos irlandeses creían que si sus reyes observaban las costumbres de sus antepasados, las estaciones serían apacibles, las cosechas abundantes, los rebaños fecundos, los mares ricos en peces y los árboles tan cargados de frutas que habría que apuntalarlos. Un canon atribuido a San Patricio enumera las bendiciones que resultan de un reinado justo: "buen tiempo, mares tranquilos, cosechas abundantes y árboles cargados de frutos".

Por lo contrario, el hambre, la esterilidad de las vacas, los frutos apestados y la escasez de cereales eran pruebas infalibles de que los reyes eran malos. Tal vez el último vestigio de esas supersticiones que se han mantenido hasta nuestros reyes ingleses, ha sido la creencia de que podían curar la escrófula mediante la imposición de manos. De ahí el nombre de "mal de rey" que se daba a la enfermedad. La reina Isabel ejerció con frecuencia ese don milagroso de curar el mal.

El día de San Juan en 1633, Carlos I curó en una sola sesión a cien enfermos en la capilla real de Holyrood. Pero la práctica alcanzó al parecer su culminación durante el reinado de su hijo Carlos II. Se dice que tocó a cerca de cien mil enfermos de escrófula. El tumulto provocado por las personas que querían acercarse al rey tuvo a veces consecuencias lamentables. En una ocasión, seis o siete enfermos que deseaban ser curados, murieron a raíz de los pisotones que recibieron. El cauto Guillermo III rehusó desdeñosamente prestarse a esa práctica milagrosa, y cuando su palacio fue asediado por la habitual muchedumbre maloliente, ordenó que se marcharan y les dio una limosna. En la única ocasión en que fue importunado por un paciente para que le impusiera las manos, el rey le dijo: "Deseo que Dios le dé mejor salud y mayor sentido". No obstante, la práctica fue continuada, como era de esperar, por el tonto y fanático Jacobo II y su tonta hija la reina Ana.

Los reyes de Francia pretendían también tener el don de curar por la imposición de manos,

que decían heredar de Clodoveo o de San Luis, mientras que los reyes ingleses lo heredaron de Eduardo el Confesor. Asimismo, se creía que los jefes salvajes de Tonga curaban la escrófula y los casos de hígado endurecido o cirrosis hepática por imposición de pies.

Este tratamiento era estrictamente homeopático porque, tanto la enfermedad como su curación, se creían producidas por el contacto con la persona del jefe o con alguna cosa que le perteneciera.

En conclusión, nos parece justificado inferir que en muchas partes del mundo el rey es el sucesor directo del antiguo mago o curandero. Cuando una determinada clase de hechiceros se ha diferenciado del resto de la comunidad y ésta le ha confiado funciones de las que se cree dependen la seguridad y el bienestar públicos, esos hombres alcanzan gradualmente la riqueza y el poder, hasta que los más destacados de ellos se convierten en reyes. Pero la gran revolución que comienza con una democracia y termina en el despotismo, va acompañada por una revolución intelectual que afecta a la vez al concepto y a las funciones de la realeza. A medida que avanza el tiempo, la falsedad de la magia se hace cada vez más evidente para las mentes esclarecidas y va siendo lentamente desplazada por la religión. En otras palabras, el mago cede su lugar al sacerdote, quien renuncia a ejercer el control directo de los procesos de la naturaleza en beneficio del hombre y busca obtener indirectamente el mismo fin invocando a los dioses para que hagan lo que él no puede hacer por sí mismo.

Por consiguiente, el rey, que ha comenzado como mago, tiende gradualmente a reemplazar la práctica mágica por las funciones sacerdotales de oración y sacrificios. Y aunque la distinción entre lo humano y lo divino es imperfecta, frecuentemente se ha imaginado que los hombres también pueden aspirar a la divinidad, no sólo después de morir, sino en vida, a través de la posesión temporal o permanente de todo su ser por un espíritu grande y poderoso. Ninguna clase social se ha beneficiado tanto como los reyes con esta creencia en una posible encarnación de un dios en una forma humana. La doctrina de esta encarnación y con ella la teoría de la divinidad de los reyes en el estricto significado de la palabra, constituyen el tema del próximo capítulo.

CAPITULO VII

LA ENCARNACION DE LOS DIOSSES

Los ejemplos de las creencias y prácticas de los pueblos más primitivos de la tierra, que hemos presentado en los capítulos anteriores son suficientes para demostrar que el hombre salvaje no puede reconocer las limitaciones de su poder sobre la naturaleza, lo que para nosotros resulta muy evidente. En una sociedad en la cual se supone que cualquier hombre está dotado en mayor o menor medida de poderes que podríamos llamar sobrenaturales, es obvio que la diferencia entre dioses y hombres sea de algún modo difusa o mejor, escasamente delimitada. El concepto de los dioses como seres sobrehumanos dotados de un poder que ningún hombre posee en ese grado y con esas características, se ha desarrollado lentamente en el curso de la Historia. Los pueblos primitivos no pensaban que los agentes sobrenaturales fueran más grandes que el hombre ni mucho menos, pues les era posible atemorizarlos o presionarlos para que cumplieran sus deseos. En este nivel del desarrollo intelectual el mundo se ve como una gran democracia. Se supone que todos los seres naturales o sobrenaturales se hallan en un tolerable plano de igualdad. Pero al desarrollarse sus conocimientos, el hombre aprendió a comprender claramente la inmensidad de la naturaleza y la pequeñez y debilidad de su presencia en ella. El reconocimiento de su fragilidad no implicó sin embargo la correspondiente creencia en la impotencia de esos seres sobrenaturales con que su imaginación pobló el universo. Por el contrario, su concepto de esos poderes se incrementó, porque la idea de que el mundo es un sistema de fuerzas impersonales que actúan conforme a leyes fijas e inmutables estaba aún muy lejos para iluminarlo o confundirlo. Seguramente ya tenía el germen de la idea y actuaba con él no sólo en la magia, sino en muchas de sus tareas de la vida cotidiana. Pero la idea permanecía sin desarrollarse, y cuando intenta explicar el mundo en que vivía lo describe como la manifestación de una voluntad consciente y de un agente personal. Si él se siente frágil y pequeño, ¡qué grandes y poderosos debían ser los seres que controlan la gigantesca maquinaria de la naturaleza! Por lo tanto, su viejo sentido de igualdad con los dioses se desvaneció lentamente y, al mismo tiempo, renunció a la esperanza de dirigir el curso de la naturaleza sólo con sus propios medios, es decir por la magia, y cada vez más consideró a los dioses como los únicos depositarios de esos poderes sobrenaturales que antes reivindicaba para él.

Por consiguiente, al avanzar el conocimiento, la oración y el sacrificio ocupan el primer lugar en el ritual religioso, mientras que la magia, que antes se hallaba en legítima igualdad con ellos, va desapareciendo gradualmente relegada hasta convertirse en un oficio diabólico. Ahora se la considera una usurpación a la vez vana e impía de la soberanía de los dioses. Además, choca con la firme oposición de los sacerdotes, cuyo prestigio e influencia sube o baja junto con la de sus dioses. Así, cuando surge la distinción en un período posterior, comprobamos que el sacrificio y la oración son los medios de la parte más piadosa y esclarecida de la sociedad, mientras que la magia es el refugio de los supersticiosos e ignorantes. Cuando poco más tarde el concepto de las fuerzas elementales como agentes personales cede su lugar al reconocimiento de la ley natural, la magia, basada implícitamente

en la idea de una necesaria e inmutable serie de causas y efectos independientes de la voluntad personal, resurge de la oscuridad y el descrédito en que había caído, y al investigar el orden de las series causales en la naturaleza prepara el camino a la ciencia. La alquimia lleva a la química.

La noción de un dios-hombre o de un ser humano dotado de poderes divinos y sobrenaturales pertenece esencialmente al período primitivo de la historia religiosa en el cual los dioses y los hombres eran considerados aún prácticamente como seres de la misma clase, antes de quedar separados por el abismo infranqueable que abre entre ellos el pensamiento posterior. Por extraña que pueda parecernos la idea de un dios encarnado en una forma humana, no debió serlo para los primeros hombres, que veían en un dios hombre o en un hombre dios sólo un grado más alto de los mismos poderes sobrehumanos que él se adjudicaba con toda buena fe. Pero no hacía una diferencia neta entre un dios y un poderoso mago. Frecuentemente, sus dioses eran sólo magos invisibles que, tras el velo de la naturaleza, actuaban con los mismos hechizos y conjuros empleados por los magos humanos con una forma visible y corpórea entre sus congéneres. Y como se cree comúnmente que los dioses se presentan ante sus adoradores con una forma de apariencia humana, resulta fácil para el mago, con sus supuestos poderes milagrosos, adquirir el prestigio de ser una deidad encarnada. Por lo tanto, así como comenzó siendo algo más que un simple conjurador, el curandero o mago tiende a convertirse en dios y rey al mismo tiempo. Pero, al hablar de él como un dios, debemos evitar asociar el concepto primitivo de deidad con las ideas abstractas y complejas que nosotros tenemos de ese término.

Nuestras ideas sobre esta profunda cuestión son el fruto de una larga evolución intelectual y moral y están muy lejos de ser compartidas por el salvaje, que ni siquiera puede entenderlas si se las explican.

Muchas de las ásperas controversias acerca de la religión de las razas inferiores se deben a mutuos malentendidos. El salvaje no puede comprender el pensamiento del hombre civilizado, y pocos hombres civilizados comprenden los pensamientos de un salvaje. Cuando el salvaje pronuncia su palabra dios, imagina un ser de una determinada clase; cuando el hombre civilizado usa su palabra dios piensa en un ser de una clase muy diferente y, como suele suceder, si los dos hombres son igualmente incapaces de situarse en el punto de vista del otro, el resultado de sus discusiones será sólo la confusión y los errores. Si nosotros, como hombres civilizados, insistimos en limitar el nombre de Dios al concepto particular de la naturaleza divina que nos hemos formado, debemos confesar entonces rotundamente que el salvaje no tiene dios. Pero comprenderemos con mayor precisión los hechos de la historia si admitimos que la mayor parte de los más salvajes tienen al menos una noción rudimentaria de ciertos seres sobrenaturales que bien pueden llamarse dioses, aunque no sea con todo el sentido con que usamos esta palabra. Esta noción rudimentaria representa muy probablemente el germen a partir del cual los pueblos civilizados han evolucionado gradualmente hasta Regar a su elevado concepto de deidad. Si pudiéramos seguir todo el recorrido del desarrollo religioso, veríamos que la cadena que une nuestra idea de Dios con la del salvaje es continua e inquebrantable.

Tras estas explicaciones y salvedades, daremos ahora algunos ejemplos de dioses cuyos adoradores creen que se han encarnado en seres humanos vivos, hombres o mujeres. Las

personas en las cuales se supone se revela la deidad no siempre son reyes o sus descendientes, ya que ello puede producirse incluso en hombres de modesta condición. En la India, por ejemplo, un dios humano comenzó su vida como blanqueador de algodón y otro como hijo de un carpintero. No vamos a dar sólo ejemplos de personajes de la realeza, porque deseamos explicitar el principio general de la deificación de los hombres vivos, en otras palabras la encarnación de una deidad en una forma humana. Los dioses encarnados son frecuentes en las sociedades primitivas. La encarnación puede ser temporaria o permanente. En el primer caso, la encarnación —comúnmente conocida como inspiración o posesión— se revela como un conocimiento natural antes que como un poder natural. En otros términos, sus manifestaciones son la adivinación y la profecía antes que los milagros. En el segundo caso, cuando la encarnación no es sólo temporaria, cuando el espíritu divino se aloja permanentemente en un cuerpo humano, se espera por lo general que justifique su carácter haciendo milagros. Pero debemos recordar que en esta etapa del pensamiento los milagros no se consideraban infracciones de la ley natural, ya que, al no concebir la existencia de esta ley, el hombre primitivo no podía pensar en su infracción. Para él, un milagro es sólo una asombrosa y excepcional manifestación de un poder común.

La creencia en una encarnación temporaria o inspiración es universal. Se supone que ciertas personas son poseídas de vez en cuando por un espíritu o deidad. Mientras la posesión se mantiene, la propia personalidad se suspende, y la presencia del espíritu se manifiesta por temblores convulsivos y sacudidas de todo el cuerpo, por ademanes bruscos y miradas excitadas, lo que no se atribuye a la persona misma sino al espíritu que ha penetrado en ella. En este estado anormal, todo lo que dice se considera como la voz del dios o espíritu que lleva en sí y que habla a través de ella. Por ejemplo, en las islas Sandwich, el rey, personificando al dios, daba las respuestas del oráculo oculto en una construcción de tejido de mimbre, pero en las islas del sur del Pacífico el dios frecuentemente entraba en el sacerdote quien, poseído por la divinidad, dejaba de actuar y hablar como un agente voluntario para moverse y hablar totalmente bajo la influencia sobrenatural. En este sentido, hay una sorprendente semejanza entre los primitivos oráculos de los polinesios y los de las famosas naciones de la antigua Grecia. Cuando se suponía que el dios entraba en el sacerdote, éste se agitaba violentamente hasta llegar a un aparente frenesí. Los músculos de los miembros se contraían enérgicamente, el cuerpo entraba en convulsiones, la fisonomía se alteraba horriblemente, las facciones se endurecían y los ojos se extraviaban. En ese estado, el sacerdote rodaba a veces por el suelo, echando espuma por la boca, como si se resistiera, por influjo de la divinidad que lo poseía y, al emitir gritos agudos y fuertes y también sonidos ininteligibles, revelaba la voluntad del dios. Los sacerdotes que lo acompañaban, versados en los misterios, recibían e informaban al pueblo las declaraciones así recibidas. Cuando el sacerdote ya había dado la respuesta del oráculo, el vicio paroxístico cedía gradualmente hasta llegar a una serenidad relativa. Pero no siempre el dios lo abandonaba después de terminada la comunicación divina. A veces el mismo taura, o sacerdote, continuaba poseído por el espíritu o deidad durante dos o tres días. Un trozo de tela autóctona de determinada clase anudado en el brazo, indicaba la inspiración o la permanencia del dios en el individuo que lo llevaba. Durante este período los actos del hombre, en este caso, se consideraban como del dios mismo. De ahí la atención que se daba a sus expresiones y a todo su

comportamiento (...) Cuando estaba *uruhia* (bajo la inspiración del espíritu), el sacerdote era considerado siempre tan sagrado como el dios, y durante este período se lo llamaba *atua*, mientras que en los otros momentos se lo llamaba solamente *taura* o sacerdote. ” Los ejemplos de esta inspiración temporaria son comunes en todas partes del mundo y hoy resultan conocidos a través de los libros de etnología, razón por la cual no es necesario abundar en ellos. Pero conviene referirse a dos formas particulares de producir la inspiración, porque tal vez sean menos conocidas que otras y porque habremos de referirnos a ellas más adelante. Una de esas formas consiste en succionar la sangre fresca de una víctima sacrificada. En el templo de Apolo Diradiotes, en Argos, se sacrificaba un cordero por la noche una vez por mes, y una mujer, que había observado la regla de la castidad, bebía la sangre del animal y así inspirada por el dios, profetizaba o adivinaba. En Egira, Achaia, la sacerdotisa de la tierra bebía la sangre fresca de un toro mientras descendía a una cueva para profetizar. Análogamente, entre los kuruvikaranos, una clase de cazadores de pájaros y de mendigos del sur de la India, se cree que la diosa Kali desciende sobre el sacerdote que da las respuestas del oráculo después de beber la sangre del cuello cortado de una cabra. En una ceremonia de los alfoores de Minahassa, en las islas Célebes del norte, se mata un cerdo y el sacerdote se arroja furiosamente sobre el cadáver y bebe la sangre. Después lo sacan a la fuerza y lo sientan en una silla, donde comienza a predecir cómo será la cosecha de arroz ese año. Luego vuelve al cadáver y bebe sangre hasta que es obligado a sentarse otra vez en la silla y continúa sus profecías. Se piensa que hay en él un espíritu que tiene el poder de profetizar.

La otra forma de producir la inspiración temporaria consiste en usar un árbol o una planta sagrados. Así, los hindu-kuss encienden una hoguera con ramas de cedro sagrado y entonces la Damyal o Sibila, con una tela cubriéndole la cabeza, inhala el humo denso y acre hasta caer desvanecida al suelo en medio de convulsiones.

Rápidamente se levanta y entona un canto con voz aguda que enseguida repiten ruidosamente los presentes. También la sacerdotisa de Apolo comía el laurel sagrado y era sahumada con él antes de profetizar. Las bacantes comían hiedra, y algunos atribuían su furia inspirada a las propiedades excitantes e intoxicantes de esa planta. En Uganda, el sacerdote, para ser inspirado por sí, dios, fuma furiosamente tabaco en una pipa hasta caer en un estado de frenesí. Habla entonces con el tono excitado y estentóreo que se reconoce como la voz del dios que surge a través de él. En Madura, una isla de la costa norte de Java, cada espíritu tiene su *mediam* particular, que suele ser más frecuentemente una mujer que un hombre. A fin de recibir el espíritu, ella inhala humo de incienso, sentada, con la cabeza sobre el incensario. Entra así paulatinamente en una especie de trance acompañado de gritos, muecas y violentos espasmos. Se supone entonces que el espíritu ha entrado en ella y, cuando logra calmarse, sus palabras se consideran oraculares por ser emitidas por el espíritu que la posee, mientras su alma está momentáneamente ausente.

Se supone que la persona inspirada temporariamente no sólo adquiere sabiduría divina sino también, al menos ocasionalmente, poder divino. Cuando se produce una epidemia en Camboya, los habitantes de varias aldeas se reúnen y, encabezados por una banda de música, van a buscar al hombre que suponen elegido por el dios local para su encarnación temporaria. Una vez que lo encuentran, lo llevan hasta el altar del dios, donde se realiza el

misterio de la encarnación. Desde ese momento, el hombre se convierte en objeto de veneración de sus compañeros, que le imploran que proteja al pueblo de la plaga. Se creía que cierta imagen de Apolo que había en una gruta sagrada en Hyla, cerca de Magnesia, transmitía energías sobrehumanas, y los hombres inspirados por ella podían arrojar a los precipicios, arrancar árboles de raíz y llevarlos sobre los hombros por estrechos desfiladeros. Las proezas realizadas por los derchives inspirados son de la misma clase.

Hemos visto que el salvaje no puede discernir los límites de su capacidad de controlar la naturaleza, y piensa que él y todos los hombres tienen poderes especiales que podríamos llamar sobrenaturales.

Además, hemos visto que, aparte de este sobrenaturalismo general, se supone que algunas personas son inspiradas durante breves períodos por un espíritu divino, y pueden gozar así de la sabiduría y poder de la deidad que las posee. Estas creencias están muy cerca de la convicción de que algunos hombres están permanentemente poseídos por una deidad o han sido dotados, por medios indefinidos, de poderes sobrenaturales en tan alto grado, como para ser elevados a la categoría de dioses y ser honrados con oraciones y sacrificios. A veces, estos dioses humanos se limitan exclusivamente a ejercer funciones sobrenaturales y espirituales, pero en otras ocasiones ejercen también el supremo poder político. En este último caso, son al mismo tiempo reyes y dioses, y el gobierno es una teocracia. Así, en las Marquesas o islas Washington, había una clase de hombres que eran deificados en vida. Se creía que ellos tenían un poder 1 sobrenatural sobre los elementos, y que podían dar abundantes cosechas o hacer estéril la tierra, y producir enfermedades o la muerte. Se les hacían sacrificios humanos para aplacar sus iras.

No eran muchos, a lo sumo uno o dos en cada isla. Vivían en reclusión mística y sus poderes eran a veces hereditarios, aunque no siempre. Un misionero que los observó personalmente hizo una descripción de uno de ellos. El dios era un hombre muy viejo que vivía en una casa grande rodeada por un cerco. En su interior había una especie de altar y de las vigas de la casa y de los árboles de los alrededores colgaban esqueletos humanos con la cabeza para abajo. Nadie podía pasar el cerco, con excepción de las personas dedicadas al servicio del dios. El pueblo únicamente podía ingresar al recinto cuando se hacían sacrificios humanos.

El hombre dios era objeto de más sacrificios que todos los otros dioses. A menudo se sentaba en una especie de grada delante de su casa y pedía dos o tres víctimas a la vez. Siempre le obedecían por el extremo temor que inspiraba. Era invocado en toda la isla y recibía ofrendas de todas partes. En las islas de los mares del sur se decía también que en cada una de ellas había generalmente un hombre que representaba o personificaba a la deidad. El dios humano era a veces el mismo rey y, con mayor frecuencia, el sacerdote o el jefe subordinado. Los antiguos egipcios no limitaron su adoración a los gatos, perros y otros animales, sino que la extendieron también al hombre. Una de esas deidades humanas residía en la aldea de Anabis, y era objeto de sacrificios en los altares, después de los cuales, dice Porfirio, se sentaba a cenar como cualquier mortal.

En la antigüedad clásica, Empédocles, el filósofo siciliano, se consideraba a sí mismo no como un simple hechicero sino como un dios, y dirigiéndose a sus coterráneos, dice en verso: *¡Oh amigos, en esta gran ciudad que se extiende sobre la falda dorada de la ciudadela de Agrigento, donde hacéis de las buenas obras vuestro objetivo, y ofrecéis al forastero un*

puerto plácido y bello.

¡Os saludo! Camino honrado y orgulloso entre vosotros, con guirnaldas, las floridas guirnaldas con que coronáis mi noble frente, que no es la de un mortal, sino ahora la de un dios inmortal.

Por donde voy, la gente se agrupa a mi alrededor y me rinde culto, y miles de personas me siguen para encontrar el buen camino Algunos piden visiones proféticas y otros, con angustia y dolor, quieren oír palabras de consuelo y dejar de sufrir.

Empédocles afirmaba que podía enseñar a sus discípulos a hacer soplar el viento o detenerlo, hacer la lluvia o el buen tiempo, alejar las enfermedades y la vejez, y resucitar a los muertos. Cuando Demetrio Poliorcetes restauró la democracia ateniense en el año 307 a C, los atenienses le rindieron honores divinos a él y a su padre Antígono, que llevaban en vida el título de dioses salvadores. Se erigieron altares a los salvadores y fue designado un sacerdote para los oficios. El pueblo fue al encuentro de su libertador, entonando himnos y bailando, con guirnaldas, incienso y libaciones, y reunido en las calles, cantaba aclamándolo como el único y auténtico dios, porque los otros dioses dormían, vivían muy lejos o no lo eran. Los siguientes versos de un poeta contemporáneo fueron cantados en público y en privado:

Los más grandes y amados de todos los dioses han llegado a la ciudad.

Démeter y Demetrio se han reunido aquí.

Vienen a presidir los solemnes ritos de la virgen,

y el hermoso, feliz y sonriente, como corresponde a un dios.

Glorioso espectáculo, junto con todos sus amigos, y él en el centro.

Ellos parecen estrellas, y él el sol Hijo de Poseidón,

el poderoso, hijo de Afrodita, te aclamamos!

Los otros dioses viven muy lejos, no tienen oídos, o no existen o nos desprecian.

Pero a tí te tenemos presente.

No eres el dios de madera o de piedra, sino el dios verdadero.

Por eso te oramos.

Los antiguos germanos creían que había algo sagrado en las mujeres y por eso las consultaban como oráculos. Se dice que sus mujeres sagradas observaban la corriente de los ríos y escuchaban su murmullo o fragor y que predecían por su aspecto o sonido lo que iba a suceder. Pero frecuentemente la veneración de los hombres iba más allá, y rendían culto a las mujeres como si fueran verdaderas diosas vivientes. Por ejemplo, durante el reinado de Vespasiano, una tal Veleda, de la tribu de los bructeri, fue reconocida como diosa, con ese carácter reinó sobre su pueblo y su prestigio se extendió ampliamente. Vivía en una torre sobre el río Lippe, un afluente del Rhin. Cuando el pueblo de Colonia quiso concertar un tratado con ella, se negó a recibir a los embajadores, y las negociaciones fueron presididas por un ministro que actuó como intérprete de la deidad y les dio a conocer las predicciones de sus oráculos. Este ejemplo muestra con qué facilidad nuestros rústicos antepasados unían las ideas de dios y de rey. Se dice que en los comienzos de nuestra era los gétulos tenían siempre un hombre que personificaba a un dios, y era llamado Dios por el pueblo. Vivía en

una montaña sagrada y se desempeñaba como consejero del rey.

Según el antiguo historiador portugués, Dos Santos, los zimbos o muzimbos, un pueblo del sudeste de África, "no adoran ídolos ni reconocen a ningún dios, pero veneran y honran en cambio a su rey, a quien consideran una divinidad, y dicen que es el más grande y el mejor del mundo. El rey por su parte dice que él es el único dios de la tierra y por esa razón si llueve cuando no lo desea o cuando hace mucho calor, dispara flechas contra el cielo por no obedecerlo". Los mashona del sur de África informaron a su obispo que anteriormente tenían un dios, pero que los matabeles lo expulsaron (...)

Esto último era una referencia a una curiosa costumbre existente en algunas aldeas donde había un hombre a quien llamaban su dios. Al parecer, la gente lo consultaba y le llevaba regalos. Hace tiempo, había uno de esos hombres en una aldea perteneciente al jefe Magondi, y nos pidieron que no disparásemos los fusiles en las inmediaciones del lugar para no ahuyentarlo". Ese dios mashona había sido obligado anteriormente a pagar un tributo anual al rey de los matabeles, consistente en cuatro bueyes negros y un baile. Un misionero vio y describió a la deidad cuando pagaba la última parte de su deuda frente a la choza real. Durante tres horas interminables, al compás de un tamboril y de castañuelas y entonando un canto monótono, el moreno dios se entregó sin interrupción a una danza frenética, sudando como un cerdo y saltando con una agilidad que mostraba la fuerza y elasticidad de sus piernas divinas.

Los baganda del África central creían en un dios del lago Nyassa que a veces residía en el cuerpo de un hombre o de una mujer. El dios encarnado era muy temido por todo el pueblo, incluyendo al rey y a los jefes. Al producirse el misterio de la encarnación, hombre, o mejor el dios, se alejaba unos dos kilómetros y medio de las orillas del lago y allí esperaba la aparición de la luna nueva antes de entregarse a sus deberes sagrados. Cuando la luna nueva aparecía apenas en el cielo, el rey y todos sus súbditos iban a ponerse a las órdenes del hombre divino o Lubare (dios) , como lo llamaban, cuya autoridad era suprema, no sólo en materia de fe y de ceremonias, sino en cuestiones de guerra y política de estado. Se lo consultaba como a un oráculo. Su palabra podía producir enfermedades, dar la salud, impedir la lluvia o provocar el hambre. Recibía grandes regalos cuando se lo consultaba. El jefe de Urua, una extensa región situada al oeste del lago Tanganika, "se arroga honores y poderes divinos y se abstiene de comer durante varios días sin sentir necesidad de hacerlo, y afirma también que por ser un dios está muy por encima de esas necesidades y que sólo come, bebe y fuma por puro placer". Entre los gallas, cuando una mujer se siente fatigada por sus tareas domésticas, comienza a hablar incoherentemente y se comporta de manera extravagante, es el indicio del descenso en ella de Callo, el espíritu sagrado.

Inmediatamente, su marido se postraba a sus pies y la adora, y ella deja de llamarse modestamente señora y pasa a llamarse "señor". Las tareas domésticas ya no le corresponden y sus deseos son una ley divina.

El rey de Loango es honrado por su pueblo "como si fuera un dios? , y lo llaman Sambee y Pango, que significan dios. Se cree que puede hacer la lluvia cuando lo desea, y una vez al año, en la época de las lluvias en diciembre, el pueblo se dirige a él para que las produzca". Entonces el rey, sentado en su trono, dispara una flecha al aire y se supone que traerá la lluvia. Muy parecido es lo que se dice del rey de Mombassa.

El rey de Benin era el principal objeto de culto en sus dominios hasta que hace pocos años su reinado espiritual sobre la tierra terminó abruptamente por las armas materiales de los marinos y soldados ingleses. "El ocupa un lugar más importante que el Papa en las naciones de la Europa católica, porque no sólo es el representante de Dios en la tierra, sino el dios mismo, y sus súbditos lo obedecen y adoran al mismo tiempo, aunque yo pienso que su adoración nace del miedo antes que del amor". El rey de Iddah dijo a los oficiales ingleses de la expedición del Níger: "Dios me hizo a su imagen, y yo soy todo el mismo dios, y él me hizo rey".

Un monarca de Birmania particularmente sanguinario, llamado Badonsachen, cuya fisonomía evidenciaba la innata ferocidad de su carácter y en cuyo reinado hubo más víctimas que perecieron ejecutadas que en una guerra, creyó ser algo más que un mortal y que esta alta distinción le había sido concedida como recompensa de sus numerosas buenas acciones. Por consiguiente, resolvió prescindir de su título de rey y convertirse por sí mismo en dios. Con esa intención, y a semejanza de Buda, que antes de ser dios abandonó el palacio real y su harén retirándose del mundo, Badonsachen dejó su palacio por una enorme pagoda, la más grande del imperio, que había ordenado construir muchos años atrás. Allí, en conversaciones con los monjes más eruditos, trató de convencerlos de que ya habían transcurrido los cinco mil años previstos para la obediencia de la ley de Buda, y que él mismo era el dios destinado a surgir al término de ese período, instándolos entonces a abolir la antigua ley y a reemplazarla por la suya. Pero, para su gran humillación, muchos de los monjes se empeñaron en demostrarle lo contrario. Esta desilusión, combinada con su amor por el poder y su impaciencia ante las restricciones de una vida ascética, pronto le hicieron desistir de su imaginaria divinidad y regresara su palacio y su harén. El rey de Siam "es venerado lo mismo que una divinidad, sus súbditos no lo miran de frente, se postran a sus pies cuando pasa y se presentan ante él arrodillados y con los codos en el suelo". Hay un lenguaje especial destinado a su sagrada persona que deben usar todos los que hablen con él o de él. Los mismos naturales encuentran dificultades para dominar este peculiar vocabulario.

Los cabellos del monarca, la planta de sus pies, el aliento de su cuerpo y también los menores detalles de su persona y sus características internas o externas, tiene un nombre especial. Hay palabras para indicar que come, bebe, duerme o pasea, y denotan que estos actos son realizados por el soberano. Estos términos no pueden aplicarse a los actos de ninguna otra persona. No hay en la lengua siamesa una palabra de mayor categoría y dignidad que la que define al monarca. Cuando hablan de Dios, se ven obligados a usar la palabra autóctona de rey.

Pero quizá no hay en el mundo un país más prolífico en dioses humanos como la India. En ninguna parte la gracia divina ha sido tan pródiga y liberal en todas las clases sociales, desde los reyes hasta los lecheros. Así, entre los todas, un pueblo de pastores de las montañas de Neigherry, al sur de la India, el establo es un santuario, y el lechero que lo cuida es considerado un dios. Al preguntarle a uno de esos lecheros divinos si los todas saludaban al sol, él respondió: "Mis pobres vecinos lo hacen, pero yo, un dios, ¿por qué tengo que saludar al sol? ". Todos, hasta su propio padre, se postran ante el lechero y nadie osaría negarle nada. Ningún ser humano, excepto otro lechero, puede tocarlo, y él trasmite el oráculo a todos los que lo consultan, hablando con la voz de un dios.

También en la India, "todo rey es considerado poco menos que un dios presente. El código de Leyes de Manu llega aún más lejos, y dice que "un rey niño no debe ser menospreciado con la idea de que es un simple mortal, porque es una gran deidad en un cuerpo humano. "Se dice que hay una secta de Orissa que años atrás rindió culto a la reina Victoria, mientras vivió, como divinidad principal. Y hoy núsino en la India, todas las personas notables por su gran capacidad o valor, o por sus supuestos poderes milagrosos, corren el riesgo de ser adoradas como dioses.

Por ejemplo, una secta de Panjab rindió culto a una divinidad llamada Nikkaí Sen, que era nada menos que el temible general Nicholson, y nada de lo que éste pudiera hacer o decir, disminuía el fervor de sus adoradores. Cuanto más los castigaba, tanto mayor era el temor religioso con que lo adoraban. No hace muchos años, en Benarés, una famosa deidad se encarnó en un distinguido caballero hindú que tenía el eufónico nombre de Swan: ii Bliaskaranandaji Saraswati, de un notable parecido con el extinto cardenal Manning, aunque más ingenuo. Sus ojos brillaban con un cálido interés humano y, por lo que se dice, aceptaba con inocente placer los honores divinos que le ofrecían sus confiados adoradores.

En Chinclivad, una pequeña ciudad situada a unos dieciséis kilómetros de Poona, en el oeste de la India, un gran número de mahrattas cree que en cada generación de una familia que vive allí hay un individuo que es la encarnación de Gimputty, el dios de cabeza de elefante. Esta célebre deidad encarnó por primera vez en 1640 en la persona del brahmán de Poona llamado Mooraba Gossey, que buscaba su salvación por la abstinencia, la mortificación y la oración. Su piedad fue recompensada. El dios mismo se le apareció en una visión nocturna y le prometió que una parte de él, es decir del sagrado espíritu de Gunputty, residiría en su cuerpo y en sus descendientes hasta la séptima generación. La promesa divina se cumplió y, de padre a hijo, siete generaciones sucesivas irradiaron la luz de Gunputty en un mundo oscuro. El último de la línea directa de sucesión fue un dios obeso, muy miope, fallecido en 1810. Pero la causa de la verdad era demasiado sagrada y el valor de las propiedades de la iglesia demasiado considerable para permitir a los brahmanes comprender con ecuanimidad la irreparable pérdida que significaba para un mundo no conocer a Gunputty. Por consiguiente, los brahmanes buscaron y encontraron un sagrado recipiente en el cual el maestro se revelara de nuevo, y afortunadamente la revelación continuó en una ininterrumpida sucesión de encarnaciones desde entonces hasta ahora. Pero una ley misteriosa de la economía espiritual, cuya vigencia en la historia de la religión podemos lamentar aunque no modificar, dispone que los milagros hechos por el hombre-dios en estos días perversos no pueden compararse con los que hicieron sus antecesores en tiempos pasados. Se dice así que la única señal que el dios humano trasmite a esta generación de víboras es el milagro de dar de comer a la multitud que anualmente se reúne para cenar en Chinclivad.

Una secta hindú, con muchos representantes en Bombay y en el centro de la India, sostiene que sus jefes espirituales o maharajás, como los llaman, son los representantes e incluso las encarnaciones del dios Krislina en el mundo, y como este dios nos mira desde el cielo, y con mayor fervor a los que proveen a las necesidades de sus sucesores y vicarios en la tierra, se ha instituido un rito especial llamado autodevoción, consistente en la entrega de sus cuerpos y sus almas por parte de los fieles, y lo que quizás es más importante, de sus bienes materiales a sus adoradas reencarnaciones. Se enseña a las mujeres que la bendición para

ellas y sus familias, puede obtenerse amando a estos seres en los que la naturaleza divina coexiste misteriosamente con la forma e incluso con los apetitos verdaderamente humanos. El propio cristianismo no siempre ha podido escapar de estas ilusiones poco felices, y realmente ha sido mancillado a menudo por las extravagancias de vanos aspirantes a una divinidad igual y aun superior a la de su gran fundador. En el siglo II, Montano el Frigio se proclamó como la encarnación de la Trinidad, uniendo en su sola persona a Dios Padre, Hijo y el Espíritu Santo, y no es éste el único caso, ni tampoco la exorbitante pretensión de una mente desequilibrada. Desde los primeros tiempos hasta el presente muchas sectas han creído que Cristo y hasta Dios mismo, está encarnado en todos los cristianos realmente iniciados, y esta creencia ha nevado a la lógica conclusión de amarse los unos a los otros. Tertuliano refiere que esto sucedía entre sus compañeros cristianos de Cartago en el siglo II; los discípulos de San Columba le rindieron culto a éste por considerarlo una personificación de Cristo, y, en el siglo VIII, Elipando de Toledo habló de Cristo como "un dios entre los dioses", lo que significaba que todos los creyentes eran dioses en la misma medida y con la misma verdad que el propio Cristo. La adoración de los unos a los otros era habitual entre los albigenses, como lo demuestran cientos de veces los archivos de la Inquisición de Tolosa, de comienzos del siglo XIV.

En el siglo XIII surgió una secta llamada los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu, que sostenía que, a través de largas y frecuentes contemplaciones, toda persona podía unirse de inefable manera con la divinidad y llegar así al origen y causa de todas las cosas, de modo que aquel que hubiese ascendido a Dios y absorbido su beatífica esencia, de hecho pasaba a formar parte de la Divinidad, como Hijo de Dios, en el mismo sentido y modo que el propio Cristo gozando por consiguiente de una sublime inmunidad con respecto a las trabas de todas las leyes humanas o divinas. Así, interiormente transportados por sus sagradas convicciones, aunque mostrando exteriormente un aspecto y maneras de maniáticos y de dementes los sectarios iban de un lado a otro, extrañamente vestidos, mendigando su pan entre clamores y gritos destemplados, rechazando indignados todo tipo de trabajo u oficio honesto, por considerarlos un obstáculo para la contemplación divina y la ascensión de las almas hacia el Padre espiritual. En todas sus andanzas, eran seguidos por mujeres con quienes vivían en la más estrecha intimidad.

Aquellos que creían haber logrado la mayor perfección en su vida espiritual superior prescindían de sus ropas en sus reuniones, por considerar que la decencia y el pudor eran señales de corrupción interior propias de un alma que aún se arrastraba bajo el dominio de la carne y no se había elevado a la comunión con el espíritu divino, su centro y origen. A veces su marcha hacia la comunión mística se aceleraba gracias a la Inquisición, y morían en las llamas de la hoguera, no sólo con inefable serenidad, sino con las más evidentes muestras de triunfo, gozo y alegría.

Alrededor de 1830, en un estado de la Unión Americana limítrofe con Kentucky, apareció un impostor que decía ser hijo de Dios, el salvador de la humanidad, que había reaparecido sobre la tierra para llamar a los impiadosos, incrédulos y pecadores al cumplimiento de sus deberes, y aseguraba que si ellos no se enmendaban en un plazo determinado, daría una señal y de inmediato el mundo caería a pedazos. Estas extravagantes pretensiones fueron favorablemente acogidas por personas de fortuna y de alta posición social.

Al final, un alemán de modesta condición pidió al nuevo mesías que anunciara la terrible catástrofe en alemán a sus compañeros campesinos que no entendían el inglés, pues sería lamentable que fueran condenados por no saberlo. El presunto salvador confesó entonces con gran candor que no sabía alemán.

"¿Cómo? —replicó el alemán—, ¿eres el hijo de Dios y no hablas todas las lenguas, ni siquiera el alemán? Ven, ven, eres un bribón, un hipócrita y un loco. Tu lugar está en el manicomio". Los espectadores rieron y se alejaron avergonzados de su credulidad.

A veces, cuando muere la encarnación humana, el espíritu divino trasmigra a otro hombre. Los tártaros budistas creen en numerosos Budas vivientes que offician como grandes Lamas al frente de los más importantes monasterios. Cuando muere un Gran Lama sus discípulos no se apenan porque saben que pronto reaparecerá naciendo en el cuerpo de un niño. Su única ansiedad es descubrir el lugar del nacimiento. Si en ese momento ven el arco iris lo interpretan como una señal hecha por el Lama difunto para guiarlos hacia la cuna. A veces el niño mismo revela su identidad. "Yo soy el Gran Lama —dice—, el Buda viviente de tal o cual templo. Llévame a mi antiguo monasterio. Yo soy su cabeza inmortal. De todos modos, ya sea que el lugar de nacimiento del Buda haya sido revelado por él mismo o por signos en el cielo, los felices peregrinos encabezados frecuentemente por el rey o por alguno de los miembros más ilustres de la familia real, parten para encontrar y traer al niño dios a su casa. Generalmente, suele nacer en el Tibet, la tierra santa, y para llegar al lugar donde se encuentra, la caravana debe atravesar a menudo los más inhóspitos desiertos. Cuando encuentran finalmente al niño, se arrodillan ante él y lo adoran. Pero, antes de ser reconocido como el Gran Lama, deben asegurarse de su identidad. Así, preguntan al niño cuál es el nombre del templo del cual es el jefe, a qué distancia se encuentran y cuántos monjes viven en él. También debe describir las costumbres del difunto Gran Lama y la forma como murió. Después colocan delante del niño —varias cosas, como libros de oraciones, teteras y tazas, y él debe decir cuáles usaba en su vida anterior. Si hace todo eso sin cometer errores, es reconocido y llevado triunfalmente al monasterio. A la cabeza de todos los lamas se halla el Dalai Lama de Lhasa, la Roma del Tibet. Se lo considera un dios viviente y, cuando muere, su inmortal espíritu divino vuelve a nacer en un niño. Según algunos documentos la forma de descubrir al Dalai Lama es similar a la descrita para encontrar cualquier Gran Lama. Otras fuentes hablan de una elección por votación, introduciendo papeletas en un cántaro dorado. Cuando nace, los árboles y las plantas se cubren de hojas verdes y florecen, surgen manantiales, y su presencia difunde bendiciones celestiales.

Pero esto no significa que sea el único hombre que pasa por ser dios en estas regiones. En el *Li-fan-yiian*, u oficina colonial de Pekín, hay un registro de todos los dioses encarnados del Imperio Chino. El número de dioses con licencia de tales es de 0. Tibet es bendecido con treinta de ellos; Mongolia del Norte con 19, y Mongolia del Sur, que siempre tiene el cielo despejado, con no menos de 57. El gobierno chino, con una preocupación paternal por el bienestar de sus súbditos, prohíbe a los dioses registrados volver a nacer fuera del Tibet, por temor de que el nacimiento de un dios en Mongolia tenga serias consecuencias políticas al despertar el aletargado patriotismo y el espíritu belicoso de los mongoles, y ellos puedan reagruparse alrededor de una ambiciosa diosa nativa y de linaje real, e intentar conquistar para ella y, a punta de espada, tanto el reino material como el espiritual. Pero junto con esos

dioses públicos con licencia de tales, hay muchos pequeños dioses privados o no registrados que hacen milagros y bendicen a la gente en sus reductos y escondites. En los últimos años, el gobierno chino ha tolerado que estos pequeños dioses vuelvan a nacer fuera del Tibet. No obstante, una vez que nacen, el gobierno mantiene una estricta vigilancia tanto sobre ellos como sobre los dioses registrados, y si alguno no se comporta como corresponde, inmediatamente es desterrado a un monasterio lejano y se le prohíbe para siempre renacer en otra persona.

De nuestra investigación de la función religiosa ejercida por el rey en las sociedades primitivas, puede deducirse que la reclamación de los poderes divinos y sobrenaturales por parte de los monarcas de los grandes imperios históricos como Egipto, México y Perú, fue simplemente una supervivencia y extensión de la antigua y salvaje apoteosis de la vida de los reyes, y no la mera consecuencia de una extrema vanidad o la expresión vacía de un rastrero servilismo. Por ejemplo, los incas del Perú, como hijos del sol, eran honrados como dioses, no podían equivocarse y nadie podía pensar en dañar u ofender a la persona, el honor y la propiedad del monarca. ni de cualquiera de los miembros de la familia real. Por esta razón, los incas no pensaban, como muchos, que la enfermedad fuese un mal. La consideraban un mensajero enviado por su padre, el sol, que los llamaba para que fueran con él y descansaran en el cielo. De ahí las palabras de rigor que pronunciaba el inca al acercarse su fin: "Mi padre me llama para que vaya y descance junto a él". No se oponían a la voluntad de su padre ofreciendo sacrificios para mejorar su salud, sino que declaraban abiertamente que los llamaba para descansar.

Al pasar de los valles cálidos a las altiplanicies de las Andes colombianas, los conquistadores españoles se sorprendieron al encontrar no ya las hordas salvajes que habían visto antes en las selvas sofocantes, sino un pueblo con un alto grado de civilización, dedicado a la agricultura, y con un gobierno que Humboldt comparó con las teocracias del Tibet y Japón. Eran los chibchas, muiscas o mozcas, divididos en dos reinos con las capitales en Bogotá y en Tunja, pero aparentemente unidos por la adhesión espiritual al gran pontífice de Sogamozo o Traca. Tras un largo y ascético noviciado, este gobernante espiritual era famoso por haber adquirido tanta santidad que las aguas y las lluvias le obedecían y el tiempo dependía de su voluntad. Como ya hemos visto, los reyes mexicanos, al ascender al trono, prometían bajo juramento hacer brillar el sol, proveer nubes para la lluvia, hacer correr los ríos y que la tierra diera frutos en abundancia. Sabemos también que Moctezuma, el último rey de México, era adorado por su pueblo como un dios. Los primeros reyes babilónicos, desde los tiempos de Sargón I hasta la cuarta dinastía de Ur o más tarde, se proclamaban dioses vivientes. Los monarcas de la cuarta dinastía de Ur, en especial, tenían templos construidos en su honor, hicieron poner sus estatuas en varios santuarios y ordenaban al pueblo que hiciera sacrificios ante ellas. El octavo mes se dedicaba especialmente a los reyes, y se les ofrecían sacrificios en luna nueva y el día quince de cada mes.

Los monarcas partos, de la casa de los Arsácidas, también se consideraban hermanos del sol y de la luna y eran venerados como dioses. Golpear en una riña a cualquiera de los miembros de la familia de los Arsácidas era considerado un sacrilegio.

Los reyes de Egipto fueron dioses en vida. Se les ofrecían sacrificios y su culto se celebraba en templos especiales, oficiado por sacerdotes también especiales. En realidad, el culto de los

reyes era a veces más importante que el de los dioses mismos.

Así, durante el reinado de Merenra, un alto funcionario declaró que había construido muchos lugares sagrados para que los espíritus del rey, el inmortal Merenra, pudieran ser invocados "más que los otros dioses". "Nunca se dudó que el rey se arrogaba una verdadera divinidad. El era el gran dios, el "dorado Horus", y el hijo de Ra. No sólo se adjudicaba autoridad sobre Egipto, sino también sobre todos los países y naciones del mundo entero, a lo largo y a lo ancho, de este a oeste; todo lo comprendido en el ciclo completo del sol, "el cielo y cuanto esté en él, la tierra y todo lo que está sobre ella", todos los seres que caminan en dos o en cuatro patas, todo lo que vuela o flota; el mundo entero le ofrenda sus productos. De hecho, todo lo que pudiera decirse del dios sol era dogmáticamente aplicable al rey de Egipto. Sus títulos provenían directamente del dios sol." "En el curso de su vida" hemos dicho, "el rey de Egipto agotaba todas las concepciones posibles de divinidad que los egipcios habían imaginando para ellos: un dios sobrehumano por nacimiento y por su oficio real que después de su muerte pasaba a ser un hombre convertido en dios. Todo lo que se sabía acerca de lo divino se concretaba así en él.

Concluimos aquí nuestro esbozo, pero nada más que un esbozo, de la evolución de la monarquía sagrada que alcanzó su máxima expresión en Perú y Egipto. Históricamente, la institución parece haberse originado a partir de los magos o curanderos, y lógicamente se basa en una errónea interpretación de la asociación de ideas. Los hombres confunden el orden de sus ideas con el orden de la naturaleza e imaginan entonces que el dominio que tienen o creen tener, sobre su pensamiento, les permite ejercer el correspondiente dominio sobre las cosas. Los hombres que por una u otra razón, debido a sus mayores aptitudes naturales, suponían poseer esos poderes mágicos en máximo grado, fueron separándose paulatinamente de sus compañeros hasta llegar a constituir una clase aparte destinada a ejercer la influencia más trascendente sobre la evolución religiosa e intelectual de la humanidad. El progreso social, como sabemos, consiste fundamentalmente en una diferenciación sucesiva de funciones o, para decirlo con palabras simples, en la división del trabajo. El trabajo, que en la sociedad primitiva hacían todos por igual, y todos más o menos mal, se va distribuyendo gradualmente entre las diferentes clases de trabajadores, que lo hacen con una perfección cada vez mayor. Al disponerse así de los productos materiales o inmateriales resultantes de ese trabajo especializado, toda la sociedad se beneficia con la creciente especialización. Los magos o curanderos constituyen entonces la más antigua clase artificial o profesional. Los brujos se encuentran en todas las tribus salvajes que hemos onocido y, entre los más atrasados como los aborígenes australianos, forman la única clase profesional existente. A medida que transcurre el tiempo, el proceso de especialización continúa, y esa clase social se subdivide en otras, como la de los encargados de la salud, los hacedores de lluvia, etcétera. Entretanto, el miembro más prominente de su clase se convierte por sí mismo en jefe hasta que llega a ser rey sagrado, y sus antiguas funciones mágicas se transforman poco a poco en sacerdotales o incluso en divinas, en la medida en que la magia va siendo reemplazada lentamente por la religión. Más adelante se produce la división de los sectores políticos y religiosos del reino, y un hombre dispone del poder temporal y otro del espiritual. Por su parte los magos, que pueden ser reprimidos pero no eliminados por el predominio de la religión, se mantienen aferrados a sus ciencias ocultas antes que a los

nuevos rituales de las oraciones y los sacrificios. Con el tiempo, los más inteligentes perciben la falsedad de la magia y buscan un medio más eficaz para manejar las fuerzas de la naturaleza en beneficio del hombre. En síntesis, abandonan la magia por la ciencia. Lejos estamos de afirmar que este desarrollo se haya efectuado tan rígidamente en todas partes, porque sin duda ha variado mucho según las diversas sociedades.

Sólo queremos significar, en suma, que se trata de una tendencia general. Desde el punto de vista del trabajo y la industria, la evolución ha sido de la uniformidad a la diversidad de funciones, y desde el punto de vista político, de la democracia al despotismo.

No nos corresponde aquí ocuparnos de la etapa posterior de la historia de la monarquía, en especial de la decadencia del despotismo y su reemplazo por formas de gobierno mejor adaptadas a las grandes necesidades de la humanidad. Nuestro tema ha sido la evolución y no la decadencia de una grande y, en su tiempo, benéfica institución.